

A woman with long dark hair is leaning against a white wall. She is wearing a black long-sleeved top and a black and white patterned pencil skirt. She is also wearing black high-heeled shoes. The background is a blurred office or modern building interior.

LA HIJA
DEL SENADOR

GINA ROSI

LA HIJA DEL SENADOR

GINA ROSI

TABLA DE CONTENIDO

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

CAPÍTULO 1

10 de noviembre

Derek Tower caminó por el pasillo hacia la Sala de Conferencias Uno, una taza de café negro en la mano, su reflejo moviéndose con él a lo largo de las paredes de acero pulido. La risa sedosa de una mujer le dijo que Holly y Nick Andris ya estaban allí. Un equipo de marido y mujer, y dos de los mejores agentes de Cobra, acababan de regresar de un trabajo encubierto en Colombia y estaban aquí para un interrogatorio.

Esto tenía que ser rápido. Derek tenía que tomar un vuelo.

Debía estar en Estambul mañana por la mañana. Un operativo Cobra se había infiltrado en un círculo de reclutadores del EI, y mañana iban a acabar con ese círculo. Era el tipo de trabajo encubierto que Cobra hacía bien, del tipo que implicaba una coordinación perfecta, una ejecución impecable y un secreto absoluto.

Derek entró en la sala de conferencias, sus paredes de vidrio insonorizadas y equipadas con persianas integradas que ya estaban cerradas. —Mañana.

Andris apartó la mirada de su esposa. —Mañana.

—Hey, Derek. —Los labios de Holly se curvaron en una sonrisa que convirtió a los hombres en idiotas.

Naturalmente rubia platino con grandes ojos marrones y curvas letales, podría haber sido una estrella de cine. En cambio, había puesto su cerebro y su atractivo a trabajar para la CIA, reuniendo información a través del contacto íntimo con hombres, y ocasionalmente mujeres, que se consideraban un peligro para los Estados Unidos. Cuando estuvo expuesta y casi asesinada, Derek y Javier Corbray, el socio comercial de Derek, le ofrecieron un trabajo. También habían contratado a Andris, un ex operador de Delta Force que había trabajado como músculo para la CIA.

En lo que respecta a Derek, Holly era el activo más valioso de Cobra. Cualquiera podía ser entrenado para apuntar con un arma y disparar, pero no muchos podían reunir información mientras eran tocados por un narcotraficante, un organizador terrorista o un asesino extranjero.

—Lo tienes. Buen trabajo. ¿Cómo estuvo tu vuelo? Derek se sentó y presionó un botón en el panel de control que encendería la pantalla de visualización y llevaría a Corbray a su reunión desde Washington, DC.

Andris compartió una mirada con su esposa. —Dormimos la mayor parte del camino.

Correcto.

Los dos estaban locamente enamorados. Una vez los habían captado follando en la mesa de la sala de conferencias dos. Derek no entendía el amor, pero entendía la lujuria. Apostaría su trasero a que no habían dormido nada. —Corbray, ¿estás ahí?

—Gran trabajo. —El rostro sonriente de Javier Corbray apareció en la pantalla.

Corbray, un antiguo SEAL de la Marina, había trabajado con Derek para armar esta empresa, rescatando a Derek de las cenizas de su empresa de seguridad privada, Tower Global Security, que se había visto obligada a declararse en quiebra. Corbray pasó mucho tiempo en DC, donde su esposa, Laura Nilsson, trabajaba como periodista de televisión.

Eso estaba bien con Derek. No dejó de lidiar con los pleitos en el Congreso.

Derek miró su reloj. —Necesito llegar al aeropuerto, así que hagamos esto.

Corbray fue el primero. —Tenía un mensaje del Fiscal General en mi bandeja de entrada esta mañana. Ella está encantada de tener a este idiota bajo custodia.

El imbécil en este caso fue Christopher David Hansen, un ex oficial de la Guardia Costera que había estado usando su puesto para ayudar a un cartel colombiano a introducir cocaína en San Diego. Cuando se dio cuenta de que la DEA estaba detrás de él, huyó a Colombia y trató de esconderse en la jungla. La DEA no había podido acercarse a él. Había demasiadas filtraciones, demasiados ojos a lo largo de las carreteras, demasiada gente dispuesta a avisar a los jefes del cártel en el momento en que cualquier gringo preguntara por él.

Pero la información de la DEA había revelado que a Hansen le gustaba golpear a las prostitutas y dejaba su guarida varias veces al mes en busca de presas. Fue entonces cuando llamaron a Cobra.

Andris deslizó su informe escrito por la mesa. —Basándonos en la información que recibimos, establecimos nuestra operación fuera de Characa. Hay una pequeña cantina en la ciudad donde le gusta beber y ligar con chicas trabajadoras.

Holly les contó cómo había conducido hasta las afueras de la ciudad, sola pero con un micrófono, mientras Andris y su equipo se habían colocado estratégicamente fuera de la vista. Había entrado en la cantina fingiendo ser un turista cuyo novio la había abandonado y cuyo coche se había averiado.

—Cuando nadie hablaba inglés, comencé a llorar y pedí una bebida y luego otra. Fingí emborracharme. Se sentó en un rincón con una de las chicas, mirando. Bailé un poco borracho y, finalmente, mordió el anzuelo.

—Por supuesto que lo hizo —dijo Derek.

Indefenso, borracho y deslumbrante: una combinación irresistible para un depredador como Hansen.

Holly les contó cómo había etiquetado a Hansen con un micro transmisor GPS durante un abrazo por si acaso él no intentaba levantarla. Pero entonces el bastardo se había ofrecido a dejarla quedarse en su casa y enviar una grúa para su auto. Ella había fingido gratitud, le había dejado que le comprara otra bebida y se fue de la cantina con él y sus dos sicarios armados.

Derek se había preocupado por esta parte del plan. Había sido muy arriesgado para ella estar a solas con ese hijo de puta y sus asesinos entrenados.

Por otra parte, Holly era una profesional y la gestión de riesgos era parte del trabajo.

—Se detuvo a unos kilómetros por la carretera y sus hombres me quitaron el teléfono y el pasaporte, para guardarlos, dijo.

—Custodia. —El tono de Corbray estaba lleno de sarcasmo—. Qué héroe.

Si Holly hubiera sido una turista corriente, su vida habría terminado ese día. Hansen habría destruido el teléfono, se habría tomado su tiempo para violarla y golpearla, y luego le volaría la cabeza y arrojaría su cuerpo a un pantano.

Holly terminó su parte de la historia. —Les dije a sus muchachos que salieran del vehículo porque él y yo íbamos a divertirnos un poco. Esperé hasta que le bajó los pantalones y luego le vomité. Me abofeteó, pero perdió la erección.

La mandíbula de Andris se apretó, su expresión dura. —El objetivo salió del vehículo para limpiarse y todavía tenía los pantalones alrededor de los tobillos cuando nos acercamos a él. Eliminamos a los dos guardaespaldas, capturamos a Hansen, lo empujamos a la parte trasera de nuestro vehículo y nos dirigimos directamente al aeropuerto. Tomó menos de dos minutos. Podría

o no haberlo golpeado en la cara.

Hansen tuvo suerte de que Andris no lo hubiera castrado en el acto.

—¿Te has encontrado con alguna... —Derek fue interrumpido por el persistente zumbido de su teléfono celular. Echó un vistazo a la pantalla. Mierda. —Necesito tomar esto.

—¿Estambul? —Preguntó Corbray.

Derek negó con la cabeza y se puso de pie. —Senador Hamilton.

Corbray hizo una mueca. —¿Qué diablos quiere?

—Estoy a punto de averiguarlo.



DEREK POCO hacia atrás una carcajada. —¿Quieres que viaje a Afganistán con un equipo y rapte a tu hija? No puedo hacer eso, señor. Es ilegal.

Qué loco hijo de puta.

—¡Me importa un carajo lo que es legal! —Hamilton le gritó al oído—. Jenna no escuchará razones. Ella no tiene por qué estar allí. Los talibanes matan a las parteras.

Era la verdad. Los talibanes atacaron deliberadamente a las parteras. Cuando atacaron la ciudad de Ghazni el verano pasado, se dirigieron a una escuela de partería en la ciudad y atravesaron la cabeza de una partera con una bala mientras las estudiantes parteras se escondían en una habitación segura. Afirmaron que las parteras estaban violando las reglas del Islam al proporcionar anticonceptivos a las mujeres, a pesar de que el Islam permitía el uso de anticonceptivos.

La verdad era más sencilla que eso. Nada asustaba más a los talibanes que una mujer educada. Pero ese no era el problema aquí.

—Cobra no puede usar la fuerza para traer a un ciudadano estadounidense de regreso al país sin una orden judicial y las órdenes del Departamento de Justicia.

—No olvides lo que le debes a mi familia. —La voz de Hamilton se volvió fría. —Mi hijo murió por ti. Él...

Derek sabía lo que Jimmy había hecho por él, pero de ninguna manera iba a aguantar este viaje de culpa. —Nada cambia el hecho de que no puedo secuestrar a un ciudadano estadounidense. Una vez que ella está aquí, ¿qué pasa entonces? Después de que demanda a Cobra y gana, es libre de volar de regreso a Afganistán, a menos que estés dispuesto a encerrarla.

—Yo no haría tal cosa.

Derek no estaba tan seguro.

Antes de que Jimmy se uniera al ejército, su padre había tratado de controlar todos los aspectos de su vida: cómo se peinaba, dónde iba a la universidad, las clases que tomaba, las chicas con las que salía, su elección de carrera, incluso su dieta... Si Jenna hubiera recibido el mismo trato que su hermano, sin duda habría dejado el país para alejarse de su padre imbecil.

Por un momento, el senador Hamilton guardó silencio. Cuando habló de nuevo, había un tono aceitoso en su voz. —Jenna es mi única hija viva. Toma tu equipo, súbete a un maldito avión y convéncela para que vuelva a casa.

—¿Quieres que actúe como su guardaespaldas?

—Jenna está desperdiciando su potencial allí. No la crié y la envié a las mejores escuelas para que pudiera ayudar a los pobres a sobrepoblar el mundo con niños que no pueden alimentar. Necesita volver a casa, encontrar un marido y dejar de intentar arreglar ese lugar.

¿Podría el hombre ser más idiota?

Derek sabía lo que era ser pobre. El hijo huérfano de una madre adolescente que había tomado una sobredosis de heroína, había sido encontrado en un callejón y había crecido sin nada, mudándose de un hogar de acogida a un hogar de acogida, siendo criado por borrachos y perdedores a quienes les gustaba el dinero extra de la Estado pero no le importaba un comino.

—¿Dónde está ella?

—En una clínica en una zona rural en las afueras de Mazar-e-Sharif.

Provincia de Balkh.

Era una de las partes más seguras de Afganistán. Los talibanes controlaban alrededor del cuarenta y cinco por ciento del país en ese momento, pero la provincia de Balkh estaba bajo la protección de un rico señor de la guerra convertido en político que odiaba a los talibanes incluso más de lo que odiaba a los Estados Unidos. Como lo había demostrado el ataque a Ghazni, sin embargo, ninguna ciudad era verdaderamente segura.

Pero había otras fuerzas trabajando en Afganistán además de los talibanes. También había milicias, bandas incontroladas de hombres armados que vagaban por las zonas rurales del país y no pensaban en infligir sufrimiento a la población civil. Los combatientes del EI también estaban allí, escondidos, contrabandeando suministros y matando y violando a voluntad.

—¿No tiene músculos locales protegiendo el hospital?

—Sí Sí. Tiene guardias afganos con armas estadounidenses, pero no confío en ellos. ¿Cuánto crees que se necesitaría para que alguien los sobornara? ¿Y si uno de ellos le cuenta a su primo Talib sobre la partera estadounidense?

Bien, entonces el senador tenía razón. Aún así, no fue fácil volar a Afganistán con armas y municiones y establecer una operación de cuidado de niños.

—Mi presencia allí podría provocar un ataque al hospital. —¿Hamilton no entendió esto?—. Al enviarme, podría provocar la crisis que espera evitar.

Las milicias locales y probablemente los talibanes también sabrían que algún militar estadounidense estaba merodeando por el hospital antes de que las botas de Derek cayeran al suelo, y eso podría resultar irresistible para alguien que busque poner otra muesca en su AK-47.

—Pensé que los operadores especiales eran los mejores. Pensé que podías ir a cualquier parte sin ser visto, cambiar tu apariencia, desaparecer entre la población local.

Derek estaba a punto de explicar que había un mundo de diferencia entre una operación militar encubierta y conducir hasta un hospital en un vehículo blindado y hacer guardia a plena luz del día, pero Hamilton lo interrumpió.

Si no subes el culo a un avión esta noche y haces todo lo posible para llevar a Jenna a casa, arruinaré a Cobra. Me aseguraré de que la empresa nunca vuelva a tener la tarea de una asignación gubernamental.

No fue una amenaza vana. Hamilton formó parte del Comité de Servicios Armados. Cobra probablemente podría sobrevivir sin su apoyo, pero podría complicar la vida por un tiempo, especialmente dada la desaparición de la compañía de Derek.

La reputación de Derek en el campo militar privado había sido sólida como una roca, hasta el día en que Al Qaeda usó un nuevo tipo de pirateo de teléfonos celulares para adelantar a sus hombres, matando a su equipo y secuestrando a Laura Nilsson, la esposa de Corbray. El ataque había ocurrido en vivo durante uno de los noticieros de Laura. Millones de personas habían visto a los terroristas disparar contra sus hombres y sacar a Laura, gritando, de la habitación. La reacción resultante había llevado a su empresa a la quiebra.

Derek no quería generar controversia sobre Cobra.

—No me amenes. —Trató de encontrarse con Hamilton a mitad de camino—. Me pondré en contacto con nuestros activos en Mazar y conseguiré hombres en los que confío...

—Te quiero allí. Sé que harías cualquier cosa para mantener a salvo a la hermana pequeña de James.

Introduce la daga y gírala, ¿por qué no?

Mierda.

Jimmy había sido el mejor amigo de Derek en los Boinas Verdes. Había muerto salvando la vida de Derek, y Derek realmente no quería que su hermana pequeña resultara herida o asesinada. Derek podría volar a Afganistán y explicarle los peligros. Si ella se negaba a volver a casa, al menos él sabría que lo había intentado.

Te vas a arrepentir de esto.

—Está bien, aceptaré el trabajo, pero no la secuestraré. Eso ni siquiera está abierto a discusión. Espere una factura esta tarde.

—Esta bien. No me importa el costo. Simplemente súbete a ese avión y convéncela para que vuelva a casa.

Eso fue lo otro.

—No podré ir a Afganistán por unos días debido a una operación prioritaria que tiene la firma del presidente. Debo estar en Estambul mañana.

—Solo trae a Jenna a casa.

Derek terminó la llamada y regresó a la sala de conferencias, donde el interrogatorio estaba casi terminado. Su furia debió mostrarse en su rostro porque la discusión se detuvo cuando entró.

—¿Qué pasa? —Preguntó Holly.

Derek miró la imagen de Corbray en la pantalla. —Necesito tomar mi transporte hasta el aeropuerto, así que te informaré en el camino. Mientras tanto, comience a reunir activos para la provincia de Balkh. Después de Estambul, me dirijo a Afganistán.



JENNA HAMILTON SE SENTÓ en el suelo, rodeada de mujeres del pueblo y haciendo todo lo posible por mantener la conversación sobre el tema de las señales de advertencia prenatal. Este pueblo fue la última parada en su gira de educación y divulgación de tres días por el campo. Casi cuarenta mujeres de todas las edades habían venido y ahora llenaban el pequeño espacio, sus burqas echados o echados hacia atrás como velos, sonrisas en sus hermosos rostros.

Su entusiasmo y su acogida fueron alentadores. Su falta de conocimiento sobre sus cuerpos no lo era.

Fue una tragedia. Afganistán había sido una vez un país desarrollado donde las mujeres caminaban por las calles sin velo, iban a la universidad y trabajaban como profesoras, médicas y artistas. Ahora, gracias al extremismo religioso y décadas de guerra infructuosa, esos días se fueron. Una generación de mujeres se ha visto privada de educación, obligada a permanecer en casa, aisladas del mundo, con sus vidas controladas enteramente por hombres.

—Tobillos hinchados: ¿quién ha visto a una mujer embarazada con los tobillos hinchados? — Jenna habló en dari, usando palabras que todos entenderían y no terminología clínica.

Los rostros de viejos y jóvenes se iluminaron, y las mujeres hablaron todas a la vez.

—Los tobillos de mi hija estaban gordos con su primer hijo.

—Los tobillos hinchados son parte de estar embarazada, ¿no?

—Tenía los tobillos hinchados con los ocho de mis hijos, pero estoy bien.

Jenna esperó hasta que la conversación se calmó para continuar. —Cuando una mujer embarazada tiene los tobillos hinchados, es una señal de advertencia. Sus familiares deberían llevarla al hospital para que podamos revisarla y asegurarnos de que no se enferma. Los tobillos hinchados pueden ser un signo de un problema grave como la presión arterial alta, y eso puede matar tanto a la madre como al bebé.

No estaba segura de que las mujeres entendieran qué era la presión arterial, pero eso no importaba. Siempre que supieran qué esperar, se podrían salvar vidas.

Jenna sabía lo que era crecer sin una madre. Su madre se había suicidado cuando Jenna era pequeña. Apenas recordaba a su madre, pero el agujero que su muerte había dejado en la vida de Jenna era demasiado real. Si Jenna pudiera salvar incluso a una madre, todo este viaje valdría la pena.

Entonces habló una mujer llamada Afarin. —Los tobillos de mi nuera estuvieron hinchados durante semanas. Un día se cayó al suelo y empezó a temblar. Le pedimos a mi esposo que la llevara al hospital, pero se negó. Murió esa noche con el bebé todavía dentro de ella.

Era una de las duras realidades de la vida aquí. Los hombres controlaban el acceso de las mujeres a la atención médica y muchos de ellos se negaban a dejar que sus esposas, hijas y nueras salieran de casa para recibir tratamiento médico, incluso cuando eso significaba días de dolor innecesario y muertes evitables.

Delara, una de las parteras afganas del hospital, lo había dicho mejor.

—Es mejor ser una cabra en Afganistán que una mujer.

Afarin asimiló las palabras de consuelo ofrecidas por las otras mujeres. Este intercambio de simpatía se había convertido en un ritual social en la vida de las mujeres afganas, una respuesta a la opresión y el sufrimiento más allá de lo que Jenna podía comprender.

Fue su sufrimiento lo que la trajo a Afganistán. Había leído las estadísticas sobre el riesgo de una de cada ocho mujeres afganas de morir por causas relacionadas con el embarazo. Como partera, sintió que tenía que hacer algo, por lo que se había inscrito para enseñar y trabajar en un hospital que también servía como escuela de partería. Capacitar a una generación de mujeres afganas para que se conviertan en parteras capacitadas fue la clave para mejorar la mortalidad materna e infantil a corto plazo y permitir que Afganistán a largo plazo satisfaga sus propias necesidades de atención médica.

Jenna esperó una pausa en la conversación para hacer su punto. —Si su esposo hubiera llevado a su nuera al hospital, podríamos haberle dado medicamentos y haberle operado para sacar al bebé. Podríamos haber podido salvarla a ella y a su bebé.

Las mujeres volvieron a guardar silencio.

Jenna dejó que eso lo asimilara. —El sangrado es otra señal de advertencia de que debe venir al hospital. A veces, al principio del embarazo, es normal sangrar un poco, pero si hay mucha sangre, debe acudir al hospital de inmediato.

—Remojamos algodón en whisky para que deje de sangrar —dijo una mujer mayor, con el rostro arrugado como una manzana vieja. —Lo ponemos dentro de una mujer si sangra demasiado después de dar a luz.

Las cabezas se volvieron para ver qué diría Jenna sobre esto.

—El sangrado ocurre cuando el útero no se contrae lo suficiente después de que nace un bebé, o cuando una parte de la placenta se queda atascada dentro. En la clínica, podemos darle un

medicamento a la madre para que su útero se contraiga. También podemos ponerla a dormir para que no sienta dolor y eliminar la parte de la placenta que está atascada. Si ha perdido mucha sangre, podemos hacerle una transfusión de sangre. Todo esto puede salvarle la vida para que su hijo tenga una madre.

—¿No lastimarás su hígado si buscas dentro de ella?

Jenna se volvió y señaló el diagrama recortado de la vista lateral de la mujer embarazada detrás de ella. —El útero está cerrado en la parte superior. ¿Ver? No se puede llegar al hígado de una mujer a través de su útero. El hígado está aquí.

La conversación continuó durante otras dos horas con almendras peladas y tazas de kahwah dulce, una especie de té verde condimentado con cardamomo y corteza de canela, preparado por Sayah, su anfitriona y la esposa del jefe de la aldea.

Jenna acababa de decirles que la fiebre también era una señal de advertencia cuando escuchó el estruendo de grandes motores y un grito fuera de la puerta.

La habitación quedó en silencio y las mujeres se pusieron sus burkas. Ninguno de ellos había conocido un Afganistán que no estuviera en guerra.

Jenna se pasó el pañuelo gris por el pelo, se puso de pie y cerró la tabla de anatomía por si acaso. —Estoy seguro de que todo está bien.

—Inshallah —susurró Sayah. Si Dios quiere.

Farzad y dos de sus hombres montaron guardia, junto con hombres leales al marido de Sayah, contra cualquier incursión de las milicias o los talibanes locales. Farzad tenía su papeleo: la carta del gobernador de la región, Abdul Jawad Kazi, que le daba permiso para trabajar en la provincia de Balkh. Pero las palabras escritas no significaban nada para los hombres que no sabían leer y no la ayudarían en absoluto en el caso de los talibanes.

Escuchó a Farzad decirle a alguien que era la voluntad tanto de Dios como del León del Norte —el nombre que Kazi se había ganado durante sus días luchando contra los soviéticos como muyahidín— que las mujeres de esta aldea se reunieran hoy.

Alguien gritó algo en un dialecto que Jenna no entendió.

Farzad volvió a hablar en dari. —Es una reunión de solo mujeres casadas que discuten el parto. No tiene importancia. Si tiene alguna pregunta, debe llamar a The Lion.

Entonces habló el esposo de Sayah. —Amigos, no tenemos disputas entre nosotros. Ven. Bebamos té juntos.

El silencio se prolongó, el pulso de Jenna se aceleró.

Risa de hombres.

El estruendo de los motores mientras los intrusos se alejaban.

Jenna exhaló y sonrió. —Todo está bien.

Un momento después, Farzad llamó a la puerta. —Señorita Jenna, ¿es hora de irse!

Farzad, una afgana de ascendencia tayika que se había entrenado y trabajado con las fuerzas estadounidenses, había sido jefa de la unidad de seguridad de la clínica durante los seis meses que estuvo aquí. Ella le confió su vida. Si decía que era hora de irse...

Jenna abrazó a Sayah, le agradeció su hospitalidad y amabilidad e instó a las mujeres a compartir lo que les había enseñado hoy. Luego recogió su tabla de anatomía y otros materiales y se despidió de las mujeres. —Khoda hafiz.

Que Dios te proteja.

Un coro de buenos deseos la siguió hasta la puerta, haciendo un nudo en su pecho. En los seis meses que había estado aquí, había llegado a amar a las mujeres afganas. Nunca había conocido a

personas que fueran más acogedoras que ellos. En seis meses, le habían enseñado mucho sobre la generosidad, la hospitalidad y la resiliencia.

¿Les había enseñado algo hoy?

No tenía forma de saberlo.

Jenna se apresuró con Farzad a través del frío hacia su vehículo. —¿Quiénes eran?

—Milicia. —Farzad le abrió la puerta del pasajero trasero, con el rifle al hombro—. He visto a su líder antes. Es uigur, extranjero. No confío en él. Nunca confíes en los motivos de un hombre que no quiere compartir una taza de té.

Si Farzad no confiaba en él, tampoco Jenna. —Regresemos al hospital.

CAPÍTULO 2

Cruzaron la puerta del hospital de mujeres de Kazi poco después del atardecer, Jenna suspiró aliviada cuando el pesado panel de acero se cerró detrás de ellos. La nieve comenzaba a caer y...

¿Que demonios?

Un Land Cruiser blindado estaba sentado en el patio.

—Eso no es fuerzas de seguridad afganas —le respondió Farzad antes de que pudiera preguntar, gritando para que pudiera escucharlo a través del plexiglás que separaba a los hombres en los asientos delanteros de las mujeres que viajaban en la parte trasera.

—¿Es milicia o coalición? —Jenna volvió a llamar.

Todavía tenía que encontrarse con las tropas polacas que patrullaban la provincia.

—No lo creo. Detenga el vehículo.

El conductor se detuvo justo cuando un hombre salía del Land Cruiser. Alto y vestido con pantalones caqui y una parka, a Jenna le parecía militar. Apostaría su vida a que estaba armado.

—Quédese aquí, señorita. —Farzad salió, arma en mano, y cerró la puerta detrás de él—. Salaam aalaikum. —La paz sea con vosotros.

—Wa'alaikum salaam. —La paz sea con ustedes también.

El hombre le devolvió el saludo en árabe, luego rompió en un impecable dari. Pero no había forma de que fuera afgano. No tenía barba, tenía la mandíbula cuadrada y estaba bien afeitada. Su pelo corto brillaba rubio a la luz de los faros y era al menos una cabeza más alto que Farzad, que era más alto que la mayoría de los hombres afganos.

—Acabo de presentar mis respetos a El León del Norte —le dijo a Farzad—. Abdul Jawad Kazi les envía sus deseos de paz y salud.

Mientras escuchaba, Jenna se preguntó dónde lo había visto antes. Parecía familiar de alguna manera. ¿Le había dicho a Farzad su nombre? No, ella no lo creía.

Farzad pareció relajarse. —La salud y la paz sean con él también. Soy Farzad Mazari, jefe de seguridad aquí.

—Soy Derek Tower, el medio hermano de Jenna Hamilton. Su padre me envió para llevarla a casa.

Aturdida, Jenna lo miró boquiabierto a través de la ventana cerrada.

Torre Derek.

Reconoció ese nombre, pero no era su medio hermano. Había sido el mejor amigo de su hermano James, el compañero Boina Verde cuya vida su hermano había salvado a costa de la suya. Pero la mentira de Derek no fue lo que le hizo hervir la sangre.

Su padre había enviado a Derek para que la trajera de regreso a Estados Unidos.

¡Al diablo con eso!

Jenna abrió la puerta y saltó al suelo nevado. Puedes darle la vuelta a tu elegante Land Cruiser y salir de aquí. No voy a volver a Estados Unidos

Sabía que probablemente había sorprendido a Farzad con su falta de hospitalidad, pero esto no era de su incumbencia.

Le había hablado a Derek en inglés, pero él seguía hablando en dari, con una sonrisa en el rostro como si estuviera feliz de verla. —Oye hermana. Te he extrañado.

—¿Este hombre es tu pariente? —Farzad preguntó en dari.

Jenna no tuvo más remedio que aceptar la mentira, a menos que quisiera que Farzad y sus hombres le dieran una paliza a Derek y se lo llevaran. —Si.

Farzad pareció satisfecho. —Dice que ha venido a petición de tu padre para llevarte a casa en Estados Unidos.

—Eso es muy malo. —Jenna se volvió y buscó dentro del Land Cruiser su tabla de anatomía y otras cosas. —No voy a ninguna parte.

Farzad pareció sorprendido. Pero tu padre lo envió.

Jenna eliminó el veneno de su voz. Nada de esto fue culpa de Farzad. Tampoco fue culpa de Derek. —En los Estados Unidos, una hija adulta puede hacer lo que quiera sin la aprobación de su padre.

Farzad se volvió hacia Derek como para confirmarlo.

—Ella dice la verdad —dijo Derek—. Puede ir a donde quiera, incluso si no es seguro y la matan.

—Vine aquí para salvar vidas de mujeres y capacitar a estudiantes parteras, no para estar segura. Lamento que hayas hecho el viaje por nada, hermano. —Jenna cerró la puerta del vehículo y salió pisando fuerte por la nieve hacia el dormitorio, dejando a Farzad y Derek en el frío.

Se conectó y regresó a su pequeño dormitorio, donde dejó caer el gráfico y otros materiales en su cama.

¡Oh, qué descaró!

Era muy propio de su padre hacer algo como esto. Él siempre afirmó que estaba actuando por sus intereses, pero en realidad se trataba de control. Tenía treinta años, por el amor de Dios, no diecisiete. El hombre no tenía voz en ningún aspecto de su vida. De todos modos, no se trataba realmente de ella. Su padre era un narcisista tóxico que veía a sus hijos, su personal y todos los que lo rodeaban como nada más que extensiones de sí mismo. Cuanto más intentaba bloquearlo de su vida, más intentaba interferir él.

—Necesitamos hablar.

Jenna se dio la vuelta para encontrar a Derek detrás de ella. —No puedes estar aquí. Es un dormitorio de mujeres. Nos meterá a todos en problemas.

—No me quedaré. —Era tan alto que su cabeza casi tocaba la parte superior del marco de la puerta, su cuerpo llenaba el espacio. Se quedó allí, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándola a través de sus duros ojos azules, su piel bronceada por el sol, su rostro rugoso e irritantemente guapo. Tu padre está preocupado por ti.

Ella ignoró el golpe de la atracción, o lo intentó. —¿Él te dijo eso?

Derek asintió. Eres su único hijo superviviente y quiere que te alejes de la línea de fuego. Me pagó una fortuna por volar aquí solo para pedirte que volvieras a casa.

—Bueno, tienes tu respuesta. Con suerte, él también pagó el vuelo de regreso.

La habitación quedó a oscuras, otro corte de luz. Entonces el generador se activó y las luces se volvieron a encender.

—Lo hizo, pero todavía no me voy.

Delara la llamó por el antiguo sistema de intercomunicación. Si has vuelto, Jenna, necesito tu ayuda. Tenemos seis mujeres en trabajo de parto y una está en peligro.

—Estaré ahí. —Jenna colgó su abrigo y se ajustó el pañuelo—. Necesito ir. Tú conoces la salida.

Derek se movió lo suficiente para dejarla pasar. —Terminaremos esta conversación más tarde.

—No hay nada de qué hablar. —Ella captó el olor limpio y masculino de su piel cuando pasó, el calor de ella se curvó dentro de ella.

Ignoralo. Probablemente solo estés ovulando.

No miró hacia atrás, sino que atravesó las puertas cerradas y entró en el ala de parto y parto del hospital.



DEREK VIO A JENNA DESAPARECER, gritos de dolor atravesando la puerta. Bueno, esto iba exactamente como había pensado. ¿Por qué había dejado que Hamilton lo sintiera culpable de aceptar este trabajo?

Eres un maldito idiota. Es por eso.

Detrás de él, alguien golpeó la puerta. —¡Torre! ¡Salga!

Las mujeres asomaban la cabeza fuera de sus habitaciones para ver qué pasaba. Algunos jadearon cuando lo vieron, desapareciendo rápidamente detrás de puertas cerradas nuevamente. Otros se cubrieron la cara con bufandas, con los ojos muy abiertos.

Infierno.

No podría estar aquí. Si los aldeanos creían que las parteras estaban haciendo compañía a hombres no emparentados, podría poner sus vidas, así como la de Derek, en peligro. Salió de nuevo para encontrar al guardia de seguridad parado allí, con furia en su rostro.

—¡No es apropiado que estés ahí! ¡Esto es solo para mujeres! Tendrás que hablar con tu hermana afuera.

—Mis disculpas. —Derek no fingiría que no podía leer el letrero de la puerta, dado que hablaba en dari—. En mi impaciencia, no pensé.

Farzad pareció aceptar esto. Salgamos de este frío y tomemos un té.

La nieve se había levantado, copos de hielo caían fuerte y rápido mientras Derek seguía al hombre fuera del recinto hacia el edificio de hormigón que era el cuartel de los guardias. Adentro, estaba cálido y bien iluminado. El complejo del hospital se había construido con dinero de la ONU y, a diferencia de gran parte del campo, tenía electricidad, un generador de respaldo y agua corriente.

Una docena de hombres uniformados estaban sentados juntos en el suelo alfombrado, algunos envueltos en patoos (tradicionales chales de lana) con armas apoyadas contra las paredes detrás de ellos. Se quedaron en silencio tan pronto como lo vieron.

Farzad presentó a Derek y les dijo a los hombres por qué había venido. —Como su hermana, habla nuestra lengua, así que cuidado con lo que dices frente a él.

La última parte fue en su mayoría una broma, pero no del todo.

Derek puso una sonrisa en su rostro, se sentó junto a su anfitrión y aceptó una taza de humeante kahwah. —Tašakor.

Gracias.

Había una canasta de naan en una mesa baja junto a un plato de dátiles secos, cuencos vacíos apilados a un lado.

—Dawar, tráele a nuestro invitado un plato de estofado de cordero.

Derek no tenía hambre, pero no lo dijo. La hospitalidad es la piedra angular de la cultura afgana. Hasta que persuadió a Jenna para que volviera a DC con él, estaba atrapado aquí. Necesitaba cultivar la buena voluntad entre estos hombres, hacer que confiaran en él. También

necesitaba cotejar cada uno de ellos con la base de datos de Cobra de presuntos talibanes, combatientes del EI que escaparon y simpatizantes de al-Qaeda.

El más joven de los hombres se puso de pie y se apresuró hacia lo que debía haber sido la cocina, regresando casi de inmediato con un cuenco.

Derek le dio las gracias, tomó un trozo de naan y lo usó como cuchara. El estofado estaba caliente y sabroso. Él asintió con la cabeza, haciendo sonreír a los hombres. —Mmm.

—¿Eres un soldado? —Preguntó Dawar.

—¡Dawar! —Farzad lo amonestó—. eja que nuestro invitado coma.

Esta era una pregunta que Derek quería responder. No quería que corrieran rumores de que un soldado estadounidense merodeaba por la clínica. Podría derribar a los talibanes oa una de las milicias provinciales.

—No soy un soldado —le dijo a Dawar entre bocado y bocado. —Soy un guardia de seguridad como tú.

Eso no era exactamente cierto, pero estaba lo suficientemente cerca.

—¿Viniste a llevar a la señorita Jenna a casa? —Preguntó Dawar.

—Sí. Su padre, mi padrastro, quiere que vuelva a casa. Teme por su seguridad si se queda aquí. Sabe que los talibanes han matado a parteras.

Dawar y algunos de los otros parecieron insultados por esto, sus protestas se superpusieron.

—¡No permitiríamos que eso sucediera!

—¡La cuidamos a ella y a los demás!

—¡La escoria talibina no es rival para El León y sus hombres!

Entonces Farzad les dijo que Jenna se había negado a ir, arqueando las cejas.

—¿No puedes simplemente ordenarle que vaya contigo? —Preguntó Dawar.

Derek quería reír. No había pasado más de un minuto con Jenna, pero años de operaciones encubiertas lo habían convertido en un buen juez de personas. Nadie ordenó a Jenna Hamilton. —Bajo nuestras leyes, las mujeres son tan libres como los hombres para vivir como quieran. Mi hermana debe decidir por sí misma.

—¿Qué harás? —preguntó un guardia que dijo que se llamaba Hamzad.

—No tengo más remedio que quedarme aquí para cuidarla y esperar poder cambiar de opinión. —Dejó que los hombres digirieran esta información mientras él terminaba su estofado, limpiando los jugos con otro trozo de naan.

Así es. No me estoy yendo. Hay que acostumbrarse a la idea.

—Pero no es necesario —dijo Farzad—. Estamos aquí.

Hubo murmullos de acuerdo, y Derek sabía que se estaba arriesgando a ofender a sus anfitriones si daba a entender que eran incapaces de mantener a Jenna a salvo ellos mismos.

—Su padre está agradecido contigo y con El León por cuidarla, pero sigue siendo un padre. ¿No es la naturaleza de un padre preocuparse?

Esto le valió a Derek algunas sonrisas de simpatía.

Continuó. —Me quedo porque si vuelvo a mi país sin ella, tendré que admitirle a su padre que fracasé.

En verdad, podía lidiar con Hamilton, pero sabía que sus palabras harían mella en Farzad y sus hombres. Admitir el fracaso era algo que ningún afgano quería hacer.

Las sonrisas de los hombres se desvanecieron.

Farzad señaló la habitación que los rodeaba. —La señorita Jenna ha sido buena con nuestras mujeres y niños. Puedes dormir aquí donde hace calor. Tenemos una litera de repuesto.

Derek logró otra sonrisa. —Tašakor. —Gracias.

Quedarse aquí en el cuartel lo pondría justo donde necesitaba estar, lo suficientemente cerca de Jenna para mantenerla a salvo y lo suficientemente cerca de estos hombres para asegurarse de que fueran todos quienes parecían ser.



JENNA ARRASTRÓ ella misma se levantó de la cama a las seis, caminó por el pasillo frío hasta la única ducha en el dormitorio, y abrió el rociador, lavándose rápidamente porque el agua nunca estaba realmente caliente. Trató de visualizar el agua enjuagando su cansancio y la tristeza que la había seguido durante la noche, pero no funcionó.

Shima, una niña de solo catorce años, había llegado a la clínica anoche después de dos días de trabajo de parto con su segundo bebé. Jenna había confirmado rápidamente que el bebé era transversal, lo que hacía imposible un parto vaginal. Con la suegra de la niña actuando como intermediaria, ella y Marie, la obstetra-ginecóloga francesa de la clínica, le suplicaron al esposo de Shima, un hombre de unos cuarenta años, que le permitiera una cesárea, pero él se negó. Jenna no estaba segura de que la suegra le estuviera explicando las cosas con precisión, pero la costumbre prohibía que Jenna o cualquiera de las otras mujeres hablaran con el esposo de Shima.

Habían logrado convertir al bebé, una terrible experiencia para Shima, pero para entonces ya era demasiado tarde. El niño se había deslizado sin vida en las manos de Jenna.

No era la primera muerte fetal a la que Jenna asistía allí. Aún así, la insensatez de eso la comió. Shima era demasiado joven para casarse, demasiado joven para dar a luz a su segundo hijo, demasiado joven para soportar tanto sufrimiento y pérdida.

Detener. No hagas eso. No se preocupe por eso.

Se volvería loca si lo hiciera. Las cosas eran lo que eran. Sabía qué esperar antes de venir aquí.

Al menos habían podido salvar la vida de Shima e insertar un DIU. Cuando su suegra salió de la habitación, la pobre niña le suplicó a Jenna un método anticonceptivo, algo que su esposo no descubriría. Jenna había dado el paso extra inusual de recortar las cuerdas para estar segura.

Eso era todo lo que había podido hacer por Shima.

Jenna terminó su ducha y se secó. No se sentía más despierta, pero al menos estaba limpia. Se apresuró a recorrer el pasillo hasta su habitación, se recogió el pelo en una cola de caballo y se vistió: ropa interior larga, cuello alto, bata azul, una bata blanca larga y, por supuesto, un pañuelo en la cabeza. Aunque el hospital tenía calefacción, nunca se sintió cálido.

En la pequeña cocina, encontró a Delara preparando té para todos. Aunque un pequeño personal de cocina compuesto exclusivamente por mujeres preparaba la comida para los pacientes, las parteras y los estudiantes cocinaban ellos mismos.

—Buenos días. —Había sido el turno de Delara de tomar el turno de noche.

—¿Como estuvo?

—Tranquilo.

—Me alegra oírlo.

Sobre la mesa había una barra de roht, una especie de pan dulce. Junto con el té y el huevo ocasional, eso era el desayuno.

Delara le entregó a Jenna una taza de té, luego se sentó y tomó un trozo de roht, susurrando una oración antes de comer. —Bismillahi wa 'ala baraka-tillah. —En el nombre de Dios y con la

bendición de Dios.

Jenna también se sentó y bebió. El té estaba caliente y dulce, devolviéndola a la vida.

Una a una, fueron llegando las estudiantes parteras con libros bajo el brazo: Guli, Nahal, Chehrah, Lailoma, Mahnaz y su hermana Mina, Zari, Ruhkshana y Parwana. Hablaron de sus lecciones, hicieron preguntas.

Nahal miró a Jenna a lo largo de la mesa. —¿Quién era ese hombre extraño anoche, el que entró en el dormitorio?

La cocina se quedó en silencio.

Oh Dios.

Jenna se había olvidado de Derek Tower. —Me disculpo por eso. El es mi medio hermano. Mi padre lo envió a convencerme de que volviera a casa. No sabía que no podía seguirme adentro.

Es casi seguro que lo sabía, pero eso no lo detuvo.

Ahora todas las mujeres la estaban mirando.

Los ojos de Delara se agrandaron. —¿Nos vas a dejar?

Jenna le dio un apretón a la mano de Delara. —No no soy. Se va. Me quedaré.

Sonrisas de alivio.

Jenna terminó su desayuno y decidió que era hora de enviar a Derek en su camino. Se puso el abrigo de invierno, se ajustó el pañuelo y salió por la entrada trasera. Lo encontró llevando equipo de su Land Cruiser al dormitorio de hombres fuera de las paredes de hormigón que rodeaban el hospital y el dormitorio de mujeres.

¿Se estaba mudando?

Ella lo llamó en inglés. —Pensé que ya estarías en camino.

Se detuvo, se volvió hacia ella, esos ojos azules parecían traspasarla. —No me iré sin ti, hermana querida.

¿Estaba loco?

—Para que lo sepas, firmé por dos años y he estado aquí durante seis meses. Espero que te gusten los kebabs de cordero y los naan porque tienes que esperar mucho.

—Entonces supongo que los dos podremos pasar algún tiempo juntos. —Con eso, se dio la vuelta y se alejó, dándole a Jenna una vista de su trasero.

Oh. Mi. Dios.

En realidad, nunca había visto el trasero de un hombre llenar un par de pantalones como ese antes, sus nalgas moviéndose con cada paso. Se le hizo la boca agua.

CAPÍTULO 3

Derek se subió al Land Cruiser, cerró la puerta para tener privacidad y llamó a Corbray a su teléfono satelital seguro. —Ella no volverá conmigo.

—No es una gran sorpresa. ¿Tiene un plan?

¿Un plan? Diablos, no, no tenía un plan.

—Les he dicho a todos que soy su hermano para asegurarme de tener fácil acceso a ella. Me quedaré una semana y haré todo lo posible para que ella confíe en mí y cambie de opinión. Después de eso, volaré a casa y le diré a su padre que ella se negó a venir.

—A Hamilton no le gustará eso. Nos causará problemas en el Comité de Servicios Armados.

¿Derek no lo sabía? —¿Qué diablos puedo hacer? Ella firmó por dos años y está decidida a quedarse los dieciocho meses restantes. No la raptaré. Si quiere a alguien aquí haciendo de guardaespaldas todo ese tiempo, tendrá que encontrar a alguien más.

Derek tenía un negocio que dirigir.

—Conocías a su hermano, ¿verdad? ¿Puedes jugar con esa relación y convencerla de que vuelva?

Derek ya había pensado en eso. —Dado que murió por recibir balas destinadas a mí, no estoy seguro de poder conquistarla al traer a su hermano a esto.

—Piénsalo. Si hay alguna forma de completar esta misión...

—¿Recibiste algo de esos nombres? —Le había enviado a Corbray una lista del personal del hospital, incluido Farzad y su equipo de seguridad, hoy temprano para que Corbray pudiera ejecutarlos a través de la base de datos de Cobra de imbéciles conocidos.

—Un nombre apareció. Hamzad Shah. Cuando era niño, asistió a una madraza en Punjab que fue cerrada el año pasado por sospecha de extremismo. Eso es todo lo que tenemos sobre él: sin arrestos, sin afiliaciones terroristas conocidas.

—Gracias. —No era mucho, pero le dio a Derek una razón para vigilar de cerca a Hamzad. —¿Algo más?

—Nos enteramos de algunos extremistas que se hacen pasar por milicias locales en las provincias del norte. Han estado deambulando por el campo, intimidando a los aldeanos en las zonas rurales, tomando sus alimentos y armas, matando a hombres aquí y allá y secuestrando mujeres. Hasta ahora, han mantenido un perfil bastante bajo. Según los informes, su líder es uigur.

Derek se preguntó si Kazi sabía sobre esto. —Descubriré lo que pueda.

—¿Cómo fue tu reunión con Kazi?

—Le di el tratamiento completo de ATF: una caja de whisky, cigarrillos y armas de fuego. Parecía complacido. Vive como un rey en estos días.

—No confío en él.

—Yo tampoco. Me registraré mañana a esta misma hora.

Derek terminó la llamada y se tomó unos minutos para pensar en lo que había aprendido sobre Jenna. Era inteligente, educada y, según los informes, buena en su trabajo. No le importaba su padre. ¿Quién podría culparla? Ella había llegado a un país con terribles tasas de mortalidad materna e infantil para salvar vidas, pero él no la tomó por una persona moralista. Ella fue directa, veraz, sincera. Ella creía que podía hacer una diferencia aquí y estaba dispuesta a arriesgar su

vida para hacerlo.

Solo podía admirarla por eso.

Ella conocía los peligros, por lo que no tenía sentido tratar de asustarla para que regresara a los Estados Unidos. No era cercana a su padre, un eufemismo, así que no había posibilidad de que regresara a casa por preocupación por él. Pasó largos días cuidando a los demás, pero ¿qué hizo para cuidarse a sí misma? ¿Estaba sola, nostálgica?

Tal vez si adoptaba un enfoque más suave, mostraba su simpatía, se convertía en su amigo, tendría más posibilidades de conseguir que ella cambiara de opinión.

Cambiar de táctica no era más complicado para Derek que cambiarse de ropa. Como boina verde, a menudo había pasado meses detrás de las líneas enemigas, trabajando con activos locales, haciendo todo lo que tenía que hacer para obtener el resultado deseado. Asesinato, manipulación, intimidación, amistades fingidas, le resultó fácil.

Oye, lo que sea que funcione.

En cuanto a Jimmy, no tenía idea de cómo se sentía Jenna por la muerte de su hermano o el hecho de que él había salvado...

—¡Francotirador!

Jimmy tiró a Derek al suelo justo cuando el Dragunov se abría, el golpe en el cuerpo le quitó el aliento de los pulmones y le hundió la mejilla en una roca.

¡Rat-at-at-at!

La respiración de Derek se congeló en sus pulmones, su cuerpo rígido.

Uno de los otros miembros de su escuadrón había eliminado al francotirador en una lluvia de balas, pero ya era demasiado tarde para Jimmy. Esa descarga lo había golpeado en el casco.

Sangre. Sesos. Pedazos de hueso.

Hijo de puta.

Derek cerró los ojos con fuerza, respiró hondo y encerró ese recuerdo.

No hizo debilidad.

Jimmy había hablado con su hermana pequeña a través de Internet o por teléfono tan a menudo como pudo, y Derek tenía claro que los dos eran cercanos a pesar de una diferencia de edad de casi diez años. Lo había notado porque era muy diferente a su propia experiencia. Había crecido sin hermanos verdaderos, sin madre o padre real, sin sentido de familia.

La puerta trasera del hospital se abrió y Jenna salió al frío vestida solo con su pañuelo en la cabeza, bata de laboratorio y bata blanca. Ella lo vio pero no se acercó al vehículo. Tampoco llamó a Farzad. Tal vez solo quería un poco de aire fresco.

Derek solo había visto fotos de ella: una niña delgada con una gran sonrisa, ojos verdes y cabello castaño rojizo. Estaba claro que ella y Jimmy compartían ADN. Sí, era muchísimo más bonita que su hermano, sus rasgos delicados e inconfundiblemente femeninos, pero el parecido estaba ahí.

¿Tenía el pelo largo o corto? Derek no tenía idea. Las capas que vestía ocultaban los detalles de su cuerpo pero no ocultaban por completo sus curvas. Todas esas capas hicieron más para provocar su imaginación que evitar pensamientos sexuales, que era su propósito.

¿A dónde diablos vas con esto, idiota?

No había volado hasta aquí para ver a Jenna. Estaba aquí para protegerla.

¿Cuál era el apodo de Jimmy para ella?

Punk.

Así es. La había llamado punk.

Y eso le dio a Derek una idea.

Volvió a marcar el número de Corbray. —Oye, hombre, hay algo que necesito que envíes a Mazar-e-Sharif de inmediato.

Le dijo a Corbray dónde encontrar lo que necesitaba, y miró a Jenna a tiempo para verla limpiarse las lágrimas de la cara con el extremo suelto del pañuelo.

Derek vio su oportunidad. —Tengo que irme.



JENNA DIBUJÓ otro soplo de aire frío y estaba a punto de volver a entrar cuando Derek salió de su Land Cruiser y caminó hacia ella.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Debió haber visto que estaba llorando.

Maldición.

—No es nada.

Le tocó la manga con una mano. —No es nada si estás llorando.

Instintivamente, se apartó. No la había tocado ningún hombre, ni siquiera para darle la mano, desde que había llegado aquí. La ley religiosa dictaba que no podía hablar ni estar sola con un hombre que no fuera de la familia inmediata. La única excepción fue Farzad, y eso fue por necesidad. Había aprendido a tener cuidado.

Por otra parte, se suponía que Derek era su hermano, ¿verdad?

—Tuvimos una noche difícil anoche, solo un peligro del trabajo.

Manteniendo la confidencialidad de los nombres, explicó lo que había sucedido: cómo el bebé se había equivocado y el padre se había negado a permitir que la madre tuviera una cesárea. —Entonces, larga, terrible historia corta, el bebé nació muerto, pero salvamos a la madre. Era su segundo bebé y solo tiene catorce años.

Derek frunció el ceño, sus ojos cálidos de simpatía. —Lo siento. Eso es duro.

—He estado tratando de ayudar a una madre primeriza —por cierto, sólo tiene dieciséis años — con la lactancia, pero su suegra se niega a permitirlo e insiste en darle al bebé aceite vegetal o mantequilla derretida. Supongo que hay una cierta superstición acerca de que el calostro, la primera leche de una nueva madre, es peligroso para los bebés o algo así. Me enoja mucho. Tanto la niña como su bebé están gravemente desnutridos. A veces simplemente se siente desesperado, como si nada de lo que hiciéramos...

Sus palabras se desvanecieron ante el horror en el rostro repentinamente pálido de Derek. —No me digas que un boina verde grande y malo tiene miedo de las charlas obstétricas.

Su mirada se encontró con la de ella y ella supo que había dado en el clavo.

—¡Usted está! —Ella no pudo evitar sonreír. —Entonces, si digo 'útero', ¿te desmayarás?

Frunció el ceño. —Por supuesto no.

—¿Qué tal la 'menstruación'?

—De ninguna manera. —Una sonrisa tiró de sus labios.

—Dolores del parto.

Hizo una mueca. —Supongo que eso es solo una parte, ¿verdad?

—Correcto. ¿Vagina?

Sus labios se curvaron en una sonrisa que pareció extraer el oxígeno de los pulmones de Jenna. —Oh, me gusta esa palabra.

El calor se apoderó de sus mejillas. Ella había querido que esto fuera clínico, no sexual. Lo intentó de nuevo. —¿Episiotomía?

El se encogió de hombros. —Ni siquiera sé lo que eso significa.

—Eso es cuando una partera o un médico corta el perineo de una mujer

—¡Bien bien! —Levantó una mano, con la palma hacia ella. —Eso es suficiente.

Jenna se rió.

Se recuperó y pareció estudiarla. —¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza, la risa había suavizado los bordes más ásperos de su estado de ánimo. —Es difícil ver que sucedan cosas como esta y no poder cambiarlas.

Él pareció mirar más allá de ella, su mirada se centró en nada, su sonrisa desapareció. —Lo entiendo. Vine aquí por primera vez hace dieciséis años para deshacerme de los malos. Mucha gente buena dio su vida por esa causa. Se han ido, pero los malos todavía están aquí.

James había muerto aquí, muy al sur de la provincia de Kandahar.

Jenna se estremeció.

—Debes estar helada.

—Debería dejarte volver al trabajo. ¿No se supone que debes vigilar este lugar o algo así?

Se supone que debo estar protegiéndote. Si la mierda golpea el ventilador, tú eres mi única prioridad. —Sacó algo de su bolsillo. —He querido darte esto.

Parecía un Blackberry con antena. También había un cable de carga.

—¿Un celular?

—Es un teléfono satelital seguro con rastreo GPS integrado. Podemos enviarnos mensajes de texto seguros y hablar entre nosotros. Mientras esto sea por tu cuenta, podré encontrarte sin importar dónde estés.

—¿Por qué necesito esto? Estás aquí. Yo también.

—No puedo entrar al hospital y necesito una forma de comunicarme contigo, una forma de comunicarme que no pueda ser pirateada o monitoreada.

—Puede que no siempre pueda responder.

—Si esto zumba, respóndelo. No llamaré si no es importante. Programé mi número en el teléfono. Simplemente presione el número uno.

—Bueno.

Derek miró su reloj. —Me reuniré con Farzad durante el almuerzo para hablar sobre su plan de seguridad. Quiero ver si tiene una estrategia. ¿El hospital tiene una habitación segura?

—Sí. La entrada está detrás del refrigerador. —Jenna había mirado el espacio oscuro y frío con sus escaleras de madera cuando se orientó.

—Bueno saber. ¿Has realizado simulacros alguna vez?

—¿Taladros? ¿Te refieres a simulacros de incendio?

—No, me refiero a ejercicios del tipo 'refugio en el lugar, las balas-están volando'.

¿Estaba tratando de asustarla?—. No mientras esté aquí.

—Eso necesita cambiar.

Farzad ha sido bueno conmigo, con todas las parteras aquí. Por favor, no pisotee al pobre hombre .

—No se preocupe. Seré diplomático.

—Bueno.

—Por cierto, no le he hablado de mis antecedentes militares, así que no te resbales.

—Seré cuidadoso. —Jenna se volvió para irse. —Hablaré contigo más tarde.

Le cogió los dedos y se los apretó. Aguanta, Jenna. Salvaste una vida anoche.

Por un momento, Jenna se quedó allí, atrapada por la simpatía en su mirada. —Gracias.

La soltó. —Dios, tus dedos están helados. Vuelve adentro.

Se volvió y tecleó su contraseña. Se detuvo al otro lado de la puerta, se recostó contra ella, los dedos que él sostenía parecían hormiguar.

Oh, ya basta.

Caminó por el pasillo y volvió al trabajo.



DEREK ESCUCHÓ mientras que Farzad explicó los protocolos de seguridad del hospital, que básicamente consistían en que Farzad y sus hombres montaran guardia alrededor del complejo y revisaran a todos los que llegaban en busca de ayuda médica para armas. La puerta de acero a prueba de balas permaneció abierta durante el día, pero se cerró al atardecer y permaneció vigilada durante la noche. Dada la situación y la tecnología disponible, eso era todo lo que Derek podía esperar de estos hombres.

Derek sabía que no le correspondía hacerse cargo de la operación de seguridad de Farzad. Tampoco pudo expresar ninguna de sus observaciones como crítica. Era un forastero aquí, bienvenido solo porque pensaban que era el hermano de Jenna.

Aún así, tenía un trabajo que hacer.

Eligió sus palabras con cuidado. —¿Ayudaría si instalo cámaras de seguridad? Podría colocarlos en la carretera en todas las direcciones y aquí en el edificio. Podríamos poner monitores en el cuartel que te permitan ver lo que está sucediendo en cualquier momento del día o de la noche. Sería advertido si la milicia o los talibanes vinieran por aquí.

—¿Trajiste esas cosas contigo?

—No, pero sé dónde puedo comprarlos. —En realidad, había dejado equipo y suministros, incluidas cámaras de seguridad y monitores, en Mazar-e-Sharif. Solo necesitaba conseguirlos.

Farzad consideró su oferta. —Las cámaras de seguridad nos darían una ventaja.

—Tus hombres estarían preparados. —Derek pasó a lo siguiente. —Jenna me dijo que el hospital tiene una habitación segura para las mujeres. ¿Les ha pedido alguna vez que practiquen la evacuación?

La expresión de Farzad le dijo a Derek que pensaba que era una mala idea. —No no. Les asustaría. Además, el hospital rara vez está vacío. Las mujeres saben qué hacer. Si escuchan disparos, deben esconderse.

Entonces, espere a que las balas vuelen, luego agáchese y corra.

A Derek no le pareció un gran plan, pero no lo dijo.

—Si lo aprueba, conduciré a la ciudad para conseguir las cámaras de seguridad.

Farzad tomó un sorbo de té. —Enviaré a uno de mis hombres con usted para ayudar.

A Derek no le gustó la idea, pero no pudo rechazar la oferta. ¿Qué hay de Hamzad? Parece fuerte y capaz.

Farzad bajó la voz. —No Hamzad. Él es los ojos y los oídos de El León.

Interesante.

Enviaré a Dawar contigo. Es un buen chico y ama a los estadounidenses.

—Les agradezco su hospitalidad y su ayuda, y por mantener a mi hermana a salvo.

Diez minutos más tarde, Derek se dirigió hacia Mazar-e-Sharif, conduciendo por carreteras

nevadas y llenas de baches con Dawar en el asiento del pasajero. El niño estaba emocionado y tenía muchas preguntas sobre el vehículo. También era un libro abierto, contándole a Derek todo sobre su vida.

Era el único hijo de una madre viuda y la cuidaba a ella y a sus cuatro hermanas. Su padre había sido asesinado por un coche bomba colocado por los talibanes. Dawar estaba agradecido por este trabajo, ya que lo mantenía cerca de casa y le pagaba lo suficiente para mantener a todos alimentados y vestidos. Esperaba encontrar pronto un marido para su hermana mayor, porque ella tenía dieciséis años y ya tenía la edad suficiente para casarse. Eso le daría una boca menos que alimentar.

—¿Cuántas hermanas tienes? —Preguntó Dawar.

—Solo Jenna.

—¿Por qué no está casada?

Derek solo pudo adivinar. —Se necesitan muchos años de formación para convertirse en partera. Ella está feliz trabajando.

—¿Preferiría trabajar que tener un marido e hijos propios?

Derek vio la confusión en el rostro de Dawar. —En nuestro país, las mujeres eligen a sus maridos. Ella aún no ha conocido a un hombre con el que quiera casarse.

—¿Todavía vive en la casa de su padre?

—No.

—¿Pero quién la cuida?

—Tiene su propia casa y se cuida sola”. Derek volvió a mirar a Dawar. —¿Hay alguna razón por la que haces tantas preguntas sobre mi hermana?

La cara de Dawar se sonrojó.

Sí, eso es lo que pensó Derek. Seguramente Dawar nunca había hablado con ella, y nunca la había visto sin su pañuelo en la cabeza. Y, sin embargo, el niño estaba enamorado de ella.

Era una mujer hermosa, así que eso no sorprendió a Derek.

Lo que lo sorprendió fue el inexplicable impulso que sintió de decirle a Dawar que se mantuviera alejado de ella.

CAPÍTULO 4

Jenna envolvió a la recién nacida, una niña pequeña, y la acostó en el moisés de plástico transparente al lado de su madre exhausta, quien presionó sus puños apretados contra la parte baja de su vientre, líneas de dolor en su rostro. Era el quinto hijo de Najida, por lo que los calambres serían fuertes. —Te traeré un medicamento para el dolor.

Mientras caminaba de regreso a la farmacia, vio a Nahal, Lailoma y Parwana asomándose a través de las cortinas de la cocina a algo que estaba sucediendo afuera, con el pañuelo sobre la cabeza.

—¿Qué está haciendo?

Jenna llenó el papeleo de dos oxicodona y los llevó, junto con un vaso de agua y un ablandador de heces, de regreso a la cama de la madre. —Trague estos. Quitarán algo de ese dolor.

—Gracias. —La mujer tomó las pastillas y bebió.

—Tienes una hermosa hija. ¿Tienes un nombre para ella?

Najida miró a su nuevo bebé. —No. Ya tengo tres hijas. Mi esposo quería que este fuera otro hijo. Se enfadará.

El bebé miró a su nuevo mundo, chupando una mano, felizmente inconsciente de que era una decepción para sus padres simplemente porque había nacido mujer.

El pensamiento hizo que Jenna sintiera dolor en el pecho.

Quería explicarle a la madre que había sido el esperma de su marido y no su óvulo lo que había determinado el sexo de sus hijos, pero se detuvo a sí misma. —Descanso.

Jenna regresó a la cocina con la esperanza de tomar un té y encontró a las tres estudiantes parteras todavía mirando por la ventana. —¿Qué es?

—Tu hermano está en la pared.

Jenna se acercó y vio a Derek de pie sobre la pared exterior del complejo, mirando hacia el sur, con herramientas en la mano. Señaló, dijo algo que ella no pudo oír.

—¿Qué está haciendo? —Preguntó Nahal.

—No lo sé.

—¿Es el casado? —Preguntó Parwana.

Jenna estaba a punto de decir que no tenía idea, pero se contuvo. Después de todo, estaba fingiendo ser su hermana. Ella adivinó. —No, no lo es.

Con Farzad, Dawar y algunos otros mirando, se sentó a horcajadas sobre la pared y ajustó algo. Jenna no podía ver qué era desde aquí.

Fue a su habitación, se puso la parka y salió.

En circunstancias normales, nunca habría salido a la calle en presencia de un grupo de hombres, pero ahora tenía un acompañante. Derek era su hermano, después de todo.

—¿Qué estás haciendo ahí arriba, hermano? —preguntó en dari.

La vio, sonrió. —Oye hermana. Estoy instalando cámaras de seguridad. Farzad pensó que sería una buena idea.

Jenna se volvió hacia Farzad. —Gracias.

Derek actuó como si hubiera sido idea de Farzad, pero ella lo sabía mejor. De alguna manera, Derek había convencido a Farzad de esto.

Derek saltó al suelo nevado y se acercó a ella. —¿Tienes Tiempo Para Hablar? Podemos sentarnos en el Land Cruiser.

Había tres mujeres en trabajo de parto, pero Marie las estaba cuidando. Ninguno estuvo cerca de cumplir todavía.

—Tengo unos minutos.

Siguió a Derek hasta el Land Cruiser y se subió al asiento del pasajero trasero.

Derek encendió el motor y la calefacción. —Podrías sentarte al frente, ¿sabes?

—Supongo que podría. —Respetar la cultura aquí era su trabajo de tiempo completo, si quería ayudar a las mujeres afganas—. ¿Compraste cámaras de seguridad?

Él la miró y asintió. —Los recogí ayer por la tarde. Instalé cámaras en las intersecciones de las carreteras al este y al oeste para avisar a Farzad y sus hombres si alguna milicia o talibes se dirigía hacia aquí. También hay cámaras en la pared que miran hacia el norte y el sur, en la puerta principal y en el área de espera. Todavía tengo que configurar los monitores y enseñar a Farzad y su equipo cómo usar el sistema, pero debería haber terminado esta noche.

Jenna tuvo que admitir, al menos para sí misma, que eso la hacía sentir más segura. —Gracias.

Se volvió en su asiento para que pudieran hablar cara a cara. —¿Estás teniendo un día mejor?

—Cuatro bebés hasta ahora, todos sanos. Gracias. —La preocupación en sus ojos azules hizo que su pulso se acelerara.

Dios, eres patético!

Sabía que estar aquí significaría dos años de celibato, entonces, ¿por qué explotaba en hormonas cada vez que estaba cerca de él? Primero su olor. Luego la vista de su trasero. Luego su toque. Ahora sus ojos.

Necesito que me hagas un favor. ¿Puede organizar simulacros de emergencia para las mujeres? Farzad teme que los simulacros de ejecución asusten a todos, pero creo que todos ustedes son más duros que eso. Está dispuesto a esperar hasta que las balas vuelen y confiar en que usted se las arreglará. Prefiero que te organices y practiques, incluso en grupos pequeños. Sea discreto, pero practique.

—Bueno. —No estaba segura de cómo se sentirían los demás al respecto.

—Querrá asegurarse de tener comida, agua, mantas, los suministros médicos que pueda necesitar y algún tipo de baño. El asedio a la escuela de partería de Ghazni duró casi un día .

Una partera había recibido un disparo en la cabeza durante esa redada.

—No creo que tengamos mantas de sobra.

—Conseguiré algunos. También puedo conseguir bolsas de agua y MRE halal, si eso ayuda.

—¿El ejército fabrica MRE halal?

Halal era el equivalente islámico del concepto judío de kosher.

Derek sonrió, haciendo que el corazón de Jenna diera un vuelco. —Oye, el tío Sam piensa en todo.

—Haré lo que pueda.

—Bueno. Colocaré los MRE y el agua fuera de la puerta trasera y te enviaré un mensaje de texto para decirte que está allí.

Entonces Jenna recordó. —¿Estás casado?

La expresión de Derek cambió a diversión. —¿Por qué preguntas?

El calor se apoderó de sus mejillas. —No es personal. Uno de los estudiantes me preguntó y yo quería asegurarme de que no estamos contando historias diferentes.

—Inteligente. No, no estoy casado.

Por qué esto debería complacer a Jenna, no podía decirlo. —¿Tienes novia?

Sacudió la cabeza. —No soy muy bueno en las relaciones. Me voy todo el tiempo y no puedo hablar de mi trabajo. Eso no funciona con la mayoría de las mujeres.

Sin querer entrometerse, Jenna cambió de tema. —James me contó algunas cosas: cómo funcionan las granadas, cómo se mantienen los helicópteros en el aire, cómo cargar un cargador. Me contó historias sobre las cosas que ustedes dos hicieron.

—¿Él hizo? —Derek no parecía del todo complacido.

—¿Eso significa que tienes que matarme ahora? —En el momento en que lo dijo, lo lamentó. Es casi seguro que había matado gente, y bromear al respecto era, en el mejor de los casos, insensible.

Frunció el ceño. —Dios no.

—Bueno, eso es un alivio.

Fue su turno de cambiar de tema. —¿Qué hay de tí? ¿Por qué no estás casado?

—Supongo que no he conocido al tipo adecuado. Tenía un novio serio, pero rompimos cuando él no podía cambiar de opinión acerca de venir aquí.

La mirada de Derek sostuvo la de ella. —Debe haber sido un perdedor.

Lo estás mirando como una fan adolescente.

—Trenton era neurocirujano, en realidad, pero sí, un perdedor. Amaba su trabajo más de lo que me amaba a mí, pero cuando me enfocaba en mi carrera, se sentía amenazado. De todos modos, había estado listo para terminarlo por un tiempo. Ni siquiera lloré cuando nos despedimos.

—¿Lo extrañas?

—Ni un poco. —Jenna extrañaba el sexo, pero no extrañaba a Trenton. Ella miró su reloj. —Necesito ir.

Derek tomó una de sus manos y la sostuvo entre las dos más grandes. —Tómame esos ejercicios en serio, Jenna. No estaré aquí mucho más tiempo. Necesitas estar listo.

—Entiendo. Lo haré lo mejor que pueda.



DEREK LA VIO IRSE, luego bajó del vehículo y volvió al trabajo. Ya era tarde cuando terminó de conectar el monitor y arrancó el sistema.

Farzad vio imágenes de la carretera, las montañas al norte y al sur, y la sala de espera aparecía en la pantalla de visualización. —¿Qué piensas?

Farzad sonrió. —Esto es como James Bond.

Derek le mostró cómo pasar de una cámara a otra, cómo cambiar a una vista de pantalla completa desde una cámara individual y cómo hacer zoom. —De esta manera, puede tomar fotografías de matrículas de vehículos o ver caras más de cerca...

—¿Qué hay de la noche?

—Las cámaras son de infrarrojos, por lo que también podrá ver lo que está sucediendo en la oscuridad. Si los talibanes o un grupo de milicias rebeldes intentan acercarse sigilosamente a usted, verá pasar sus vehículos y tendrá tiempo para prepararse.

—Esto es bueno. —Farzad señaló la imagen de la sala de espera con un gesto de la barbilla.

—¿Por qué pusiste una cámara allí?

—Si alguien logra pasar armas a escondidas por la puerta o viene aquí con explosivos, es posible que lo detectes y tengas un momento para actuar antes de que lo hagan.

Farzad parecía dudar. —Tendríamos que correr desde el cuartel hasta la puerta, y para cuando llegáramos allí, podría ser demasiado tarde.

Eso es lo que Derek esperaba que dijera.

Derek quería un oficial armado en esa sala de espera en todo momento. —¿Qué pasaría si sus hombres se turnaran para sentarse en la sala de espera como si ellos también esperaran el nacimiento de un niño? Si alguien saca un arma o lleva un chaleco, ya estará allí, y tendrá armas escondidas dentro de su ropa.

—¿Crees que esa vigilancia es necesaria?

—Después del ataque a Ghazni, sí.

Farzad se frotó la barba y volvió a mirar la pantalla. —Tal cosa no podría suceder aquí. Inshallah.

—Inshallah. —Derek repitió la frase, pero, dada la mierda que había visto, puso más fe en un M4 cargado que en la voluntad o la misericordia del dios de nadie.

Terminó de enseñarle a Farzad cómo operar el sistema de vigilancia: cómo verificar cada cámara para asegurarse de que estuviera activa, cómo reiniciar si el sistema fallaba, cómo capturar y guardar imágenes desde la pantalla de visualización.

Farzad fue inteligente y aprendió rápidamente. —Es un gran regalo que nos has dado.

—Me has dado el regalo de tu hospitalidad y has protegido a mi amada hermana durante muchos meses. Estoy agradecido.

Cuando terminó, llegó el momento de la oración vespertina.

Los hombres se juntaron, desplegaron sus esteras de oración y se enfrentaron a La Meca, Farzad asumió el papel de imán. Derek salió para darles espacio, el canto de Farzad lo siguió.

—Allahu akbar. —Dios es el mejor. —En el nombre de Allah, el más misericordioso, el más misericordioso, todas las alabanzas son para Allah.

Derek se quedó de pie en el frío, su mirada se dirigió hacia la puerta principal, que Farzad había cerrado por la noche. Jenna estaba allí, tal vez ayudando a un paciente, tal vez de pie como él, sola, una extraña.

Él le había dicho que solo la llamaría si era importante, así que ignoró el impulso de enviarle un mensaje de texto para saludarla. ¿Qué tipo de idea estúpida fue esa, de todos modos?

¿Estás solo, hombre? Mierda dura.

Estaba acostumbrado a estar solo. Sí, había tenido su parte de amantes, pero nada que hubiera durado. Nunca había logrado llegar lejos con una mujer. Le había dicho a Jenna que su trabajo era el culpable. La verdad era que tenía problemas para acercarse a la gente y lidiar con la complicada complejidad de las relaciones. Las mujeres con las que había estado querían que se abriera, pero no sabía cómo. O tal vez simplemente odiaba ser vulnerable.

Una imagen del rostro de Jenna, con las mejillas enrojecidas, pasó por su mente.

Maldición. Si.

Era bonita: piel clara, ojos verdes brillantes, pestañas largas y oscuras. Cuando ella se sonrojó, lo sintió hasta las bolas.

—No es personal —había dicho.

Pero el color de sus mejillas había dicho lo contrario.

Se contuvo, sacudió la cabeza ante su estupidez.

¿Qué diablos le pasaba?

Te atrae ella.

Si, vale. ¿Y qué si lo fuera? Era tan humano como cualquier otro hombre.

Y no te importaría ser el próximo hombre, ¿verdad?

Eso no iba a suceder. Dejó su polla en sus pantalones cuando estaba trabajando. Incluso si estaba dispuesto a romper esa regla, que no estaba, Jenna era la hermana pequeña de Jimmy. Le debía la vida al hombre. No podía pagar esa deuda desnudando a Jenna. Follarla sería una grave violación del Código del Hombre.

Antes de que pudiera empezar a intentar imaginar cómo se vería ella debajo de todas esas capas de ropa suelta, caminó hasta su Land Cruiser, que había aparcado cerca de la puerta, y empezó a descargar MRE halal. Acababa de dejar la primera caja en el suelo cuando sonó su teléfono satelital. Sacó el teléfono de su abrigo. Eran las nueve de la mañana en DC Corbray probablemente estaba llamando para...

Senador Hamilton.

Mierda.

—Torre aquí.

—Hablé con su socio esta mañana. Dice que aún no has logrado convencer a Jenna de que regrese a casa y que planeas irte pronto.

Sí, el hombre estaba enojado.

—Ella se niega a irse antes de que haya completado su contrato, y no puedo quedarme aquí durante dieciocho meses. Puedo encontrar a alguien...

—Pensé haber dejado en claro que quiero que la traigas de vuelta o que te quedes y la veas tú mismo.

—Nunca acepté quedarme aquí durante dieciocho meses. Le sugiero que lea el contrato.

El bastardo pasó el siguiente minuto gritando en su teléfono hasta que Derek estuvo tentado de colgarlo. ¿No había visto a Jimmy lidiar con esta misma mierda? Hamilton había intentado conseguir una baja honorable para Jimmy mientras estaba en el entrenamiento básico y había pasado no poco tiempo gritándole al oído de Jimmy así.

—¡Senador Hamilton! —Derek puso un tono duro en su voz. —No puedes intimidarme. Si no te callas, terminaré esta llamada.

—No lo harías...

—Pruébame. —Derek aprovechó el silencio. —He investigado al equipo de seguridad aquí. También instalé cámaras en varias posiciones para dar a la seguridad del hospital una advertencia anticipada si...

—No es 'si', Tower. Es 'cuando'. ¡Es solo cuestión de tiempo y lo sabes!

El hombre estaba paranoico. Había ONG en todo el país. Aunque hubo ataques ocasionales, la mayoría de los trabajadores humanitarios que llegaron a Afganistán se fueron a casa de una pieza. Empezó a decir esto, pero el senador lo interrumpió.

—Le advertí a James que no se uniera al ejército. Le dije que tenía un propósito diferente en la vida, pero no me escuchó. Murió allí sin haber estado nunca a la altura de su potencial, y ahora Jenna...

—Tu hijo murió como un héroe. —Las palabras salieron antes de que Derek pudiera detenerse. —Es una lástima que nunca supiste en el guerrero en que se convirtió James. En cuanto a Jenna, es una adulta. Como James, ella puede tomar sus propias decisiones. No eres dueño de ella.

—Será mejor que vigile su...

Derek terminó la llamada, la furia lo golpeó.

No era frecuente que una persona pudiera provocarlo así, pero ese hijo de puta se había atrevido a juzgar la vida y la muerte de Jimmy sin saber nada al respecto. Hamilton nunca se había

puesto un uniforme, nunca se enfrentó a fuego real, nunca tuvo que tomar una decisión en una fracción de segundo que significara la vida para alguien y la muerte para él.

Que se joda Hamilton.

¡Francotirador!

¡Rat-at-at-at!

Derek apartó el recuerdo y alcanzó la siguiente caja de MRE.

CAPÍTULO 5

Jenna arrastró la nevera fuera del camino para revelar la entrada de la habitación segura. Era fácil distinguir los bordes de la puerta, pero no había manija en el exterior. La idea era volver a colocar el refrigerador en su lugar para ocultar la puerta antes de cerrarla y trabarla desde adentro. Empujó el panel y la puerta se abrió, el aire frío y mohoso la golpeó en la cara.

Mina se inclinó para mirar. —Espero que nunca tengamos que ir allí.

—Mi hermano dijo que deberíamos practicar. —Jenna encendió una linterna y cruzó la entrada hacia la oscuridad.

Se encontró en un pequeño rellano sobre un tramo de escaleras de cemento que conducían a una pequeña habitación de abajo. No había barandilla, así que dio cada paso con cuidado.

Las telarañas se extendían por el aire frente a ella. ¿O eran telas de araña?

Dios omnipotente.

Los hizo a un lado, tratando de no mirar dentro de las grietas y recovecos mientras bajaba a la habitación segura. No era un gran espacio, solo lo suficientemente grande para albergar al personal del hospital y a un puñado de pacientes. No había muebles, pero se habían construido bancos de hormigón en las paredes, quizás para que los pacientes pudieran acostarse. Afortunadamente, había luz eléctrica.

Tiró de la cuerda y miró a su alrededor. Más webs. Los excrementos de roedores estaban esparcidos por el suelo, haciéndola desear haberse puesto una máscara. Esto iba a ser más trabajo de lo que había imaginado.

Ella volvió arriba. —Necesitamos limpiarlo. Hay excrementos de roedores. Necesitamos encontrar alguna forma de proteger la comida para que los ratones no entren en ella.

Ella y Mina se pusieron máscaras y guantes y se pusieron a trabajar con escobas, trapeadores y lejía para hacer habitable la habitación segura.

—Nunca pensé que ser partera significaría limpiar los excrementos de los ratones —dijo Mina.

Jenna se rió. —Yo tampoco.

Cuando la habitación estuvo lo más limpia posible, Jenna se lavó las manos y luego le envió un mensaje de texto a Derek, explicando que había una presencia de ratón y que la comida y el agua, que estaban en cajas envueltas en plástico, necesitarían algún tipo de protección.

Veré lo que puedo hacer.

Veinte minutos más tarde, la llamó para decirle que había localizado unos bidones de acero de cincuenta y cinco galones limpios y vacíos que alguna vez habían tenido suministros médicos.

Lo encontró cargando uno de los tambores, su abrigo al sol, sus bíceps visibles debajo de la tela de su camisa de manga larga. —Esos serán perfectos.

Él le dedicó una brillante sonrisa. —¿Serán suficientes tres barriles?

—Creo que sí.

Dejó el cañón a su lado. —¿Eres capaz de llevar esto?

—Seguro. —Trató de levantar uno de los barriles, pero lo encontró más pesado de lo que había imaginado. —Podría meterlo dentro. El problema va a ser bajar las escaleras.

—Hablaré con Farzad. —Derek salió corriendo, dejándola parada fuera de la puerta trasera.

Regresó con Farzad unos minutos después. —Si les pide a las mujeres que se limiten a la

enfermería y cierran la puerta con llave, las llevaré adentro y las bajaré por ustedes.

—Esto cumple con los requisitos de modestia —dijo Farzad.

—Gracias, Farzad. —Jenna mantuvo la mirada apartada para que él no pudiera ver lo divertida que encontraba la situación.

Jenna se apresuró a entrar y encerró a las estudiantes parteras junto con Delara y Marie dentro de la enfermería, luego fue y abrió la puerta para Derek. —La costa está despejada, hermano.

Cogió el primer barril y la siguió a la pequeña cocina, su cuerpo parecía llenar el espacio. Miró dentro de la habitación segura. —No es grande, ¿verdad?

Maniobró el cañón a través de la pequeña abertura hasta el rellano y luego se inclinó y entró. No había suficiente espacio en el rellano para que él se mantuviera erguido, y tuvo que mantener la cabeza inclinada mientras comenzaba a bajar las escaleras. —Puedo ver por qué pensaste que esto podría ser un problema.

—No te rompas el cuello. —Ella lo siguió hacia abajo, llevando una de las cajas de MRE. Esta vez no podía ver sus pies, así que tuvo mucho cuidado.

Derek dejó el tambor en su borde y lo hizo rodar hacia una esquina, el techo apenas era lo suficientemente alto para que él se mantuviera erguido. Le quitó los MRE de los brazos como si no pesaran nada y los dejó en uno de los bancos de cemento. —Puedo llevarlos abajo. Abres las cajas y empacas la comida en los tambores.

Una vez más, captó el olor de su piel, un olor picante y masculino. Se había acostumbrado tanto al olor de los cuerpos sin lavar que estar cerca de él era embriagador.

¡Caramba!

Se apresuró a subir las escaleras, haciendo cuatro viajes más, dos para los dos tambores restantes y dos para el resto de los MRE y el agua, mientras ella arrancaba la envoltura retráctil, abría las cajas y amontonaba las comidas en el barril. Luego colocó las tapas en los barriles, retrocediendo mientras él los colocaba firmemente en su lugar con la palma de la mano.

—Eso debería mantener alejados a los ratones.

—También me gustaría guardar algunos suministros médicos aquí, por si acaso: suministros de primeros auxilios, líquidos intravenosos, analgésicos. —Se le había soltado el pañuelo en la cabeza e instintivamente se estiró para enderezarlo.

Él tomó su mano. No lo hagas. Quiero ver tu cabello.

Jenna se olvidó de respirar.



QUE DEMONIOS ¿estás haciendo?

Esto no había sido parte del plan de Derek. Las palabras acababan de salir de su boca, pero por alguna razón, no las estaba retractando.

Una parte de él trató de convencerse a sí mismo de que solo estaba haciendo su trabajo, solo tratando de ganarse a Jenna. Pero sabía que eso era una tontería. Realmente quería ver su cabello.

Jenna se quedó de pie, congelada en su lugar, mirándolo con los ojos verdes muy abiertos y las pupilas dilatadas. —Probablemente no debería...

Agarró el maldito pañuelo y se lo quitó para revelar un espeso cabello castaño rojizo que le caía muy por debajo de los hombros.

Ella se estiró y se pasó la mano tímidamente por el pelo. —Me he acostumbrado a encubrir. No dedico tiempo a peinarlo o...

Sus palabras se apagaron cuando él levantó un puñado de mechones sedosos, se los llevó a la nariz e inhaló, el aroma femenino envió un dardo de excitación a su ingle. Hueles a flores.

—Es... eh... mi champú.

¿Había logrado ponerla nerviosa?

Bueno.

—Me gusta. —Deslizó los dedos a través de los espesos mechones, rozando su mejilla con la palma, sus dedos encontrando su nuca.

Sus ojos se cerraron a la deriva, sus labios se abrieron al exhalar.

La lujuria lo atravesó, aguda y brillante.

De mala gana, retiró la mano, luchando contra un impulso irracional de acercarla y besarla como el infierno. Eres una mujer hermosa, Jenna.

Ella negó con la cabeza, sus mejillas sonrojadas. —No estoy usando ningún maquillaje.

—No lo necesitas. —Realmente lo decía en serio.

Su piel era casi translúcida, sus pestañas oscuras y largas, sus labios llenos y...

Demonios, no debería estar pensando en sus labios. Si alguien los atrapaba besándose, ambos terminarían muy muertos. No es que alguien entrara ahora mismo. Las mujeres estaban encerradas en la enfermería y Farzad probablemente tenía demasiado miedo de poner un pie en este lugar.

No corra riesgos.

No lo haría, no en lo que a Jenna se refería.

Además, besarla no era su misión.

—Me gustaría que vinieras conmigo de regreso a los Estados Unidos. —Él apoyó las manos en sus hombros. —Hay hombres no lejos de aquí que te destrozaban si pudieran.

—¿Estás tratando de asustarme? No funcionará.

—No, solo te estoy diciendo la verdad. He visto las secuelas de más de una masacre de los talibanes: mujeres y niñas violadas hasta la muerte o disparadas en la cabeza, familias enteras masacradas .

Dio un paso atrás. —Sé que es peligroso estar aquí, pero es más peligroso para estas madres. Si salgo de mi contrato y me voy a casa porque tengo miedo, ¿dónde los deja eso? ¿Dónde deja a Marie, Delara y los estudiantes? El mundo no puede simplemente abandonar a estas mujeres. Sé que lo que estoy haciendo es una gota en el balde en comparación con lo que se necesita, pero al menos estoy haciendo algo.

Derek se dio cuenta de que hablaba en serio y la respetaba. Eso no cambió el hecho de que tenía un trabajo que hacer. —Al menos piénsalo.

—Debería volver al trabajo. —Cogió su pañuelo en la cabeza.

—Permítame. —Se lo colocó sobre el cabello, metiéndolo debajo de la barbilla y rodeándolo de modo que las puntas cayeran sobre su pecho para cubrir las suaves curvas de sus senos. —Deberías hacer eso. No se ve ni una sola hebra.

Se lo ajustó y se pasó las manos por la cabeza cubierta. —Gracias.

La siguió escaleras arriba, subió a la cocina, cerró la puerta y volvió a colocar el frigorífico en su sitio. Esta noche estaré de guardia en la sala de espera.

—¿También fue idea de Farzad, como las cámaras de seguridad? —El tono de su voz le dijo que ya conocía la respuesta.

—Necesito su buena voluntad.

—Gracias por la ayuda. Tenga un buen día.

—Igualmente. —Derek no necesitó un pequeño esfuerzo para darse la vuelta y alejarse.

Encontró a Farzad esperando afuera. —Los barriles están en la caja fuerte. También llevé las cajas de comida y agua. Las escaleras son empinadas y las cajas eran demasiado pesadas para mi hermana.

La expresión de Farzad le dijo a Derek que se había preguntado por qué le había tomado tanto tiempo. —Eso es bueno. Es correcto estar preparado.

—Intenté nuevamente persuadirla de que viniera a casa conmigo, pero está decidida a cumplir su acuerdo con el hospital.

—Tu hermana tiene honor.

—Ella hace. —Derek solo esperaba que no la mataran.



"AHI ESTA de ninguna manera puede nacer el bebé de Behar. —Jenna habló con la suegra de Behar en voz baja para que la niña no la oyera. —Es joven y la abertura de su pelvis es más pequeña que la cabeza de su bebé. Si no podemos operar, ella y el bebé morirán.

Behar, que solo tenía doce años, había llegado con su esposo y su suegra hacía una hora después de un largo día de trabajos forzados. Su cuello uterino estaba completamente dilatado, pero sus contracciones no estaban haciendo descender al bebé. Habían hecho todo lo posible para facilitar el parto: ponerse en cuclillas, apoyarse sobre sus manos y rodillas. Pero después de tres horas de pujar, el bebé estaba tan alto en la pelvis de Behar como lo estaba cuando llegó.

Marie y Jenna habían llegado a la misma conclusión: desproporción cefalopélvica. La abertura de su pelvis era demasiado pequeña para la cabeza de su bebé.

—Hablaré con mi hijo. —La suegra se tapó la cara con la burka y salió de la habitación, justo cuando Behar abrió los ojos.

Otra contracción.

Marie se quedó con Behar, la tomó de la mano, mientras Jenna seguía a la suegra hasta la puerta que separaba el hospital de la sala de espera. No podía entrar en la sala de espera, pero quería escuchar lo que la mujer mayor le decía a su hijo para saber si había entregado el mensaje de Jenna con precisión. Esperó hasta que la mujer mayor cerró la puerta y luego apretó la oreja contra ella.

—Dicen que Behar necesita una cirugía para sacar al bebé o ella y el bebé podrían morir. Dicen que es demasiado joven para dar a luz, pero tuve mi primer bebé a su edad.

¡Maldición!

Eso no fue todo. Sí, era demasiado joven, pero más concretamente, su pelvis era demasiado pequeña. Ella y el bebé morirían, no había duda.

Jenna contuvo la respiración y escuchó la respuesta del marido.

—Nachair. Nachair. —No. No. —Estas cirugías dejan a las mujeres sin poder tener más hijos. Muchas niñas dan a luz cuando son pequeñas. Está en manos de Dios .

El corazón de Jenna se hundió.

De vuelta en el área de parto, Behar gritó, sollozando de miedo y dolor.

¡Al diablo con esto!

Jenna abrió la puerta sólo un poco y habló en dari, no al marido, lo cual estaba prohibido, sino a la suegra. —Abuela, escúchame. Si no sacamos al bebé mediante cirugía, nunca saldrá.

Gritos de indignación.

Jenna levantó la voz para hacerse oír. El cuerpo de Behar es demasiado pequeño, abuela. El

bebé no puede salir. Su cabeza es demasiado grande. Está atrapado dentro de ella. Si no operamos, ella y el bebé morirán, pero solo después de muchas horas de sufrimiento innecesario.

Alguien cerró la puerta desde el otro lado y Jenna se volvió para encontrar a Delara y varias de las estudiantes parteras mirándola en estado de shock. No era costumbre en esta zona rural de la provincia que una mujer hablara si podía ser escuchada por hombres que no eran parientes cercanos.

Pero Jenna estaba más allá de preocuparse. —Debo hacer todo lo que pueda para salvar la vida de Behar. Su suegra no le dijo a su hijo toda la verdad.

Podía ver en sus rostros que entendían, pero también temían por ella y por ellos mismos.

En la sala de espera continuaron los gritos.

Jenna presionó su oreja contra la puerta una vez más.

—¿Qué mujer habla así en nuestra audiencia?

—¡No hay honor en una mujer que habla inmodestamente!

—Esto está en manos de Dios.

Como usted dice, está en manos de Dios. ¿Pero cómo sabes que Dios no te ha traído aquí para que esta cirugía pueda salvar a tu esposa e hijo?

Derek?

Fue su voz.

—Esto no es asunto tuyo, amigo.

Derek no se desanimó. —En mi pueblo, nuestro Imam cuenta la historia de un hombre que vivía cerca de un río. Vino una gran lluvia y el río inundó la tierra. El hombre estaba atrapado. Le pidió a Dios que lo salvara. Un anciano vino con un bote, pero el hombre no quiso subir al bote porque estaba esperando que Dios lo salvara.

Apenas capaz de respirar, Jenna escuchó mientras Derek compartía la historia proverbial que habría sido familiar para la mayoría de los estadounidenses, colocándola en un contexto afgano. Pero, ¿cómo podía pasar por afgano? Quería echar un vistazo pero sabía que no podía arriesgarse.

—Cuando el hombre se ahogó, fue al paraíso y le preguntó a Dios: '¿Por qué no me salvaste del diluvio?' Dios le dijo: 'Primero, envié a un hombre en un bote, pero tú lo rechazaste. Luego envié un helicóptero, pero aun así, te negaste a ir '.

La sala de espera estaba en silencio mientras Derek terminaba la historia.

—Vuelvo a preguntar, amigo. ¿Cómo sabes que Dios no te trajo a este hospital para salvar a tu esposa e hijo? ¿No están todas las cosas, incluso este hospital, en manos de Dios?

Silencio.

—Baleh. —Si. Dígales que pueden someter a Behar a esta cirugía, pero no a la mujer que habló con tanta rudeza. Ella no debe estar cerca de mi esposa.

El alivio inundó a Jenna, el aliento abandonó sus pulmones en una larga exhalación.

La puerta se abrió, casi golpeándola cuando la suegra volvió a entrar.

Miró a Jenna y le pellizcó el brazo. —No eres una mujer pura.

—Es una vergüenza, abuela,” siseó Delara. —Deberías estar agradecido. La señorita Jenna luchó por la vida de su nuera. Ahora tendrás un nieto y no una tumba.

La suegra le entregó el mensaje del marido a Marie y luego volvió a esperar con su hijo.

Jenna observó mientras Marie y Delara llevaban a Behar al quirófano, los estudiantes siguieron para que pudieran observar la cirugía. Luego se dirigió a la cocina, sacó el teléfono satelital de su bolsillo y le envió un mensaje de texto a Derek.

Gracias. Muchas gracias.

Acababa de salvar dos vidas.

CAPÍTULO 6

Jenna le dio al recién nacido de Behar su primer baño y le puso un pañal, un pijama de recién nacido y un gorro de punto donado por iglesias en los Estados Unidos. Luego ella le dio un biberón de fórmula mientras su madre exhausta dormía y su madre-en-ley, la bruja, salía a hacer comida para ella y su hijo. Jenna preferiría que amamantaran al bebé, pero Behar aún no estaba completamente consciente.

Jenna besó la frente del bebé. —Me alegro mucho de que estés aquí, pequeña. Tuviste un viaje difícil, ¿no?

La cabeza del bebé estaba magullada y sus huesos craneales se habían movido en respuesta a la presión contra la pelvis apretada de su madre, lo que le dio bastante cabeza de cono. Los huesos volverían rápidamente a su forma redondeada normal.

Marie se acercó a Jenna y se quitó la bata quirúrgica con ira en el rostro. Hablaba en inglés, su acento francés era fuerte. —Lo que hiciste fue peligroso para todos nosotros. Si estos hombres les dicen a otros que una partera aquí les habló, otros hombres podrían negarse a traer a sus esposas aquí. O tal vez los talibanes vendrán a matarnos .

Jenna sabía que esto era cierto, pero si no hubiera roto las reglas, Behar habría trabajado hasta la muerte, y este bebé inocente que estaba tan vivo en sus brazos ahora mismo nunca habría respirado. —No puedo decir que lo siento, porque no lo estoy.

Marie arrojó sus uniformes médicos manchados de sangre en el cesto de la ropa sucia. —Sé que piensas que salvar la vida de esta niña y la de su hijo fue un bien mayor, pero ¿lo es? Si nos cierran o los hombres comienzan a negarse a permitir que sus esposas vengan aquí, otras mujeres y bebés morirán. ¿Qué bien habrás hecho entonces?

—Tengo el deber moral de brindar la mejor atención médica que pueda a las mujeres que vienen aquí para recibir tratamiento. No puedo ignorar el sufrimiento de una mujer en beneficio de otras.

Delara, que había ayudado durante la cirugía, se quitó la bata quirúrgica. No hablaba inglés, pero había entendido claramente que Marie estaba enojada. —Ojalá hubiera tenido el valor de hacer lo que hizo, señorita Jenna.

Marie cerró los ojos, la ira desapareció de su rostro. —Yo también.

—Mi hermano es el que cambió la opinión del padre, no yo. —Jenna les contó lo que Derek había dicho.

Los ojos de Delara se agrandaron ante el remate de la parábola del hombre ahogándose. —Debo recordar esa historia.

—Tu hermano es un buen hombre —dijo Marie.

Derek era un buen hombre.

¿Estaba todavía de servicio en la sala de espera?

No había respondido a su mensaje de texto, pero tal vez no pudiera. Si realmente estuviera tratando de hacerse pasar por un hombre afgano — Jenna no podía imaginarlo — no sería capaz de sacar un teléfono satelital de su bolsillo sin despertar sospechas.

—¿Qué le digo a la suegra de Behar cuando se entera de que soy el único que trabaja esta noche? —Era el turno de Jenna de tomar el turno de noche, y eso significaba cuidar tanto a los

recién nacidos como a las madres.

—Si esa horrible mujer te da problemas, llámame —dijo Marie. —Buenas noches.

—Duerma bien.

El bebé tuvo una fuerte succión y se terminó el biberón rápidamente, sus ojos, que ya habían sido pintados con kohl, como era la costumbre aquí, se cerraron a la deriva. Jenna lo acomodó en su moisés y lo envolvió con una manta adicional para mantenerlo caliente. Ella lo vio dormir, un dolor en su pecho. En este momento, tanto la madre como el bebé estaban a salvo, pero ¿y mañana?

Mañana, Marie tendría que luchar con la familia de Behar para mantener a la madre y al niño aquí durante otros tres días para darle tiempo a Behar para sanar y superar lo peor de su dolor posoperatorio. Y pronto, Behar estaría embarazada una vez más y se enfrentaría a esta terrible experiencia nuevamente.

Jenna fue a ver a la niña de Najida a continuación. Finalmente había logrado persuadir a Najida de que amamantara en lugar de darle mantequilla a su hija, y el bebé ahora estaba profundamente dormido junto a su madre. Los dos se irían por la mañana, montados en un carro tirado por burros hacia su aldea a dos horas de distancia.

Jenna se mantuvo ocupada toda la noche, revisando a Behar, cambiándole los líquidos intravenosos, dándole morfina, e ignorando las miradas sucias que la suegra le dirigía. —Tienes un hermoso nieto.

—Mujer impura —siseó el brujo—.

No tienes idea.

Jenna reabasteció los suministros y dobló y guardó la ropa de ayer, la relativa paz de la noche le dio tiempo para pensar, su mente se volvió hacia Derek y lo que había sucedido en la habitación segura esta tarde.

Quiero ver tu cabello.

El pulso de Jenna saltó. Ninguna frase sexy o intento de seducción la había afectado de la forma en que esas palabras lo habían hecho. Derek la había tomado completamente por sorpresa, le quitó el pañuelo, deslizó los dedos por su cabello, inhaló su aroma y frunció el ceño como si el olor de su champú lo complaciera. Después de seis meses de celibato, separación de los hombres y esconderse bajo un pañuelo en la cabeza y túnicas, se había sentido expuesta.

Hueles a flores.

Podía escuchar la voz de Derek, escuchar la forma en que las palabras retumbaban en su pecho.

Eres una mujer hermosa, Jenna.

Por un momento, pensó que la iba a besar. Se había detenido a sí mismo, que es más de lo que ella habría hecho. Ahora, le quedaba imaginar cómo habría sido tener todo ese hombre y ese músculo abrazándola, su boca sobre la de ella, esas grandes manos en puños en su cabello. Y así, se lo imaginó, una y otra vez, hasta que se encontró de pie, con los ojos cerrados y una sábana a medio doblar en los brazos.

¡Animarse!

Pensándolo bien, probablemente fue lo mejor que no la hubiera besado. Un beso solo la haría querer más, y eso no podría suceder, no aquí, no sin ponerlos a ambos en riesgo. Ningún beso valió la pena.

Quizás con él lo sería.

Fueron sus ovarios. Se estaban adelantando de nuevo a ella.

Jenna apartó su mente de Derek y terminó de doblar la sábana.



DEREK QUERÍA ESTRANGULAR A JENNA. Regresó al cuartel en busca de Farzad, ciertas cosas irían mejor para Jenna si Farzad se enterara de lo que había sucedido de él, si el hombre aún no estaba al tanto.

Derek entendió por qué Jenna había hecho lo que había hecho, pero estuvo a punto de caer en un mundo de dolor. Los hombres en esa sala de espera estaban indignados, algunos de ellos hablando de ir al mullah de su aldea. A dónde habrían ido las cosas desde allí, nadie podría saberlo. Derek los había disuadido, compadeciéndose de la ignorancia de los occidentales y sus mujeres, haciendo todo lo posible para restar importancia a la situación. Al final, la noticia de un hijo había aliviado la ira del marido.

Derek encontró a Farzad y sus hombres guardando sus alfombras de oración. Se quitó el pakol de lana, el sombrero tradicional de los hombres, y el patoo, que se había envuelto alrededor de la cara para ocultar sus rasgos y su falta de barba. —Buenos días a todos.

Se reunió con los hombres para tomar té y pan, sonriendo ante sus bromas sobre su apariencia.

—Si fueras un hombre afgano, tendrías barba —bromeó Hamzad.

Derek se frotó la barba incipiente en la mandíbula. —Estoy cultivando uno.

Cuando los hombres hubieron comido y terminado su té, Derek se volvió hacia Farzad. —¿Puedo hablar contigo donde no nos puedan escuchar?

El rostro de Farzad estaba inexpresivo mientras Derek explicaba lo que había sucedido.

—Me gustaría tratar con mi hermana yo mismo. No creo que entienda lo que ha hecho. Necesita aprender la forma correcta de actuar.

El rostro de Farzad se arrugó en un ceño pensativo. —Dime, amigo mío, ¿cuándo fuiste soldado aquí? Le dijiste a Dawar que ahora no eres un soldado, pero creo que alguna vez debiste haber llevado uniforme. Hablas nuestra lengua como alguien nacido para ella, no como tu hermana, que tiene acento. Te pones la ropa de un afgano como si siempre la hubieras usado. No necesitabas mi ayuda para vestirte esta mañana. La forma en que alejaste a esos hombres de la violencia anoche... Has estado en Afganistán durante mucho tiempo.

Derek podría haber mentido, pero no lo haría, no a Farzad. —Fui operador de las fuerzas especiales de EE. UU. Durante muchos años. Dejé el ejército hace mucho tiempo para trabajar en seguridad privada. No dije esto cuando Dawar preguntó porque no te conocía a ti ni a tus hombres entonces, aunque no mentí. Dije que no soy un soldado y, de hecho, no lo soy, no ahora.

—¿Mataste a los talibanes y a los combatientes de al-Qaeda? —El rostro de Farzad seguía sin expresión.

—Sí, lo hice.

Farzad sonrió. —Entonces somos hermanos. Pero no se lo diré a los demás, especialmente a Hamzad. Como dije, él es los ojos y los oídos de El León.

Y Derek supo en ese momento que Farzad tampoco confiaba en Kazi.

En cuanto a tu hermana, lo que hizo fue de buen corazón pero peligroso. ¿La madre y el niño están bien?

—Sí. Un hijo.

—Me alegra que me hayas traído este asunto. Haré todo lo que pueda para protegerla. Sí, puedes hablar con ella y explicarle las cosas para que ella entienda y no nos cause problemas.

—Gracias, Farzad.

La expresión de Farzad decayó. —Mi país no siempre ha sido así. Cuando era niño, las mujeres caminaban por las calles de la ciudad sin burka. Algunos fueron a la universidad y muchos tenían trabajos. Ninguna mujer temía ser azotada o baleada por hablar con un hombre. Los talibanes arruinaron eso torciendo el Islam. Robaron el Islam, lo arrastraron por el estiércol, destruyeron mi país. Son herejes. Una vez fuimos una tierra conocida por su poesía, música y comida. Lamento por Afganistán y su gente, señor Tower.

—El futuro depende de hombres como usted y de mujeres como estas estudiantes parteras de este hospital. Mi hermana y yo estamos en deuda contigo.

Derek le envió un mensaje de texto a Jenna, pero no recibió respuesta hasta el mediodía, cuando ella le dijo que había trabajado en el turno de noche y que estaba dormida. Él le dijo que necesitaban hablar, pero ella dijo que estaba demasiado ocupada.

Derek aprovechó el tiempo para ponerse al día con el sueño él mismo, estrellándose en su litera en el cuartel. Se durmió rápidamente, pero sus sueños fueron perseguidos por Jenna: su cabello castaño rojizo de olor dulce, esos labios besables, esos hermosos ojos verdes. La besó, comenzó a despegar las capas que ocultaban su cuerpo.

¡Francotirador!

¡Rat-at-at-at!

Derek se despertó con una sacudida, el corazón golpeaba en su pecho.

Mierda.

Eché un vistazo a su reloj.

Eran poco más de las tres de la tarde.

Se levantó, caminó a través del viento helado y el sol hasta el Land Cruiser, donde revisó su alijo de comida, leyendo las opciones. Eligió el Menú 4: espaguetis con salsa de res, masa para tostar, mantequilla de maní, pan de bocadillos multicereales, frutas secas e infundidas, bebida de cacao en polvo fortificada, mermelada y paquete de accesorios B, que resultaron ser M & Ms.

Después de comer, se lavó los dientes con una botella de agua y luego entró para darse una ducha rápida. Hoy no había agua caliente, el frío fue un golpe para el sistema que hizo que sus huevos se retiraran por completo.

Esto es lo que te mereces por soñar con desnudar a Jenna.

Jenna Hamilton estaba fuera de los límites por muchas razones, una de las cuales era que ser atrapada con ella podría ser fatal para ambos.

Salió de la ducha y encontró a Hamzad cerca.

El hombre miró directamente a la polla de Derek. —Si fueras un buen afgano, estarías circuncidado.

Derek lo ignoró, envolvió una toalla alrededor de su cintura y tomó sus bóxers. Su teléfono satelital zumbó con un mensaje de Jenna.

Puedo tomarme un breve descanso ahora.

Terminó de vestirse y la recibió en la puerta trasera. —Tenemos que hablar, en privado.

Caminaron en silencio hasta el Land Cruiser y subieron al interior, donde hacía mucho más calor.

—Muchas gracias por lo que hiciste anoche. Salvaste...

—Lo que hice fue salvar tu trasero. Estuviste a punto de iniciar un motín.

—Tuve que hacer algo. —La angustia en el rostro de Jenna era real. —Si no lo hubiera hecho, una niña de doce años habría sufrido hasta morir con su bebé todavía dentro de ella.

—Sé por qué lo hiciste. —Había escuchado los gritos de la niña, cada uno enviando

escalofríos por su espalda. Los gritos de los heridos y moribundos no eran nada nuevo para él, pero los gritos de la niña se habían metido debajo de su piel. —No importa por qué lo hiciste, no a esos hombres. Pasé los siguientes veinte minutos hablando de ellos. Algunos querían ir a buscar al Imam más cercano. Podrían haberte arrastrado por tu pañuelo en la cabeza y haber sido azotado. Pones en riesgo a las otras parteras, los estudiantes, el personal, incluido Farzad y sus hombres.

Su rostro palideció, pero su barbilla se levantó. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Verla sufrir durante horas interminables y luego morir? ¿Tienes idea de lo doloroso que habría sido? Oh, espera, eres un hombre, así que no tienes ni idea.

—No has tenido bebés, no que yo sepa, de todos modos. ¿Cómo puedes tener una visión más personal de lo doloroso que es que yo?

—¡Soy partera! Sostengo sus manos. Veo el dolor en sus ojos cada vez que tienen una contracción. Veo su desesperación cuando el parto se prolonga.

Contra su mejor juicio, Derek se acercó y ahuecó su mejilla. —No puedes salvar a todos, Jenna.

Ella se apartó de su toque. —¿Terminamos?

Farzad lo sabe. Le dije que hablaría contigo para que él no tuviera que hacerlo.

Sin otra palabra, abrió la puerta, saltó al suelo y desapareció dentro del recinto.



—LA CABEZA ESTÁ FUERA. Lo peor de tu dolor ha pasado. —Jenna puso sus manos sobre las de Lailoma, guiándola mientras sostenía la cabeza del bebé mientras los otros estudiantes miraban. —Verifique que el cable no esté alrededor de su cuello.

Sin cordón, todo lo que necesitaba el bebé era otro empujón.

—Respire hondo y empuje —le dijo Jenna a la madre, una joven de veintitrés años que estaba a punto de dar a luz a su cuarto bebé.

La suegra de la mujer la tomó de la mano. —¡Empujar! ¡Empujar!

Jenna movió las manos de Lailoma cuando el bebé comenzó a girar. —El bebé rotará para que puedan nacer los hombros. No importa en qué dirección gire. A veces, los hombros se pueden atascar, y eso es una emergencia.

Habían hablado sobre la distocia de hombros en clase, pero Jenna se dio cuenta de que esta vez no iba a ser un problema.

La madre dejó escapar un chillido cuando primero emergió un hombro y luego el siguiente. El bebé se deslizó del cuerpo de su madre hacia las manos de Lailoma en una ráfaga de líquido amniótico, extendiendo sus bracitos como sorprendido y dejando escapar un gemido lujurioso.

—¡Es un niño! —El rostro de Lailoma se iluminó con una sonrisa. —Tienes otro hijo.

Jenna dejó que Lailoma se hiciera cargo, mirando mientras arropaba al bebé en una manta y se lo entregaba a su madre. —Es importante darle la inyección de oxitocina lo antes posible. Si el bebé no respiraba, tendría que tratarlo antes de administrarle la inyección a la madre. Esos primeros minutos son importantes para la supervivencia del bebé.

Este pequeño ya estaba usando sus pulmones a su máxima capacidad, sus gritos saludables hacían sonreír a todos en la habitación.

Lailoma tomó la jeringa preparada e inyectó la hormona que salva la vida en el muslo de la madre y luego se puso a pinzar y cortar el cordón.

El teléfono de Jenna sonó, pero no tuvo tiempo de comprobarlo. No había hablado con Derek desde anteaer en su Land Cruiser. Había estado tan enojado con ella, como si hubiera hecho algo deliberadamente para poner en peligro a todos.

Deja de pensar en él.

—Una vez que el bebé esté a salvo y respire y la placenta se haya dado a luz de manera segura, revisaremos a la madre en busca de lesiones durante el parto: desgarros vaginales, fistula, cualquier cosa que pueda requerir tratamiento.

Todo había salido como debería esta vez, sin hemorragias, sin placenta retenida, sin desgarros vaginales, lo que le dio a Jenna tiempo para concentrarse en las lecciones sobre el cuidado del recién nacido. Aquí, las parteras fueron a menudo las primeras y únicas personas en examinar a los bebés en busca de problemas. Una evaluación neonatal adecuada podría salvar la vida de un niño.

Bajo la supervisión de Jenna, Lailoma verificó si tenía displasia de cadera, escuchó su corazón y pulmones y le puso ungüento de iloticina en los ojos. Luego le dio una inyección de vitamina K y un baño, y lo puso, envuelto en pañales y en pañales, en los brazos de su abuela.

Con una sonrisa desdentada en su rostro, llevó al bebé a la sala de espera para que su padre pudiera verlo y susurrarle el nombre de Dios al oído, una dulce tradición conocida como azan kawal.

El teléfono por satélite de Jenna volvió a sonar. Se quitó los guantes, sacó el teléfono del bolsillo y leyó su primer mensaje.

¡No salgas afuera! Un mullah está aquí para hablar con Farzad sobre ti.

Mierda.

Con el pulso acelerado, se desplazó hasta el segundo.

Esté preparado para refugiarse en la habitación segura.

—¿Qué pasa, señorita Jenna? —Preguntó Guli.

—Mi hermano me dice que un mullah ha venido a hablar con Farzad sobre mí. —Los estudiantes miraron a Jenna en un silencio atónito que fue roto por los gritos de celebración que venían de la sala de espera. —Dice que debería estar listo para refugiarme en la habitación segura.

Ante esas palabras, los estudiantes se pusieron en acción, además de Lailoma, que todavía estaba atendiendo a la mujer y su recién nacido. Las chicas tomaron las manos de Jenna, guiándola fuera de la enfermería y hacia la cocina como si no conociera el camino.

Fue como dejarse llevar por una marea.

Llévala a la habitación segura.

—Ven ahora. ¡Prisa!

—Te esconderemos allí.

Pero esto no era necesario, ¿verdad?

—Él no dijo que tuviera que esconderme ahora. Solo dijo que estuvieras listo.

—Si ya estás allí, ese es el mejor tipo de preparación —dijo Chehrah. —Entonces podemos continuar con nuestro trabajo y no preocuparnos.

Jenna no podía discutir con eso.

La conmovió su preocupación por ella. Esta situación fue su culpa. Si les pasaba algo a ellos, a Derek, a Farzad oa alguno de los hombres...

Entonces ella recordó. —Alguien tiene que advertir a Marie y Delara.

Marie y Delara estaban en el quirófano con Zari y Parwana en medio de otra cesárea: una

mujer con gemelos que había llegado con una presión arterial precariamente alta.

—Iré. —Guli se volvió y se apresuró a regresar a la enfermería.

Incluso antes de llegar a la cocina, Jenna pudo oír el chirriar de las ruedas del frigorífico mientras Mina y Mahnaz se advertían mutuamente que debían moverlo rápida y silenciosamente.

En un abrir y cerrar de ojos, Jenna se encontró mirando la puerta de la habitación segura. Allí abajo tenía todo lo que podría necesitar: luz, comida, agua, mantas, pero la idea de sentarse allí durante horas sola era desconcertante.

Esto es tu culpa. Tratar con él.

Empujó el panel y la puerta se abrió de golpe. Metió la mano y encendió la luz, luego se volvió hacia los estudiantes. —No arriesgues nada por mí. Si alguien va a sufrir por esto, debería ser yo .

Entró y encendió la luz, luego cerró la puerta detrás de ella y bajó las escaleras mientras volvían a colocar el refrigerador en su lugar. Cogió una manta, la envolvió en ella y se sentó en un banco de cemento.

No podía hacer nada más que esperar.

CAPÍTULO 7

Derek se sintió aliviado cuando recibió el mensaje de Jenna de que estaba en la habitación segura. Se mantuvo en un segundo plano, dejó que Farzad hablara. Como afgano y musulmán, Farzad podría hacer mucho más para ayudar a Jenna en este momento que él. Es por eso que uno de los primeros trabajos de un Boina Verde, o un operativo Cobra, fue cultivar activos locales, aliados que, consciente o inconscientemente, ayudarían a la misión.

Farzad le dio la bienvenida al mullah en el cuartel, los dos charlaron cortésmente mientras tomaban té, dátiles, pan y almendras antes de pasar al espinoso tema de Jenna.

—Un hombre de mi pueblo me dijo que una partera aquí, una occidental, violó las reglas de la modestia para hablar en la audiencia de hombres no relacionados. Vine a escuchar la verdad de esto. No podemos permitir que los forasteros o las mujeres occidentales corrompan nuestra cultura.

Los hombres de Farzad, que aún no se habían enterado de esta noticia, reaccionaron con indignación y el ambiente en la habitación se puso feo.

—¿Es esto cierto?

—¡Debe ser expulsada!

—Ninguna mujer virtuosa haría tal cosa.

—Ella es una infiel —dijo Hamzad. —¿Por qué debería sorprenderse alguno de ustedes?

—¡Tranquilo! —Farzad silenció a sus hombres. —Dejemos que hable nuestro invitado de honor.

El mulá continuó durante algún tiempo sobre cómo deberían comportarse las mujeres, citando el Corán y varias enseñanzas sobre el tema, mientras Derek envió un mensaje de texto en voz baja al equipo en Mazar-e-Sharif para que estuvieran en espera. Su mente recorrió diferentes escenarios de rescate, pero ninguno de ellos tenía una alta probabilidad de éxito. Lo superaban en número más de veinte a uno. Necesitaría recursos adicionales: un helicóptero, apoyo terrestre.

Qué lío haría eso. Una vez que las balas comenzaron a volar, no había forma de asegurarse de que solo los malos recibieran disparos. También morirían civiles inocentes, y todo por culpa del maldito idealismo de Jenna.

Él lo consiguió. Realmente lo hizo. No había podido dejar que esa niña y su bebé murieran innecesariamente, así que había hecho algo al respecto. Pero las acciones llegaron con consecuencias.

Luego, el mulá habló de varias mujeres afganas que habían hablado con hombres que no eran parientes y que habían sido golpeados o azotados por su falta de modestia. No hace mucho, los talibanes habían disparado a una mujer en la vecina provincia de Kunduz después de que alguien la viera hablando con un hombre frente a su casa.

Sobre mi cadaver.

Farzad escuchó todo lo que el Mullah tenía que decir, meditando sus palabras, con una expresión pensativa en su rostro. —Les diré la verdad de lo que pasó aquí.

Le contó al mulá la historia: cómo una joven esposa había estado de parto con un niño que era demasiado grande para ella y cómo la partera occidental le había dicho a la suegra de la niña que le dijera al esposo que su esposa necesitaba una operación o ella y el bebé morirían. —La suegra

no repitió su mensaje al marido, sino que eligió sus propias palabras. El marido rechazó la cirugía.

Luego Farzad describió cómo esta partera —nunca dijo el nombre de Jenna— había abierto la puerta solo un poco y había hablado con la suegra. —Hablabla respetuosamente, llamándola 'abuela', pero había hombres en la habitación y la escucharon. Se enojaron y confundieron por esto. Pero el esposo, al escuchar la verdad de ella, cambió de opinión y permitió la cirugía. Su hijo nació a través de esa cirugía, y tanto el bebé como su madre sobrevivieron.

Derek esperó, junto con todos los hombres del cuartel, la reacción del mulá.

El anciano se acarició la barba gris. —¿Ella no dejó que los hombres la vieran?

—No no. Abrió la puerta solo un poco para que la suegra pudiera escucharla. No dijo nada con un tono de voz coqueto, ya que su única preocupación era asegurarse de que la suegra le dijera a su hijo toda la verdad para poder salvar la vida de la esposa y el bebé. Ella no comprende nuestra cultura, pero su hermano, que está aquí con nosotros y ha vivido en nuestro país como huésped durante mucho tiempo, la ha disciplinado .

Las cabezas se volvieron hacia Derek, pero esperó una invitación para hablar.

—¿Entiendes nuestras palabras? —preguntó el mulá.

—Sí.

—¿Qué puedes decirme de tu hermana?

—Es una mujer virtuosa que se preocupa por la vida de mujeres y niños. Estaba en la sala de espera cuando mi hermana habló por la rendija de la puerta. Si hubiera dicho algo coqueto o irrespetuoso, la habría silenciado yo mismo. Hizo algo que no debería haber hecho, pero lo hizo para tratar de salvar a la joven madre y a su bebé porque la abuela no había sido sincera.

El mulá pareció considerar esto. —Si las palabras de la suegra no hubieran sido corregidas, el esposo habría perdido a su hijo ya su esposa. Sin duda, ese es un motivo de gratitud. Y, sin embargo, no podemos permitir que las mujeres occidentales que vienen como trabajadoras humanitarias dejen de lado nuestros caminos porque su cultura les dice que son libres de hacerlo.

Todos parecían estar de acuerdo en este punto.

—No sacrificaremos nuestra cultura o religión por ellos —espetó Hamzad ante la aprobación de los otros hombres.

El mullah prosiguió. —La prohibición del discurso de las mujeres en el Corán va en contra del discurso complaciente: palabras dichas sin pensar en las consecuencias, discurso destinado a incitar la lujuria o provocar el coqueteo. No me parece que esta partera fuera complaciente en su discurso. Más bien, se comportó imprudentemente por un deseo de asegurarse de que el esposo supiera la verdad de la situación de su esposa. No veo la necesidad de castigarla más de lo que ya lo ha hecho su hermano. Si la suegra hubiera tenido más cuidado al transmitir el mensaje, es probable que esto no hubiera sucedido en absoluto.

—Es bueno escuchar su sabiduría en este asunto. —Farzad fue inteligente con sus palabras, halagando al mulá. Derek le daría un M4 nuevo para esto. —Lo consideraré resuelto entonces.

—Dios es misericordioso. —Derek trató de no mostrar su alivio. —Te agradezco tu comprensión y sabiduría. Hablaré con mi hermana nuevamente para asegurarme de que sepa que hoy has sido bueno con ella.

No se perdió la expresión de decepción en el rostro de Hamzad.

Los hombres terminaron su té y volvieron a sus puestos. Derek salió también, esperando hasta que el mullah y sus hombres subieron a su vehículo y se marcharon antes de enviar un mensaje de texto a Jenna para decirle que el peligro había pasado, por ahora.



JENNA SALIÓ, sosteniendo su pañuelo en su lugar mientras corría a través del viento frío hacia el Land Cruiser de Derek, que había estacionado dentro del complejo cerca de la puerta trasera. Derek había dicho que había esperado hasta que todos estuvieran ocupados con las oraciones vespertinas para hablar porque no estaba seguro de cómo reaccionarían los hombres de Farzad al verla.

¿Qué había querido decir con eso?

Empujó la puerta del pasajero delantero para abrirla y ella entró. El motor y la calefacción estaban encendidos, por lo que el vehículo estaba deliciosamente caliente.

Una mirada le dijo que todavía estaba enojado. —Solo tengo unos minutos. ¿Que pasó?

—Pasé casi una hora hoy tratando de averiguar cómo iba a sacarnos a los dos vivos de aquí sin matar a mucha gente. —Había un tono duro en su voz. —Gracias a Farzad, todo terminó bien.

Derek le contó cómo alguien había informado de lo que ella había hecho a un mullah y cómo el mullah había venido con un pequeño séquito para averiguar si lo que había oído era cierto.

—El ambiente en esa habitación era bastante hostil. Por un tiempo, pensé que terminaría con ellos tratando de arrastrarte afuera para azotarte. Puse nuestro equipo en Mazar-e-Sharif en espera por si acaso. Al final funcionó, pero solo porque Farzad sabía exactamente qué decir, y porque este mullah no era un extremista .

A Jenna se le revolvió el estómago. —¿Qué dijo Farzad?

—Explicó lo que había sucedido en detalle. El mulá estuvo de acuerdo en que habías hecho algo mal pero por buenas razones. Decidió que no necesitabas ser castigada.

Jenna quería poner los ojos en blanco. —¿No fue eso misericordioso de su parte?

—En realidad, sí, lo fue, misericordioso y sabio.

La reprimenda de Derek dejó a Jenna sintiéndose como una niña egoísta y estúpida. Gracias a ella, realmente había creído que tendría que entrar en modo de combate para mantenerla a salvo. —Por favor, agradézcame a Farzad.

—Ya lo hice.

—Lamento haberte hecho pasar por esto. —Ella no había querido que esto sucediera. —¿Qué debería haber hecho? ¿Dejar que la niña y su bebé murieran? ¿Qué habrías hecho?

Diablos, Jenna, no lo sé. Este no es tu país ni tu cultura. A veces, es mejor dejar que las cosas sigan su curso.

—Oh, eso es rico viniendo de ti, el tipo que luchó en una guerra aquí. Según ese estándar, deberías haber dejado que me azotaran. No habría lucha, ni matanza, ni muerte. Este no es tu país o tu cultura, después de todo. No interfieras. Deja que las cosas sigan su curso.

Su mirada se clavó en la de ella. —Si crees que me quedaría ahí y vería a los hombres golpearte con varas hasta que fueras un desastre, no me conoces muy bien.

Su descripción envió escalofríos por la columna vertebral de Jenna, pero se mantuvo firme. —Si no puedes quedarte quieto y no hacer nada, no esperes que yo lo haga. Mi trabajo es salvar vidas .

—Mi trabajo es acabar con ellos si es necesario, para protegerte. —Él tomó su mejilla con una palma callosa, su mirada se suavizó, su rostro a centímetros del de ella. —Te admiro y respeto, Jenna, pero las cosas aquí son precarias. Te respaldaré hasta mi último aliento, pase lo que pase, mientras esté aquí. Pero, por favor, no hagas nada para traspasar los límites, o puede que no tenga

más remedio que luchar.

El pulso de Jenna saltó, su mirada se posó en sus labios. —No te pedí que vinieras a Afganistán.

—Lo sé. —Se inclinó más cerca, rozó sus labios sobre los de ella, una, dos veces.

Jenna contuvo el aliento, el contacto envió sacudidas de placer a través de ella. Luego su boca se cerró sobre la de ella y la besó. Fue un beso suave, pero la quemó hasta la médula, sus labios exploraron los de ella con deliberada ternura.

Dios, sí.

Se puso rígido y retrocedió. —No podemos hacer esto, no aquí.

Jenna sabía que lo que decía era verdad. Si los atrapan...

Los afganos besaban a sus parientes cercanos, pero no así.

Puso ambas manos en el volante y lo sostuvo, con los nudillos blancos. —Deberías volver a entrar.

Se aclaró la garganta, apretó las manos temblorosas en su regazo, su pulso latía fuerte, sus labios aún hormigueaban. —Te vas mañana, ¿no?

—No lo sé. —Miró por encima del hombro como para ver si alguien estaba mirando. Tu padre amenazó con crearnos problemas en el Comité de Servicios Armados del Senado si no te traigo de vuelta. Quería que te trajera a casa por la fuerza si no vienes voluntariamente.

—¿Qué? —Jenna miró boquiabierta a Derek, atónita. —Eso es secuestro. ¿Qué dijiste?

—Le dije que era ilegal y que no lo haría.

Esto era bajo, incluso para su padre, y dolía.

Lo siento mucho, Derek. Mi padre es un idiota. Por favor, no dejes que te retenga a ti ni a tu empresa por esto.

Derek se acercó y tomó su mano izquierda. —Fue la idea de que fueras la hermana de Jimmy lo que me llevó al avión, no las amenazas de tu padre. Si hubiera tenido una hermana, sé que Jimmy habría hecho cualquier cosa por ella. No quiero irme de aquí sin ti, Jenna, no por ninguna amenaza que tu padre hizo contra Cobra, sino porque no podría vivir conmigo mismo si algo le sucediera a la hermana pequeña de Jimmy.

El corazón de Jenna se derritió. —Mi padre te hizo sentir culpable por James, ¿no?

Podía ver la respuesta en los ojos de Derek.

¡Ay, el bastardo!

—Mi padre es un idiota manipulador. No es culpa tuya que James haya muerto, y no será culpa tuya si me pasa algo.

Derek asintió. —Pero eso no significa que simplemente pueda irme.

Aún tambaleándose por su beso y por lo que Derek le había dicho, Jenna se encontró sin palabras. —Debería volver adentro. Tenemos dos madres en labor de parto y nuestras dos cesáreas en recuperación. Yo solo deseo...

—¿Qué?

—Ojalá hubiera un lugar donde pudiéramos hablar que fuera más privado, donde pudiera quitarme este pañuelo y ser yo mismo.

Mentiroso.

Lo que realmente quería era besarlo de nuevo, sin arriesgar sus vidas. Pero eso no iba a suceder.

—Oye, ¿no te gusta mi gran Land Cruiser blindado? —Derek sonrió, le dio un apretón a su mano y la soltó. —Veré lo que puedo hacer.



DURANTE SUS AÑOS EN COMBATE, Derek había aprendido a dormirse rápidamente. Podía dormir en cualquier lugar: en una trinchera, en un cuartel rodeado de soldados sudorosos y roncando, tendidos en el suelo desnudo. Pero era pasada la medianoche y no había dormido en absoluto, su cuerpo estaba vivo con energía sexual no gastada.

Jenna.

Había sido un maldito idiota al besarla, no es que hubiera sido un gran beso. Solo había probado un poco de ella antes de que su autocontrol entrara en acción. Pero ahora no podía sacarla de su mente. Cada vez que él cerraba los ojos, ella llenaba su cabeza: la seda castaña rojiza de su cabello, sus ojos verdes, la suave curva de su mejilla, el sabor a menta de sus labios, su dulce aroma floral.

Quería besarla, fuerte. Quería despegar esas capas una por una y saborear todo lo que había debajo. Quería ponerla sobre su espalda y...

Ella es la hermana pequeña de Jimmy. Ella es tu trabajo. Ella está fuera de límites.

Sí, bueno, alguien necesitaba recordarle la polla.

Hoy había roto un puñado de reglas y ahora lo estaba pagando con el sueño perdido y la frustración. Normalmente, se masturbaba y terminaba. Pero no podía hacer eso aquí con una docena de hombres en la habitación. Tampoco podía hacerse una paja en la ducha, dado que siempre había alguien cerca. ¿Y su Land Cruiser? La maldita cosa tenía ventanas y, gracias a él, había cámaras por todas partes.

Vive con eso, idiota. Es tu propia culpa.

¿Y qué hay de la mierda que había dicho?

Había visto en sus ojos que sus palabras habían tenido un impacto emocional en ella, y había tratado de decirse a sí mismo que solo había estado haciendo su trabajo, tratando de meterse debajo de su piel y doblegar su voluntad para alinearla con su misión. Pero lo extraño era que había querido decir todo lo que había dicho. No había estado tratando de manipularla. Era como si su boca se hubiera abierto y lo que realmente sentía hubiera salido.

Te respaldaré hasta mi último aliento, pase lo que pase, mientras esté aquí.

Sí, lo había dicho en serio. No tenía miedo de morir. Demonios, le debía la vida a Jimmy.

Fue la idea de que seas la hermana de Jimmy lo que me llevó al avión, no las amenazas de tu padre.

También lo había dicho en serio. Nada de lo que el senador Hamilton hubiera dicho lo habría hecho ceder si Jenna no hubiera sido la hermana de Jimmy.

No quiero irme de aquí sin ti, Jenna, no por ninguna amenaza que tu padre hizo contra Cobra, sino porque no podría vivir conmigo mismo si algo le sucediera a la hermana pequeña de Jimmy.

Había querido decir cada palabra de eso. Cuando llegó, le dijo que se quedaría una semana. La semana había terminado, pero no podía dejarla, todavía no. Todavía existía la posibilidad de que lo que había hecho explotara en su cara. Además, el paquete que le había pedido a Corbray que enviara a Mazar-e-Sharif aún no había llegado.

Sí lo que sea. Todo fue un montón de excusas. La verdad era que quería estar cerca de ella. ¿Qué diablos le pasaba?

Seguro, se sintió atraído por ella. Encontró muchas mujeres sexualmente atractivas. Pero nunca antes había hecho este tipo de mierda en el trabajo.

Mierda.

Quizás era natural que él se sintiera atraído por ella. Ella era la hermana pequeña de Jimmy. Había un gran parecido familiar, y algunas de las cosas que hacía y decía le recordaban a Derek a Jimmy.

¿Cuándo quisiste ponerte los pantalones de Jimmy?

Infierno.

Se enderezó, se levantó y caminó hasta el baño para hacer una fuga. En su camino de regreso, vio a Dawar en la cocina, profundamente dormido frente a los monitores de seguridad. Se acercó y le dio un codazo al niño.

Dawar se enderezó de un tirón, vio a Derek y sus ojos se agrandaron. —Lo siento. No quise quedarme dormido. ¿Le dirás a Farzad?

—No a menos que vuelva a suceder. Las cámaras de seguridad no valen nada si nadie presta atención al monitor.

En lugar de intentar dormir de nuevo, Derek se abrochó las botas, agarró su parka y caminó a través del frío y la oscuridad hasta su Land Cruiser. Eran casi las cinco de la tarde en Washington, DC. También podría hablar con Corbray. Tenía que preguntar por el paquete y explicar que no regresaría a los Estados Unidos en el corto plazo.

—Iba a llamarte —dijo Corbray. —Hamilton nos despidió. Estamos fuera del caso. Puedes empacar y regresar a casa.

—No puedo. Aún no. —Puso a Corbray al corriente de lo que había hecho Jenna y de la visita del mulá. —Me quedaré hasta que esté seguro de que esto ha pasado y cubriré el costo yo mismo.

Corbray entrecerró los ojos. —¿Está pasando algo más aquí?

—¿Como que? —Derek se hizo el estúpido, pero sabía lo que estaba preguntando Corbray.

—Como usted y la Sra. Hamilton.

Diablos, no. Ella es la hermana de un amigo que recibió balas por mí. Quiero asegurarme de que esté realmente a salvo. Y dejemos todo esto entre nosotros por ahora.

—Correcto.

CAPÍTULO 8

Jenna corrió a su habitación, se quitó el pañuelo y se cepilló el cabello. No es que Derek lo viera, pero aún así. Cuando brilló, se cepilló los dientes, se puso un poco de rímel y un poco de brillo de labios para agregar color y se volvió a atar el pañuelo en la cabeza.

Comprobó su reflejo.

Oh, ¿a quién estaba engañando? Ningún hombre la encontraría bonita vestida así. Parecía una monja.

No tienes tiempo para esto.

Derek probablemente ya estaba esperando. Le había enviado un mensaje de texto y le había pedido que se reuniera con él durante las oraciones vespertinas porque tenía una sorpresa para ella. No le había dado ninguna pista, por lo que su imaginación se había desbocado.

¿Chocolate? ¿Crema de manos? ¿Un libro o DVD de casa?

No, ese no era Derek. La sorpresa probablemente fue su propio chaleco de Kevlar.

Zumbando de anticipación, agarró su abrigo y se apresuró a salir por la puerta trasera.

Derek estaba allí, enfundado en su parka, con las manos en los bolsillos, los últimos rayos del sol convirtiendo la barba incipiente de su mandíbula en cobre. —Oye.

—¿Te estás dejando la barba?

Él sonrió, una sonrisa que le dio un vuelco en el estómago. —Necesito mezclarme.

Jenna se rió. —No he visto a muchos afganos con barbas rojas.

—Te sorprenderías. —Se rascó la mandíbula. —Esta maldita cosa pica. Ven.

—¿A dónde vamos?

—En ninguna parte.

Eso fue misterioso. —¿En ninguna parte?

Caminaron hasta la parte trasera del hospital hacia el gran cobertizo que albergaba el generador de emergencia. Abrió la puerta y se la sostuvo.

—¿El cobertizo del generador? —Ella nunca había estado aquí.

Entró para encontrar una vieja mesa de madera con sillas en el centro del espacio disponible, una elegante alfombra afgana debajo de ellas. El cobertizo se calentó, probablemente para evitar que el generador, que dominaba la habitación, se congelara.

Se quitó la parka y dejó al descubierto un arma de fuego en una pistolera. —Dijiste que querías encontrar un lugar donde pudiéramos hablar y donde pudieras ser tú mismo. Le dije a Farzad que queríamos pasar un poco de tiempo en familia donde pudieras soltarte el pelo, por así decirlo, y le pidió a un tío que trajera una alfombra y algunos muebles.

—¿Oh! Eso fue tan dulce de su parte... y de usted. —Jenna miró a Derek. —¿Significa esto que puedo quitarme el pañuelo y la túnica?

—Eso es exactamente lo que significa. —Se acercó y cerró la puerta.

Jenna se quitó el pañuelo y se soltó el cabello, luego bajó la cremallera de su parka y desabotonó su túnica gris, colocando ambos sobre una silla. Si hubiera sabido que esto iba a suceder, se habría puesto algo bonito, una blusa y un sujetador al menos. Ahora estaba de pie, sin sujetador, con una camiseta negra y mallas grises.

Había pasado mucho tiempo desde que un hombre la había visto así. —Guau. Me siento

desnudo.

Su mirada se movió lentamente sobre ella, deteniéndose en sus pechos. —No te ves desnuda.

Sus pezones se tensaron. —Es una gran sorpresa. Gracias.

La miró como si estuviera loca. —Esta no es la sorpresa.

Sacó una silla para ella, así que ella se sentó, su anticipación crecía.

Se quitó la anorak y se sentó frente a ella, con una pequeña caja en la mano. —Esto te pertenece legítimamente. Lo guardé porque no quería que tu padre lo tuviera.

Le entregó la caja, mirando mientras ella la abría.

Jenna lo miró atónita. —¡Oh!

Las lágrimas le nublaron la vista y se le hizo un nudo en la garganta.

Las placas de identificación de James estaban encima de una vieja fotografía de ella, una que su hermano debió llevar consigo cuando lo enviaron.

Jimmy no podía soportar a tu padre. Cuando lo mataron, sentí que él querría que me hiciera cargo de estos y no dejar que tu padre los tuviera. Durante el resto de ese despliegue, usé sus etiquetas junto con las mías. Ahora puedo dárselos.

Jenna sacó las placas de identificación de la caja, pasó los dedos por el nombre de su hermano y el dolor le atravesó el pecho.

HAMILTON, JAMES R.

Luego tomó la foto, se encontró sonriendo, las lágrimas corrían por sus mejillas. —Tenía doce años en esta foto. James me llevó al zoológico cuando estaba en casa de permiso. Acababa de ver las jirafas.

—Te llamó Punk.

Jenna se tragó el nudo en la garganta. —Tenía casi dieciocho años cuando murió. Mi padre no me lo dijo. Recibí la noticia cuando un reportero llamó a nuestra casa y pidió un comentario. Estaba devastado. Cuando me enfrenté a mi padre, dijo que no quería que la noticia estropeará mis puntajes del SAT.

—Lo siento.

—Así es como trabaja. Nunca me dijo que mi madre se había suicidado. Aprendí eso de James cuando tenía quince años. Pensé que había muerto en un accidente automovilístico.

—Qué idiota.

—Te culpó por la muerte de James.

—No me sorprende.

—Aprendió todo lo que pudo sobre ti y me dijo que James había muerto por nada, que había dado su vida para salvar a nadie. —La mirada de Jenna se movió bruscamente hacia Derek, la sangre se le subió a la cabeza. —Lo siento. No debería haberte dicho eso.

Derek no pareció sentirse insultado. —Es verdad. Yo soy un don nadie. Crecí en el sistema de acogida hasta que tuve la edad suficiente para unirme al ejército. No tengo familia, no tengo lazos.

—Eso suena solitario. ¿Dónde están tus padres?

—No creo que nadie sepa quién es mi padre, pero mi madre murió de una sobredosis cuando yo era un niño pequeño. —Había sombras en los ojos de Derek, pero habló como si nada de eso importara. —Alguien me encontró junto a su cadáver en un callejón.

—Lo siento mucho.

—No lo estés. No lo recuerdo. Lo que sí recuerdo son los padres adoptivos que estaban borrachos o un poco ansiosos por golpearme con un cinturón. Uno de mis padres adoptivos me dio una paliza cuando me negué a chuparle la polla.

—Dios, Derek, eso es horrible.

—Me escapé, pero la policía me encontró y me trajo de regreso, y él me golpeó de nuevo. Les conté lo que había sucedido, pero la policía pensó que estaba mintiendo. Entonces, sí, tu padre tenía razón sobre mí.

—No, no lo estaba. Nada de eso fue culpa tuya. ¿Tenías amigos al menos?

—Jimmy fue mi primer amigo íntimo y el mejor amigo que he tenido.

—¿Me puedes decir que es lo que paso? ¿Cómo murió mi hermano?



DEREK NO LO SABÍA por qué le estaba contando a Jenna todo esto. Nunca había compartido la verdad sobre su pasado con ninguna mujer. Especialmente no quería hablar sobre el día en que Jimmy había muerto, pero eso era lo único que Jenna merecía saber.

—Habíamos estado trabajando en Kandahar durante un tiempo, yendo y viniendo detrás de las líneas enemigas. Estábamos patrullando un área en las montañas Sulaiman, buscando algunas cuevas donde supuestamente se escondían los idiotas de AQ. Estaba por delante de Jimmy cuando escuché a tu hermano gritar: '¡Francotirador!' No sé cómo lo vio, tal vez el destello de la luz del sol en la mira del francotirador. Me tiró al suelo de golpe, dejándome sin aliento de los pulmones. Luego ...

¡Rat-at-at-at!

Derek dejó a un lado toda emoción. —Entonces el francotirador abrió fuego mientras caíamos. Tu hermano terminó tomando cuatro o cinco rondas destinadas a mí. Le penetraron el casco y le volaron el cráneo. Murió instantáneamente.

Derek aún podía oler la sangre, sentir el peso de Jimmy sobre su espalda.

Algo cálido tocó su mano.

Jenna.

Ella lo miró con ojos verdes llenos de lágrimas y preocupación. —Lo siento. No debería haber preguntado. No debería haberte hecho revivir eso.

Derek entrelazó sus dedos con los de ella, su toque lo trajo de regreso. Mereces saber la clase de hombre que era tu hermano. Era un caballo duro, un verdadero guerrero, un crédito para el uniforme.

El rostro de Jenna se contrajo por el dolor, las lágrimas corrían por sus mejillas. —Me alegro de que no haya sufrido. Después de convertirme en enfermera, yo... me pregunté qué tan mal había sido.

—No creo que sintiera nada. —Derek se pasó una mano por la mejilla derecha. —Cuando caí al suelo, me golpeé la cara contra una roca y me fracturé el pómulo. Estuve a punto de perder el conocimiento. Cuando mi cabeza se aclaró, vi sangre en mis brazos y en la nieve a mi alrededor. Por un momento, pensé que me había dado una bala en la cara. Entonces me di cuenta de que Jimmy estaba encima de mí y no se movía. Nuestros muchachos eliminaron al francotirador.

—No me di cuenta de que tú también estabas herido.

—Tenía un ojo morado del infierno. Fue lo último que me dio tu hermano. —Derek había saboreado ese dolor, su pómulo fracturado era un regalo de despedida de un hermano, un regalo que había significado la vida. —Sé que suena loco, pero me entristeció ver desaparecer el hematoma.

—Eso no me suena loco. —Jenna se secó las lágrimas con la mano libre. —Ojalá hubiera

llegado a conocerlo como adulto. Yo era mucho más joven que él.

—Sabes que el ejército le otorgó la Estrella de Plata, ¿verdad?

—Oh sí. En privado, mi padre estaba furioso porque pensaba que James había muerto por nada. Pero en la campaña, usó la medalla de James y se jactó de su heroico hijo que murió para salvar a otro soldado y ganó una Estrella de Plata. Me enfermó.

El senador Hamilton era un pedazo de mierda hipócrita.

Jenna volvió a mirar la foto. —¿Los encontraste?

—¿OMS?

—Los bastardos escondidos en las cuevas, los amigos del francotirador.

Derek asintió. —Los encontramos y los enviamos al infierno.

—Bueno. —El rostro de Jenna se arrugó de nuevo.

—Oye. —Derek le soltó la mano, se puso de pie y fue a sentarse en la silla junto a la de ella. —Ven aca.

La atrajo a sus brazos, su dulce aroma floral llenó sus fosas nasales mientras su cabeza descansaba contra su pecho. Acarició su cabello, saboreando la sensación femenina de ella.

—Él te adoraba. Me contó tantas historias sobre su pequeño Punk. Cómo te rompiste el tobillo en las pruebas de fútbol y tu padre te prohibió jugar. Cómo vomitaste en el regazo de tu padre cuando te obligó a comer caracoles en un restaurante elegante. Cómo te cansaste de que tu papá te dijera cómo llevarte el cabello y cómo cortártelo tú mismo con unas tijeras de cocina.

Jenna resopló y se rió. —Mi padre estaba tan enojado. Se veía horrible, pero me encantó.

Derek quería consolarla de alguna manera. —Jimmy fue lo más parecido que tuve a un hermano de verdad, pero tú y él compartían un vínculo especial. Ahora compartes Afganistán. Él estaría orgulloso de ti, sé que lo estaría.

Jenna lo miró con las mejillas húmedas. —Compartimos otra cosa: usted.

Derek se dijo a sí mismo que no debía hacerlo. Ella era la hermana pequeña de Jimmy y estaba llorando. Estaban en la zona rural de Afganistán, fingiendo ser hermano y hermana. Estaba en el trabajo, por el amor de Dios. Diablos, ella era el trabajo.

Pero luego ella se estiró y le pasó una mano por la mejilla.

Aw, que se joda.

La movió en sus brazos, bajó su boca a la de ella y la besó.



CUERPO DE JENNA cobró vida en el momento en que los labios de Derek tocaron los de ella, el dulce impacto hizo que su pulso se volviera loco. Probó sus labios uno a la vez, provocándolos con la lengua, mordiéndolos con los dientes, succionándolos con la boca, prestando atención a todos los pequeños detalles. La hendidura en el centro de su labio superior. Las comisuras de su boca. La curva de su labio inferior.

Oh, ella siempre había querido que la besaran así: lento, sensual, seductor.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y le devolvió el beso. Derek.

Una gran mano se aferró a su cabello, inclinando su cabeza para permitirle un mejor acceso, su lengua buscando la de ella. Ella lo conoció, caricia por caricia, la intensidad del beso creció hasta que apenas podía respirar. Pero aun así no fue suficiente.

Jenna se apartó, se puso de pie y se sentó a horcajadas sobre él, poniéndolos cara a cara. Ella tomó sus mejillas entre sus manos, su barba áspera contra sus palmas, sus pupilas dilatadas, sus

labios húmedos. Su mirada se cruzó con la de él. —Besame.

Esta vez, la aplastó contra él con fuertes brazos, esa ternura deliberada desapareció cuando reclamó su boca con la suya, embelesándola de la mejor manera posible. Su fuerza era embriagadora, su cuerpo mucho más grande que el de ella, sus pectorales duros contra sus pechos, el arma de fuego que llevaba presionando sus costillas.

Ella le arrebató el control, mordiendo su lengua, mordiendo sus labios con los de ella, solo para ceder una vez más, saboreando la sensación de ser dominada.

—Dios, Jenna. —Él deslizó los dedos de una mano en su cabello, la otra moviéndose debajo de su camisa para ahuecar su pecho derecho. El placer la hizo jadear cuando él apretó, su pulgar acariciando su ya tenso pezón. —Tú llenas mi mano.

Presionó su pecho más profundamente en la palma callosa de él, la excitación se acumuló en su vientre, haciéndola doler, empujando sus caderas hacia adelante.

Debajo de sus jeans, estaba duro como una roca.

Dios, quería su polla dentro de ella. Habían pasado seis meses desde que había tenido un orgasmo, incluso más desde que estaba con un hombre.

Tenía un DIU, una medida de precaución contra la agresión sexual, pero ¿realmente quería tener sexo con el mejor amigo de James en un cobertizo de generadores en Afganistán?

Absolutamente malditamente.

Deseando liberarse, se apretó contra la dura cresta de su erección, pero la presión solo hizo que su necesidad de él fuera más aguda.

Con un gemido, le subió la camiseta, bajó la boca hasta un pezón dolorido y lo chupó.

—¡Oh! —Su cabeza cayó hacia atrás, sus caderas presionando con fuerza contra las de él.

—¿Puedes bajarte así? —Su voz era profunda, áspera.

—No lo sé.

—¿Qué tal si te ayudo? —Le bajó la cremallera, deslizó una mano dentro de sus bragas para ahuecarla, sus dedos encontraron y jugaron con su clítoris. Oh, sabía lo que estaba haciendo. Dale al hombre una A en anatomía sexual femenina.

—Estás muy mojado. —Él deslizó un dedo dentro de ella, recogiendo su humedad, usándolo para acariciar su clítoris, jugando con ella. —¿Cómo se siente?

—Tan bueno. —Ella gimió, clavándose las uñas en sus hombros.

Encontró un ritmo, su mano haciendo magia entre sus muslos hasta que ella se quedó al borde. Ella empujó contra su mano, su cuerpo tomó el control, el placer se enroscó con fuerza dentro de ella. Ella contuvo un grito cuando el orgasmo la atravesó, dulce y brillante.

La luz se apagó, la oscuridad llenó el espacio, interrumpiendo su dicha.

Ambos se congelaron, el corazón de Jenna latía con fuerza en su pecho, el espacio en silencio aparte de su respiración rápida. Derek la movió de su regazo, la empujó detrás de él, moviendo la mano hacia su arma de fuego.

Hacer clic.

El rugido del generador cuando se puso en marcha hizo que Jenna chillara. Ella se tapó los oídos.

La luz se había ido.

Excelente.

—¡Tenemos que irnos! —Derek gritó, cerrando la cremallera de sus jeans.

Jenna buscó su túnica y su pañuelo en la cabeza, la tela de su camiseta se frotaba contra los pezones doloridos, las últimas ondas de su clímax aún revoloteaban por su vientre.

—¡Saldré primero! —Sacó la pistola de su pistolera.

Ella asintió para demostrarle que lo había entendido, abrochándose la túnica y atándose el pañuelo en su lugar con dedos temblorosos. Cogió la caja con las placas de identificación de James y la foto y se la metió en el bolsillo.

Cuando estuvo lista, abrió la puerta y salió, arma en mano.

Esperó, tapándose los oídos con las manos hasta que la puerta se abrió de nuevo y él le indicó que saliera. Salió a la oscuridad y cerró la pesada puerta de acero detrás de ella, el viento frío la golpeó en la cara y le zumbaron los oídos. —Lo siento.

Estaba tan tranquilo aquí.

En la oscuridad, no pudo leer su expresión. —¿Perdón por que?

—Bueno, lo hice... pero no lo hiciste.

Se inclinó cerca y le susurró al oído. —Si no crees que disfruté viéndote bajar, estás equivocado. Te ves sexy como la mierda cuando vienes.

La respiración de Jenna se atascó en su garganta. —¿De Verdad?

Ningún hombre le había dicho algo así antes.

—Oh sí. —Derek la agarró del brazo y caminaron juntos alrededor del edificio del hospital hacia la puerta trasera, con las botas crujiendo en la nieve.

—¿No lo sientes?

—Debería estarlo, pero no lo soy. Debemos tener cuidado, Jenna. Esto no es un juego.

No, no lo fue. Si los hubieran atrapado...

Jenna deseó no tener que decir buenas noches. Pero él no podía entrar y ella necesitaba volver al trabajo.

—Buenas noches. —Se puso de puntillas y le besó en la mejilla como debería hacerlo una hermana. —Gracias por la sorpresa. Significa mucho para mí tener algo que le perteneció a James. Y gracias por... eh... tiempo en familia también, Sr. Magic Fingers.

Con eso, se volvió y se encendió por dentro, con el corazón cantando.

CAPÍTULO 9

Derek estaba sentado en el Land Cruiser, le dolía el cuerpo por la frustración sexual mientras trataba de escribir el informe diario para Cobra HQ. ¿Qué diablos se suponía que tenía que decir?

Llevé al sujeto al cobertizo del generador, le di mi mayor ventaja táctica sin buscar ganancias, luego la besé, la saqué y salí del cobertizo con una erección.

Si no.

Si Derek hubiera querido un plan para asegurarse de arruinar este trabajo por completo, ese plan se parecería a la semana pasada. No había logrado persuadir a Jenna para que regresara a los Estados Unidos, pero se había besado con ella y había regalado su poder más fuerte sin usarlo a su favor.

Se suponía que las placas de identificación de Jimmy y la foto serían el punto de ruptura, el momento en que este enfoque más suave se convirtió en una bola dura, llevando las emociones de Jenna al límite. Pero Derek le había entregado las placas de identificación y la foto sin decir las cosas que había planeado decir.

Tu hermano no quería que tú también murieras aquí. Querría saber que su punk estaba lejos del peligro. Por favor, vuelve conmigo, Jenna, por el bien de Jimmy.

No, no lo había dicho.

En cambio, le había contado cosas que nunca le había contado a nadie, quejándose de su infancia, explicándole cómo había muerto Jimmy. Luego trató de consolarla, besó su boca y sus pechos, y le hizo una paja. ¿Haría alguna diferencia si él explicara en su informe que sus pechos eran increíbles?

No lo creía así.

Los agentes no se involucraron sexualmente con personas bajo su protección. Derek había ayudado a escribir el maldito libro de reglas. Si cualquier otro agente Cobra hubiera hecho este tipo de mierda, Derek lo despediría —o ella— en el acto.

La parte realmente jodida de esto fue que Derek sabía que no había terminado.

El la deseaba. Quería a Jenna.

La necesidad de ella ardía a través de él, dejándolo cachondo, malhumorado y extrañamente desequilibrado. Aún podía saborearla, olerla, sentir el satén de esos exuberantes pechos en sus manos, ver la expresión de felicidad en su rostro cuando se corrió.

¿Qué diablos le pasaba?

Nunca había sido el tipo de hombre al que las mujeres le pusieran del revés. Siempre había sido capaz de controlar sus emociones y separar su mente de su cuerpo cuando su cuerpo se convertía en un riesgo debido al dolor físico, el hambre, la sed, el agotamiento o la pura excitación. Se había enorgullecido de su capacidad para hacer que la gente hiciera lo que él necesitaba que hicieran a través de cualquier medio necesario: encanto, miedo, amenazas, violencia. Demonios, durante sus años militares, había convencido a los jóvenes afganos para que traicionaran a sus parientes AQ y talibanes. ¿Qué fue tan difícil de este trabajo?

Jenna.

De alguna manera, ella se había metido debajo de su piel. Tal vez fue solo el hecho de que ella era la hermana pequeña de Jimmy, o tal vez...

El crujido de las botas sobre la nieve hizo que volviera la cabeza.

Farzad se acercó a la ventana con expresión preocupada.

Derek apagó la conexión satelital de su iPad, deslizó el dispositivo en su cajón cerrado con llave y salió para ver qué necesitaba Farzad.

—Dos niños llegaron a la puerta. Dicen que los combatientes de Daesh atacaron una aldea a unos veinte kilómetros al este de aquí, mataron a los hombres y violaron a las mujeres y niñas. Algunas de las mujeres están embarazadas y necesitan ayuda.

Se sabía que Daesh, el nombre árabe del Estado Islámico y el nombre que más odiaban los combatientes del Estado Islámico, estaba en Afganistán. Ahí es donde habían comenzado. Ahora que su llamado califato había caído, los combatientes huían donde podían, robaban comida y dinero, mataban y violaban a sus compañeros musulmanes y no musulmanes por igual. A pesar de toda su charla sobre el Islam, el Estado Islámico no era más que una banda de matones asesinos.

—¿Cómo se escaparon los chicos?

—Dijeron que sus madres los escondieron. Caminaron todo este camino. Los estamos alimentando ahora.

—¿Trajeron aquí a las mujeres heridas?

—Dicen que las mujeres tienen demasiado miedo de venir porque sienten vergüenza. Quieren que enviemos parteras a la aldea .

El primer impulso de Derek fue decirle a Farzad que el infierno se congelaría antes de que permitiera que Jenna abandonara este recinto, pero se mordió la lengua. Él no estaba a cargo aquí.

—¿Qué piensas?

—Sería peligroso ir al pueblo. Daesh podría regresar o podríamos ser emboscados en el camino. Tendríamos que enviar algunos hombres para proteger a las mujeres. Pero no podemos enviar muchos o dejaremos el hospital vulnerable. Por lo que sabemos, esos hijos de cerdo podrían ser los próximos en nuestro camino.

—Estoy de acuerdo. —Derek se alegró de que Farzad lo viera a su manera. —Sería demasiado peligroso enviar a las parteras a la aldea, y sería una tontería dividir nuestro número y dejar el hospital más abierto a los ataques.

—¿Puedes hablar con tu hermana, preguntarle qué desean hacer ella y los demás?

Espere. ¿Qué?

Una parte de Derek quería decirle a Farzad que no dejaría ir a Jenna sin importar lo que ella quisiera hacer. Pero entonces sería como su padre, negándole la libertad de tomar sus propias decisiones. Y, sin embargo, si iba, se pondría a sí misma y a quien fuera con ella en grave peligro.

Hamzad se acercó y habló con Farzad. —Es lo correcto. Ésta es nuestra gente, nuestras mujeres, las mujeres afganas. Me ofrezco voluntario para ir. No le tengo miedo a Daesh.

Farzad se volvió hacia Derek. —Por favor, díselo a tu hermana.

—Le preguntaré a ella.

Sabía lo que ella diría.



"IRÉ." Jenna tenía experiencia en el tratamiento de víctimas de agresión sexual. Marie, deberías quedarte. Delara, tú también, en caso de que Marie te necesite en el quirófano.

Delara parecía aliviada y culpable. —No deberías lidiar con todo esto solo. No sabes cuántas víctimas hay ni qué tan graves son sus lesiones.

—Estaré bien. —Jenna le envió un mensaje de texto a Derek para que la encontrara en la puerta trasera en diez minutos y comenzó a llenar un botiquín médico móvil con suministros. — Necesitaré un vial de ceftriaxona y jeringas.

La ceftriaxona podría evitar que una víctima de violación contraiga gonorrea y otras ITS bacterianas. Pero si iban a brindarles a estas mujeres la misma calidad de atención que recibirían en los EE. UU., También tendrían que traer vacunas HepB, un suministro para una semana de medicamentos profilácticos para el VIH, así como kits de sutura vaginal, analgésicos, sedantes y Ovrál para prevenir el embarazo. Ella también debería tomar un Doppler, así como otros suministros para obstetricia en caso de que una de las mujeres embarazadas del pueblo diera a luz mientras Jenna estaba allí.

Dejó los suministros médicos cerca de la puerta trasera y luego corrió rápidamente a su habitación para recoger una bolsa de suministros esenciales para ella: jabón, su cepillo para el cabello, cepillo de dientes y pasta de dientes, una muda de ropa. Agarró su parka, su mirada aterrizó en la caja con las placas de identificación de James y la foto adentro.

Sacó las placas de identificación de la caja y deslizó la cadena de bolas sobre su cabeza, metiéndola dentro de su camiseta. —Vienes conmigo, hermano mayor.

Afuera, Derek la estaba esperando, sus labios formaban una línea sombría. Habló en inglés. — Esto es peligroso, Jenna.

Sabía que él no quería que se fuera. —Solo estoy haciendo mi trabajo.

—Si nos encontramos con algo que sugiera problemas, doy la vuelta a este vehículo. ¿Entendido?

—Entendido.

Cogió su petate y lo cargó con las cajas de suministros en la parte trasera de su Land Cruiser, cambiando a Dari. Cabalgarás conmigo. Hamzad y algunos de los hombres estarán justo delante de nosotros, asegurándose de que el camino sea seguro.

Se subió al asiento trasero y se abrochó el cinturón, mientras Derek hacía una llamada en su teléfono satelital. Luego extendió un pesado y oscuro paquete de... algo.

" Ponte esto sobre tu camiseta.

Un chaleco de Kevlar.

Dios bueno.

Se quitó la ropa hasta la camiseta, se puso el chaleco antibalas y volvió a ponerse la túnica y la parka.

Derek se sentó en el asiento del conductor y puso en marcha el motor. El tablero se iluminó con una pantalla de visualización. —Cobra, esto es Tower. El dron está a cinco micrófonos. Roger. Fuera.

¿Con quién estaba hablando?—. ¿Qué dron?

Derek apretó un botón y una extraña imagen verde llenó la pantalla. Él miró por encima del hombro y la encontró mirándolo. —Lanzamos un dron desde Mazar-e-Sharif cuando supe a dónde íbamos. Quiero asegurarme de que esos imbéciles del EI no estén acechando en el camino.

—Guau. —En lugar de consolarla, esta noticia hizo que se dieran cuenta del peligro al que se enfrentaban y le aceleró el pulso. Se dirigían a un área donde los combatientes del ISIS se escondían con solo un Land Cruiser blindado, el viejo Humvee del hospital y un puñado de hombres para protegerlos.

Si fueron emboscados...

¿Había tomado la decisión correcta? ¿Estaba haciendo lo correcto al ponerlos a todos en

peligro? Si ella se hubiera negado a venir, todos se mantendrían a salvo —o relativamente seguros— aquí mismo, en lugar de dirigirse hacia lo desconocido.

¿Y las niñas y mujeres que resultaron heridas?

Jenna no podía darles la espalda.

Salieron del hospital, el Land Cruiser se abrió paso sobre caminos de tierra llenos de baches, los faros iluminaban un paisaje escarpado y nevado, las luces traseras del vehículo de Hamzad en rojo en la distancia. Derek se comunicó con alguien a través del micrófono de su casco. Todo era un lenguaje militar, nada de eso tenía el menor sentido para ella.

Estará bien. Todo estará bien.



DEREK ENCONTRÓ él mismo en una escena que era demasiado familiar. Todos los hombres adultos y los niños mayores de la aldea yacían muertos en la nieve, el inquietante silencio interrumpido por el ocasional lamento de dolor o el llanto de un niño.

Si había un infierno, era este.

Hamzad miró a su alrededor, con la furia desnuda en su rostro. —Cuando El León se entera de esto...

Derek sabía que Kazi recorrería el campo en busca de los combatientes de Daesh que habían hecho esto. Podría ser un pequeño tirano con delirios de grandeza, pero también fue un aliado útil contra los terroristas. Si encontraba a estos luchadores, los vería colgados.

—Movamos los cuerpos para que sus seres queridos puedan lavarlos —dijo Hamzad a los otros hombres. —Podemos preparar tumbas por la mañana.

Mientras Hamzad y los demás trasladaban los cuerpos de los muertos, Derek siguió a Jenna a las casas de las mujeres que necesitaban ayuda. Se quedó afuera, de guardia, todavía en contacto con el equipo en Mazar-e-Sharif. Monitorearon la transmisión visual del dron, listos para avisar a Derek con anticipación si algo se movía en su camino.

Después de casi cuarenta minutos, Jenna salió, claramente molesta.

—Una madre embarazada y sus dos hijas —dijo. —El menor solo tiene diez años. Están en shock. Los examiné, hice lo que pude por ellos médicamente y les preparé té. Pensé que podría calmarlos.

—Que podría.

—¿Qué van a hacer estas mujeres? —Jenna lo miró, angustia en sus ojos. —Los hombres se han ido. ¿Cómo vivirán en este mundo?

—No lo sé.

La vida para las viudas, especialmente para las que no tenían hijos adultos, era dura.

—Necesito llegar a los demás.

Derek se movía con Jenna de casa en casa, permaneciendo fuera de cada puerta. Su aliento formó cristales en el aire a medida que la noche se enfriaba, las nubes ocultaban una luna menguante.

Era casi medianoche cuando Jenna terminó.

—No sé qué más podemos hacer por ellos. —Jenna parecía agotada. —Necesitan asesoramiento sobre trauma, pero no hay nadie que se lo proporcione. Una mujer dará a luz en un mes. Traté de persuadirla de que trajera a sus hijos y regresara con nosotros, pero ahora no puede manejar eso.

—No puedes arreglar todo, Jenna.

—¿Por qué alguien haría esto? Son gente sencilla, granjeros y pastores. No tienen dinero, nada que robar. No quieren ser parte de ninguna guerra. ¿Cómo puede alguien simplemente matarlos? ¿Cómo se puede violar a mujeres embarazadas y niñas? Estos son sus compañeros musulmanes.

—No lo sé. —Derek se encontró deseando abrazarla. —Algunas personas no tienen nada en su interior más que odio. Necesitas dormir.

Mientras Hamzad y sus hombres se quedaban en una casa abandonada en el otro extremo del pueblo, Derek se quedó cerca de Jenna mientras ella se acomodaba para pasar la noche con una de las víctimas embarazadas y sus hijos.

—Estaré aquí.

—¿En el frío?

—En el Land Cruiser. ¿Tienes tu teléfono?

—Sí.

—Bueno. —Él tomó su mano y la apretó, consciente de que otros podrían estar mirando. —Has hecho todo lo que puedes. Intenta descansar.

Ella negó con la cabeza, luciendo derrotada. —No he hecho nada.

No iba a discutir con ella. —Entra donde hace más calor.

Derek estacionó el Land Cruiser de modo que bloqueara la puerta de entrada a la casa. Si esos cabrones de Daesh querían entrar de nuevo, tendrían que pasar por él.

Se registró con el equipo en Mazar-e-Sharif. —Cobra, esto es Tower. Voy a dormir un poco. Terminado.

—Tower, esto es Cobra. Dulces sueños. Fuera.

Luego Derek comprobó sus armas, abrió la cremallera de un saco de dormir bajo cero e inclinó el asiento hacia atrás, usando el saco de dormir abierto como una manta. Pero el sueño tardó en llegar.



JENNA YACÍA DESPIERTA en la oscuridad, los horrores del día se quedaron grabados en su mente. Vulva amoratada e hinchada. Marcas de dientes en los senos en ciernes. Laceraciones vaginales.

La víctima más joven tenía solo siete años.

Desde el otro lado de la habitación llegó el sonido de un llanto silencioso.

El corazón de Jenna se rompió.



JENNA SE PUSO DE PIE en la parte de atrás del cementerio con Derek, lágrimas en sus ojos, el frío pellizcando sus mejillas y mordiendo las suelas de sus zapatos. Hamzad y sus hombres se unieron a los hombres de las aldeas vecinas para rezar las oraciones fúnebres por los asesinados, las abuelas, madres, esposas, hermanas e hijas de las víctimas de pie en la parte de atrás con burqas y sollozando de dolor.

La vida en este pequeño pueblo nunca volvería a ser la misma.

Las mujeres de la aldea se habían despertado temprano esta mañana, habían preparado el desayuno para ellas, sus invitados y sus hijos, luciendo aturdidas por el terror y el dolor. Luego, mientras Hamzad y sus hombres habían cavado treinta y seis tumbas poco profundas en la nieve, las mujeres habían lavado los cuerpos de sus seres queridos, llorando por ellos y envolviéndolos

en cualquier tela que tuvieran a mano que pudiera actuar como sudario.

A última hora de la tarde, habían comenzado a llegar parientes de las aldeas vecinas, y Jenna se sintió aliviada al ver a los supervivientes abrazados por sus seres queridos, que habían preparado la comida y los habían cuidado. Habían hablado de la masacre, pero nadie había dicho una palabra sobre la violencia que habían sufrido las mujeres. La violación era un tema tabú aquí.

Hamzad había insistido en que se quedaran para los funerales por respeto.

Derek no había estado feliz. —Cuanto más tiempo permanezcamos aquí, más peligroso es.

Él estaba de pie junto a ella ahora, su mirada nunca descansaba, la tensión rodaba fuera de él, el auricular todavía en su oído.

En el cementerio, los cuerpos fueron levantados y colocados por parientes varones sobre su lado derecho en las tumbas para que sus rostros se volvieran hacia La Meca. Luego se arrojó tierra para cubrirlos, primero en puñados ceremoniales y luego en paladas.

Cuando por fin terminaron los entierros, Derek se encaminó hacia el Land Cruiser. —Vamonos.

Como antes, Hamzad y sus hombres abrieron el camino, seguido por Derek a distancia.

Exhausta, Jenna luchó por mantenerse despierta, el movimiento del Land Cruiser la adormecía hasta que se dormía. Se despertó bruscamente cuando el vehículo se detuvo repentinamente.

—¡Aférrate! —Derek gritó.

Puso el Land Cruiser en reversa, pisó el acelerador y condujo hacia atrás, rápido.

—¿Qué está pasando?

—El dron vio un comité de recepción esperándonos más adelante: varios vehículos grandes bloqueando la carretera.

¿Un comité de recepción?

Su corazón dio un fuerte golpe. —¿Es Daesh?

—No lo averigüemos.

—¿Qué pasa con Hamzad y los hombres?

—No estoy aquí para proteger a Hamzad.

—¿Volvemos al pueblo? —Jenna quería saber su plan.

—No, y no más preguntas.

Jenna miró hacia atrás por encima del hombro, buscando algún lugar donde Derek pudiera esconder el vehículo. Si seguían retrocediendo, acabarían en la aldea. ¿Qué iba a impedir que quien estuviera bloqueando el camino los encontrara allí?

Entonces lo vio: huellas de neumáticos en la nieve.

Allí había un camino que se dirigía hacia el este.

—Cobra, esto es Tower. Buena copia. —Derek pasó disparado por el cruce, frenó de golpe y volvió a poner en marcha el Land Cruiser. Giró a la izquierda y los llevó hacia el este.

—¿Y si nos siguen? —Las palabras salieron antes de que ella recordara que él no quería que ella hiciera preguntas.

Él encontró su mirada en el espejo retrovisor. —Ya lo están.

CAPÍTULO 10

Derek nunca debería haber aceptado traer a Jenna aquí. Sabía que era demasiado peligroso. Los combatientes del EI y los talibanes deambulaban por la zona. Las milicias también. Había ido en contra de todos sus instintos y, de todos modos, había aceptado su decisión.

Te has vuelto suave.

Condujo de la forma más segura y rápida que pudo, guiado por los agentes que observaban cómo se alimentaba el dron. Si se salía de la carretera y caía en una zanja, estarían jodidos y sin ayuda. Un helicóptero tardaría una hora en despegar y más de una hora en alcanzarlos.

—Jenna, tienes tu teléfono satelital, ¿verdad?

—Sí.

—Mantén eso en tu cuerpo en algún lugar, dentro de tu sostén o algo.

—Yo-no estoy usando sostén.

Correcto. Él lo sabía.

Mierda.

—Si parece que nos van a llevar, escóndelo en tu ropa interior o calcetines. No lo dejes en tu bolsillo. Siempre y cuando esté contigo, Cobra puede encontrarte.

—¿No estarás conmigo?

McManus volvió a hablar al oído de Derek, con un marcado acento escocés. —Tower, esto es Cobra. Hay una colina a su izquierda que es lo suficientemente alta como para ocultar el vehículo. Si puede, salga de la carretera ahora. ¿Cómo copiar, cambio?

—Cobra, esto es Tower. Buena copia, cambio. —Giró hacia la izquierda, esperando que la nieve no fuera profunda.

Y allí se sentaron durante dos largos minutos.

Miró por encima del hombro, vio el miedo en el rostro de Jenna y se estiró para tomar su mano. No podía prometerle que todo saldría bien. —Si nos capturan, nos separarán. Estoy haciendo todo lo que puedo para asegurarme de que no nos alcancen, pero si lo hacen, quiero que estés preparado para ser rescatado.

McManus habló de nuevo. —Tower, esto es Cobra. Enemy QRF ha pasado la intersección y continúa hacia el sur hacia el pueblo, cambio.

—Cobra, esto es Tower. Entendido. Fuera. —Fue el descanso que Derek había esperado.

Él le soltó la mano, se dio la vuelta y condujo de regreso hacia la carretera principal, haciendo lo mejor que pudo para mantenerse en las huellas de los neumáticos.

—¿Qué estás haciendo?

Ya tenía suficiente para lidiar con escuchar a McManus en su auricular. —Cobra, esto es Tower. Estoy retrocediendo hacia la carretera principal. Avísame si se dan la vuelta.

—Tower, esto es Cobra. Wilco. Fuera.

Era una apuesta, pero no podía estar seguro de tener suficiente combustible para dirigirse al campo de Afganistán sin una ruta clara a casa. Si se pinchaban una llanta o se quedaran sin combustible aquí, estarían atascados y vulnerables hasta que Cobra pudiera organizar un rescate. Además, había visto las huellas de los neumáticos. Se veían frescos. No podía estar seguro de que no los hubieran dejado los combatientes de Daesh que habían atacado la aldea.

Esta fue su mejor apuesta. Con un poco de suerte, estarían en camino a Mazar-e-Sharif antes de que sus perseguidores se dieran cuenta de que no habían regresado a la aldea. Si tenían mucha suerte, los bastardos verían sus huellas en la carretera lateral y perderían el tiempo buscándolas allí.

Derek giró en la carretera principal y se dirigió hacia el norte de nuevo, acelerando tanto como pudo.

—Tower, esto es Cobra. Uno de los vehículos está dando vueltas —dijo McManus. —Es Hamzad, cambio.

—Cobra, esto es Tower. Entendido. —Derek apostaría a que Hamzad estaba involucrado en esto. Los había empujado para que fueran al pueblo. —¿Qué están haciendo los demás, cambio?

—Tower, esto es Cobra. Enemy QRF continúa hacia el pueblo, cambio.

Unos minutos más tarde, McManus le dijo a Derek que Hamzad se había detenido en la calle lateral. —Ha visto tus huellas y está mordiendo el anzuelo.

Derek no se sorprendió en absoluto cuando los otros vehículos dieron la vuelta un momento después y se encontraron con Hamzad allí antes de dirigirse a seguir las huellas del Land Cruiser.

El bastardo los había vendido, eso estaba claro, pero ¿a quién? ¿ES? ¿Los talibanes? ¿Una de las milicias? ¿Y quién era su objetivo, Derek o Jenna?

Preferiría no averiguarlo, no aquí.

Derek empujó al Land Cruiser para que fuera más rápido. Ahora tenía cerca de las tres cuartas partes de un tanque de gasolina, además de otro tanque lleno de latas. Eso sería suficiente para llevarlos a Mazar-e-Sharif.

Jenna aún no lo sabía, pero no la llevaría de regreso al hospital.



JENNA TENÍA para resistir la tentación de mirar por encima del hombro. Se dijo a sí misma que Derek estaba en contacto con sus hombres, que tenían un dron en el techo, que él la advertiría si su situación iba de mal en peor. Pero saber todo eso no la hizo menos asustada.

Trató de escuchar cada palabra que decía, aunque no tenía sentido para ella.

—Cobra, esto es Tower. Enemy QRF cinco clicks detrás de nosotros y dirigiéndose hacia nosotros. Admitido. Fuera.

¿Quiénes eran los QRF? ¿Qué era un 'click'? ¿Quién era este enemigo?

Tenía que ser IS. Habían atacado el pueblo. Se sabía que estaban aquí. Tal vez habían escuchado que los occidentales estaban en el pueblo y habían venido a buscarlos.

No lo sabes.

—Cobra, esto es Tower. El QRF enemigo ya no lo persigue. Admitido. Fuera.

¡Gracias a Dios por eso!

—Cobra, esto es Tower. ETA a Mazar son cuarenta y siete micrófonos. Fuera.

Mazar?

La sangre se le subió a la cabeza a Jenna junto con la repentina comprensión de que ya deberían haber salido de la carretera. No iban a regresar al hospital.

La llevaría a Mazar-e-Sharif.

¿Por qué no se lo había dicho?

Tu padre quería que te llevara a casa por la fuerza si no vienes voluntariamente.

No. No, Derek no haría eso. Le había dicho a su padre que no la secuestraría.

¿O solo te lo dijo para ganar tu confianza?

James había intentado una vez explicar lo que hacía como boina verde.

—Entramos en territorio enemigo y aprendemos lo que podemos para las tropas que nos siguen. Allí hacemos amigos, conseguimos que la gente confíe en nosotros y esperamos que nos ayuden.

—¿Y si nadie quiere ayudarte?

—Hacemos todo lo posible para que quieran ayudarnos.

Más tarde, Jenna llegó a comprender que su trabajo incluía meterse en la cabeza de las personas y usar lo que sabían para manipular a la gente o incluso a pueblos enteros.

¿Derek la estaba manipulando ahora?

Ahora que lo pienso, ella misma no había visto el obstáculo. No había visto a nadie seguirlos. No sabía con certeza que había un dron. No había escuchado a la gente hablando con Derek. ¿Podría todo esto ser una especie de espectáculo elaborado para asustarla y lograr que acepte salir del país?

Estás loco.

Pero incluso cuando descartó el pensamiento, la duda se instaló dentro de ella.

Tu padre amenazó con causarnos problemas en el Comité de Servicios Armados del Senado si no te traigo de regreso.

—¿Por qué vamos a Mazar en lugar del hospital? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Te llevaré a donde sé que estarás a salvo. —Derek encontró su mirada en el espejo retrovisor. —No te lo dije porque no quería perder el tiempo debatiendo en una situación de supervivencia.

Sus palabras fueron agudas, su tono de voz dejó en claro que la discusión había terminado y le recordó por un momento a su padre.

Jenna sintió que una vieja rabia familiar crecía en su interior. Nadie tenía derecho a tomar decisiones por ella sin importar la situación. ¿No debería haberle preguntado al menos qué pensaba?

Para cuando llegaron a Mazar-e-Sharif, Jenna estaba furiosa. No dijo nada mientras Derek los conducía a un recinto en las afueras de la ciudad rodeado por un alto muro de hormigón y alambre de púas. Una puerta de acero gris se abrió para dejarlos entrar, donde los hombres hacían guardia con rifles militares listos.

Aparcó en un garaje subterráneo seguro junto a una docena de Land Cruisers como este y otros vehículos: camionetas, Jeeps, motos de cross, vehículos todo terreno y algunos Toyota Corollas maltrechos que claramente pretendían mezclarse en las calles.

—Trae tu bolso. Haré que alguien baje por el resto. —Se quitó el casco y lo puso en el asiento y luego salió y agarró una bolsa de lona de la parte trasera del vehículo.

Ella saltó al suelo, fue a la parte de atrás para buscar su bolso. Ahora que el peligro había pasado, Jenna no vio la necesidad de contenerse. —Deberías haberme preguntado antes de traerme aquí. Si todo esto es una táctica elaborada para sacarme de Afganistán, me voy a poner furioso.

Él la miró como si estuviera loca. —¿Crees que inventé todo esto?

—No vi la barricada.

—¿Estabas dormido!

—¿Qué pasa con los chicos de QRF que nos seguían? Convenientemente desaparecieron.

Derek negó con la cabeza, sus ojos azules se enfriaron. —No confías en mí.

Con el equipo colgado del hombro, se volvió, se acercó a un ascensor y marcó una contraseña.

—Los chicos que nos seguían no vinieron aquí porque fueron a su hospital.
Aturdida, Jenna solo pudo mirar.



DEREK NO FUE USADO a emociones que no podía controlar. En este momento, quería golpear algo.
¿Herió tus sentimientos? Pobre bebé.

Cualquier alivio que Derek hubiera sentido al llegar al cuartel general de Cobra con Jenna de una pieza se había desvanecido a raíz de sus sospechas. Casi lo había acusado de mentirle y fingir toda su fuga. ¿Que demonios?

Deberías haber explicado la situación antes. Conoces su historia.

Sí, está bien, entonces su padre le había mentido y manipulado toda su vida, pero Derek no era su padre. Ella debería confiar en él. Miró hacia atrás para encontrar a Jenna parada donde la había dejado, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—¿Vienes o prefieres probar suerte en las calles?

Se apresuró a entrar en el ascensor. —¿Qué quieres decir con que fueron al hospital?

La puerta del ascensor se abrió y entraron.

—Me refiero exactamente a lo que dije. Salieron de la carretera y se dirigieron al hospital. Supongo que ahí es donde pensaron que iríamos.

—Quizás fue alguien del hospital. Tal vez...

—¿Alguno del personal conduce en un convoy de Humvees blindados con ametralladoras fijas?

—¡Por supuesto no! ¿Tenían ametralladoras?

En lugar de acomodarla en cuartos, la condujo a la sala de operaciones, donde McManus y Cross estaban analizando las imágenes del dron en un banco de monitores de pantalla plana. McManus se había desempeñado como especialista en inteligencia con el SAS, el Servicio Aéreo Especial de Gran Bretaña, mientras que Cross era un ex especialista en comunicaciones de los SEAL de la Marina. Juntos, formaron un gran equipo de inteligencia.

Los dos miraron hacia arriba, sus miradas moviéndose de Derek a Jenna, a quien técnicamente no se le permitía estar aquí.

McManus disimuló su sorpresa y se puso de pie. —Soy Quinn McManus, señora. Me alegro de que estés aquí con nosotros y a salvo.

—Gracias.

Cross se puso de pie y le tendió la mano. Alex Cross. Me alegra verla a salvo, Sra. Hamilton. Tú también, Tower, por lo que vale.

—Gracias. —Derek dejó su bolsa de lona en el suelo. —Me gustaría que la Sra. Hamilton viera las imágenes del dron. Comience con la barricada.

—Sí señor.

McManus señaló su silla. —Siéntate aquí, muchacha.

—Gracias. —Jenna dejó su bolso y se sentó, todavía con el pañuelo en la cabeza.

McManus se desplazó por las imágenes y señaló la pantalla. —Este es su Land Cruiser. Este es el vehículo conducido por ese personaje de Hamzad. ¿Ves estos? Hay seis vehículos agrupados, bloqueando la carretera.

Jenna estudió la pantalla. —¿Esos son los QRF? ¿Quiénes son?

—Eso significa 'fuerza de reacción rápida'. Espera un poquito y te lo mostraré.

—'Bide a wee' significa 'espera un minuto' —le dijo Cross a Jenna. —Le dije a McManus que

debería aprender inglés, pero...

—Cierra la boca, maldito idiota —respondió McManus. —Perdón, señora.

Jenna claramente no tenía idea de lo que eso significaba. —Esta bien.

McManus avanzó lentamente a través del metraje. Hamzad llega a la barricada justo después de que advertimos a Tower que comenzara a mover el culo hacia atrás. Hamzad habla con este tipo, que acaba de salir de uno de los vehículos, y pasan más de dos minutos antes de que se dé cuenta de que ya no estás detrás de él. Cuando ve que no vienes, corre de regreso a su vehículo, al igual que el hombre con el que estaba hablando. Todos giran y conducen hacia el sur para encontrarte.

Derek se acercó e hizo estallar una de las imágenes para ver claramente el rostro del contacto de Hamzad. —¿Quién es este cabrón?

—Me alegra que lo hayas preguntado. —Cross mostró una foto policial en otra pantalla. —Ese es Alimjan Qassim, un luchador uigur. Pasó dieciocho meses en Guantánamo antes de ser liberado. Se dice que está liderando una de las milicias secretas de Kazi, haciendo el trabajo sucio que Kazi quiere poder negar.

Que carajo

¿Kazi estuvo involucrado en esto?

—¿Cómo sabemos que nos perseguían? Me reuní con el gobernador Kazi. Me dio la bienvenida y me dio su bendición para trabajar aquí.

—Te mostrare. —McManus reenvió las imágenes del dron nuevamente. —Este es tu vehículo. Aquí, puedes ver a Qassim y sus matones dando vueltas cuando reciben noticias de Hamzad sobre las pistas que dejaste. Aquí está Hamzad. ¿Ver? Te estaban buscando, y este tipo Hamzad estaba ayudando.

Derek hizo estallar la imagen para que Jenna pudiera ver el rostro de Hamzad. —Me advertieron que trabajaba como ojos y oídos de Kazi en el hospital.

—Quizás vio o escuchó algo que a Kazi no le gustó. —McManus se movió a través de las imágenes, mostrando a Jenna cuando Qassim se dio cuenta de que su presa se había ido. —Volvió a la autopista aquí, pero se desvió hacia el hospital. Lo seguimos. Se detuvo al final de la carretera y esperó. Hamzad salió del recinto en un momento para hablar con él, tal vez para decirle que no estabas allí. Entonces Qassim se dirigió a Mazar.

—¿Alguna pregunta, señorita Hamilton? O tal vez pienses que todo esto también es parte de mi elaborado plan de secuestro. —Derek hizo un gesto hacia las pantallas.

El rostro de Jenna enrojeció. —No. Gracias. Lamento haber dudado de ti.

Su disculpa no hizo nada para mitigar su mal humor.

—¿Crees que fingimos esto? —Cross resopló, con una gran sonrisa en su rostro. —Tower aquí es bueno, pero él no es tan bueno.

Pero McManus miró a Derek. La muchacha lo ha pasado muy mal. Ella está completamente acabada. Seguramente puedes ver eso.

—Gracias a todos por trabajar tan duro para mantenerme a salvo. —Con eso, Jenna tomó su petate y salió de la habitación.

—¿Ella sabe a dónde va? —Preguntó McManus.

Infierno.

—Que alguien de seguridad interna se reúna conmigo en la suite de invitados. —Derek fue tras ella. —¡Jenna!

Se detuvo y se volvió hacia él, la angustia mezclada con el cansancio en su rostro.

—Los cuarteles son por aquí. —La condujo por el pasillo hasta el ala este del edificio. —Yo

nunca te mentiría.

¿Por qué había dicho eso? No debería tener que defenderse.

—Realmente lo siento. Me dijiste que mi padre te había pagado para sacarme de Afganistán por la fuerza y que había amenazado tu negocio, y yo... tenía miedo y supongo que no estaba pensando con claridad. No quise hacerte daño.

Eso es lo que obtienes por compartir los parámetros de tu misión.

Aún así, el pesar en su voz alivió algo de su ira.

—Como dijiste, no viste nada de eso. —Se detuvo frente a la suite de habitaciones reservadas para invitados: funcionarios del Pentágono, miembros del Congreso, dignatarios extranjeros. —Deberías estar cómodo aquí hasta que podamos averiguar qué pasó hoy. Mi opinión experta es que no debería regresar al hospital hasta que sepamos con certeza si Qassim y sus hombres estaban detrás de usted.

Ella asintió con la cabeza, su expresión preocupada. —Los estoy decepcionando. Los dejé con poco personal. Deben estar preocupados por mí.

—Me pondré en contacto con Farzad y le contaré lo que pasó. —El hombre necesitaba saber sobre Qassim y Hamzad.

Grant, jefe de Seguridad Interna, se acercó a ellos. —Hey, Tower. Bienvenida, Sra. Hamilton. Tengo tu tarjeta de acceso aquí. Está codificado para permitirle el acceso a áreas autorizadas del edificio: su suite, el comedor, el gimnasio, la lavandería, la sala de prensa.

Jenna le quitó la tarjeta. —Gracias.

—La cama está deshecha —le dijo Grant a Derek. —No esperábamos a nadie.

—Yo me encargaré.

—Espero que se sienta cómoda aquí, señora. —Grant desapareció por el pasillo.

Jenna pasó su tarjeta y la puerta se abrió con un zumbido.

—Te instalas. Vuelvo enseguida.

—Gracias.

Cuando Derek regresó, con la ropa de cama en sus brazos, la encontró profundamente dormida en el colchón desnudo, las pestañas oscuras contra sus mejillas, el cabello castaño rojizo abanicado contra la almohada, el pañuelo en la cabeza agarrado en una mano. Dejó las sábanas y las fundas de almohada en la cómoda cercana y la cubrió con la manta. Durante un tiempo, se quedó allí como un idiota, mirándola dormir, una ternura desconocida se filtró detrás de su esternón.

Estás loco, amigo.

Antes de que pudiera hacer algo estúpido, salió de su habitación.

CAPÍTULO 11

Cuando Jenna se despertó a la mañana siguiente, no tenía idea de dónde estaba o qué estaba haciendo durmiendo con su ropa en una cama deshecha. Alguien la había cubierto con una manta.

Derek.

Su corazón se desplomó cuando los recuerdos de ayer la asaltaron. La aterradora huida del pueblo a Mazar-e-Sharif. Las cosas estúpidas que le había dicho a Derek. Las imágenes del dron que sus hombres le habían mostrado.

Mi opinión experta es que no debería regresar al hospital hasta que sepamos con certeza si Qassim y sus hombres estaban detrás de usted.

¿Todo esto fue consecuencia de su intento de salvar la vida de Behar?

Se sentó, miró primero su reloj y luego a la suite de invitados. Comparado con su dormitorio en el hospital, era lujoso: grande, luminoso y cálido. Había ventanas colocadas en lo alto de las paredes para que nadie pudiera ver el interior o el exterior, el vidrio era grueso y probablemente a prueba de balas. La cama de matrimonio estaba junto a una mesita de noche. Había una cómoda, un escritorio y un lujoso sofá de cuero. Muros de hormigón blanco contenían fotografías enmarcadas de acontecimientos emblemáticos de la historia de Estados Unidos: el presidente Lincoln en Gettysburg, el general Pershing que llegó a Francia en 1917, los marines izaron la bandera en Iwo Jima, los bomberos treparon entre los restos de las Torres Gemelas después del 11 de septiembre.

Se levantó de la cama y entró en la habitación contigua para encontrar un baño de azulejos blancos con ducha y tocador. En los cajones, encontró artículos de tocador: pequeños tubos de pasta de dientes, hilo dental, maquinillas de afeitar desechables, crema de afeitar para hombres, champú, acondicionador, gel de baño.

Una ducha.

No se había duchado desde la mañana antes de que todo esto comenzara, la mañana antes de que ella y Derek se besaran en el cobertizo del generador.

Hiciste mucho más que besar.

No quería pensar en eso ahora.

Encontró toallas y paños en un armario debajo del fregadero y se quitó la ropa, colocando cuidadosamente las placas de identificación de James en el mostrador. Dejó una navaja, una toallita y algunos artículos de tocador en un estante de la ducha y abrió el agua, encantada de sentir que estaba caliente. Luego se metió bajo el chorro de agua y suspiró de placer.

Por un momento, se olvidó de que estaba lejos del hospital en un recinto paramilitar y que algún idiota podría estar buscándola.

Cuando se secó, se sintió limpia y mucho más como ella misma.

No había traído una muda de ropa, pero el tipo de seguridad que le había dado la tarjeta de acceso a su habitación le había dicho que había una lavandería. Tal vez podría pedir prestados una camiseta y unos vaqueros a alguien hasta que pudiera lavar sus cosas.

Se envolvió en una toalla, tomó su ropa sucia en sus brazos y salió del baño justo cuando alguien tocaba. Arrojó su ropa sobre la cama y caminó hacia la puerta. —¿Quién es?

—Es Derek. Te traje un poco de desayuno.

Jenna miró la pila de ropa sucia. No podía soportar la idea de volver a usarlos. Abrió la puerta y dio un paso atrás, agarrándose con fuerza a la toalla.

Derek se quedó allí vestido con una camiseta color canela y camuflaje del desierto y con una bandeja que contenía jugo de naranja, huevos revueltos, tocino, tostadas y...

Ella inhaló. —Oh, Dios mío, ¿eso es café de verdad?

Su mirada se deslizó sobre ella, tan íntima como una caricia. —Puedes apostar.

No había tomado café desde que se fue de EE. UU.

Llevó la bandeja al escritorio y la dejó. —¿Dormiste un poco?

—Sí. Gracias. ¿Tú?

—Estoy bien. —Dio un paso atrás. Te dejaré vestirte y comer. He programado una reunión para las cero ocho y media.

—¿Una reunión? ¿Aprendiste algo nuevo?

—Salí al hospital temprano esta mañana. Les di los suministros médicos restantes y le conté a Farzad lo que había sucedido. Las mujeres empacaron tus cosas. Todo está sentado aquí afuera de tu puerta.

¿Empacó sus cosas?—. Pero por qué...

—No puedes volver, Jenna. Farzad no quiere que regreses.

El corazón de Jenna se hundió, el rechazo fue doloroso. —¿Por qué no?

—De eso se trata la reunión. Entonces te veré en la sala de conferencias.

La dejó sola.

Se sentó en su cama, la noticia como un puñetazo en el estómago. Había reservado dos años de su vida para ayudar a capacitar a las parteras para que Afganistán pudiera recuperarse, pero ahora...

Las lágrimas le nublaron la vista.

Ni siquiera había conseguido despedirse.



DEREK HIZO hizo todo lo posible para olvidar la vista de Jenna vistiendo sólo una toalla y concentrarse en la reunión. No fue fácil, no con ella sentada a su lado viéndose lo suficientemente bien como para comer. Llevaba una camiseta de manga larga con cuello en V azul oscuro que mostraba un toque de escote y jeans que abrazaban las curvas de su delicioso trasero, su cabello todavía húmedo, pero descubierto y libre. Casi podía sentir sus sedosos hilos en...

¡Consíguelo!

Terminó de contarles a los demás lo que había aprendido esta mañana. —Cuando Hamzad regresó al hospital, quería saber dónde estaba la Sra. Hamilton. No preguntó por mí. Preguntó solo por ella. Cuando se enteró de que ella no había regresado, les dijo a todos que ella y yo no somos hermanos y que soy un operativo militar privado. Farzad me advirtió contra el regreso de cualquiera de los dos. Dijo que Hamzad había vuelto a sus hombres contra ella. También dijo que si Qassim la estaba buscando, no podría protegerla.

Jenna lo miró fijamente, claramente desconcertada. —¿Cómo pudo Hamzad saber eso? Te juro que no se lo dije a nadie. Ni siquiera he hablado con él.

—¿Quién en Afganistán, fuera de este edificio, sabe quiénes somos?

Jenna frunció el ceño mientras pensaba en esto.

Cross respondió por ella. —Abdul Jawad Kazi.

Jenna miró de Cross a Derek. —¿Por qué enviaría a alguien tras de mí? Me dio su permiso para trabajar aquí.

—Kazi da y Kazi quita —dijo McManus.

—¿Tiene esto que ver con la noche en que grité en la sala de espera? O tal vez está enojado porque fingimos ser hermano y hermana.

Derek no podía estar seguro. —Creo que podemos asumir que Kazi se enteró de eso.

—No es propio de él que le importe un carajo estos asuntos —dijo McManus.

Derek se volvió hacia Elizabeth Shields, lingüista y ex analista de la CIA. —¿Escudos?

—Tengo que estar de acuerdo con Quinn. A Kazi no le importan las cuestiones morales. Algo más grande está sucediendo aquí. Hemos intentado monitorear sus comunicaciones, pero, como saben, eso se ha vuelto más difícil.

La guerra había convertido a Kazi en multimillonario. Cualquier tecnología que no pudo obtener gratis del gobierno de Estados Unidos, la compró a los saudíes o chinos.

Derek tomó otro sorbo de café. —Lo que sabemos con certeza es que Qassim estaba buscando a Jenna, pero se aseguró de permanecer fuera de la vista. No intentó sacarla del hospital. Después del intento fallido de esta tarde, se detuvo en la calle del hospital donde no lo podían ver. ¿Qué hacemos con eso?

Levi Segal, un ex agente antiterrorista de las Fuerzas de Defensa de Israel y el jefe de su equipo táctico de Medio Oriente, habló. —Podría estar trabajando para Kazi, como afirman nuestras fuentes, o podría estar trabajando para algún jugador desconocido en el lateral. O tal vez se ha vuelto pícaro. Independientemente, el hecho de que trató de adquirir a la Sra. Hamilton mientras ella estaba lejos del hospital demuestra que está manteniendo un perfil bajo.

—Mi instinto me dice que Kazi está detrás de esto —dijo Shields. —No creo que Qassim arriesgaría su vida traicionando a su jefe. Sabes lo que le pasaría si Kazi lo pillara pluriemplado.

Kazi fue despiadado con quienes lo traicionaron.

El análisis de Shields tenía sentido para Derek. —Crees que está trabajando para Kazi y que Kazi está tratando de asegurarse de que nadie pueda atarlo a lo que sea que haya planeado.

—Hago.

Cross se puso de pie y se acercó a la cafetera para volver a llenarla. —Existe la posibilidad de que Qassim y sus hombres atacaran esa aldea, pretendiendo ser combatientes del EI para atraer a la Sra. Hamilton fuera de los muros del complejo.

Derek negó con la cabeza. —¿Cómo iban a saber que ella sería la voluntaria? Creo que es más probable que Hamzad se aprovechara de la situación creada por los combatientes del EI y le dijera a Qassim dónde estaría. Él presionó a Farzad para que aceptara el viaje y se ofreció como voluntario para ir con nosotros.

—Entonces, Kazi ordenó a Qassim que secuestrara a Jenna —dijo McManus. —Puedo creer eso. ¿Pero para qué?

El motivo era la pieza que faltaba.

—¿Qué podría querer Kazi de mí? —Jenna parecía abrumada y confundida. —Esto no tiene sentido.

Por un momento nadie habló.

Derek rompió el silencio. —Sean cuales sean sus razones, el premio tiene que ser grande para que se arriesgue a cruzar espadas con Cobra. Si hubieran intentado sacar a la Sra. Hamilton de mi vehículo, habría habido un tiroteo. Habría perdido hombres y yo podría haber muerto o herido.

Debe haberlo sabido y estar dispuesto a aceptar las consecuencias.

Cobra había estado trabajando en Afganistán desde el día en que se abrieron sus puertas y tenía una relación amistosa con Kazi. ¿Eso había cambiado?

—Kazi es una serpiente —dijo McManus.

—Me parece que lo más importante es sacar a la Sra. Hamilton del país —dijo Segal. — Podemos arreglar la relación de Cobra con Kazi una vez que ella esté fuera de su alcance. Hasta entonces, ella es vulnerable, y eso significa que nosotros somos vulnerables como organización.

Las cabezas asintieron, todas excepto la de Jenna.

Parecía perdida, conmocionada, miserable.

—Quiero una estrategia viable para evacuar a la Sra. Hamilton mañana a cero ochocientos. — Derek se puso de pie, poniendo fin a la reunión.

El personal regresó a sus escritorios.

Solo quedó Jenna. —¿Regresaré a los Estados Unidos, entonces?

Lo siento, Jenna. Sé que no es lo que querías. —Derek se acercó a ella y se sentó en el borde de la mesa de conferencias. —Antes de que Kazi fuera nombrado gobernador, era carnicero. Mató a nuestros enemigos, por lo que Estados Unidos lo recompensó y lo hizo poderoso. Si está dispuesto a matarme para llegar a ti, eso es una mala noticia.

Jenna se puso de pie. —Gracias por salvarme el cuello ayer, pero no quiero que tú ni nadie más muera por mí.

Derek también se puso de pie. —Nada de esto es tu culpa. Incluso si este es el resultado de lo que hiciste por esa niña y su bebé, no es tu culpa. Viniste aquí con las mejores intenciones. Has salvado vidas. Has hecho más que la mayoría de la gente.

Ella no parecía reconfortada por esto. —¿Farzad cree que soy malvado ahora?

Derek negó con la cabeza. —Él se preocupa por ti, Jenna. Dijo que pensaba que eras una mujer valiente. Quería que te dijera adiós y que todos te deseaban lo mejor.

La barbilla de Jenna tembló, las lágrimas corrieron por sus mejillas. —Yo también me preocupo por él.

Sin saber qué hacer, Derek la atrajo a sus brazos.

Cross intervino. —Oye, jefe, yo... Oh. Lo siento.

Jenna se apartó. —Voy a volver a mi habitación, si puedo encontrar el camino.

Derek se acercó a Cross, se aclaró la garganta, luchando por no morder la cabeza del tipo. — Está enfadada.

—Apuesto.

—¿Qué deseas?



JENNA ENCONTRÓ en su camino de regreso a su habitación, se hundió en su cama y miró al techo, las lágrimas corrían por las comisuras de sus ojos y bajaban por sus sienas. Pensó en Farzad, Marie y Delara, Lailoma y todos los demás estudiantes. Probablemente nunca los volvería a ver.

Había llegado a sentirse como en casa allí, a pesar de las duchas tibias, la falta de café y la extrañeza de llevar ropa cubierta y no poder hablar con los hombres. Había sido parte de algo más grande que ella misma, parte de un esfuerzo por salvar las vidas de mujeres y niños y ayudar a Afganistán a recuperarse de una guerra sin fin.

Ahora, ella regresaría a los Estados Unidos debido a algún maldito señor de la guerra. ¿Qué

quería él de ella? ¿Qué había hecho ella para enfurecerlo? ¿Qué haría él si la atrapaba?

Nadie sabía.

Ella no tenía miedo. Derek no permitiría que le pasara nada. Estaba rodeada de toneladas de hormigón, acero, alambre de púas y operativos rudos. Pero al menos sería bueno saber por qué había sucedido esto.

¿Qué haría ella ahora?

Podía conseguir un trabajo en casi cualquier lugar. Vendió su condominio antes de venir, poniendo el dinero en ahorros. Tendría que encontrar un trabajo, comprar un lugar y empezar de nuevo. Eso es lo que habría hecho dentro de dieciocho meses.

Deja de sentir pena por ti mismo.

No era propio de ella meditar o tumbarse, así que se levantó, hizo su cama y desempacó sus pertenencias. Allí, cuidadosamente guardada en una de las cajas, estaba la foto de su yo de infancia que Derek le había dado, y debajo había una nota.

La abrió y reconoció la letra de Marie.

Querida Jenna,

Todos tememos por ti y estamos tristes porque no volverás con nosotros. Las chicas están desconsoladas. Creo que eras su maestro favorito. Espero que usted y yo podamos volver a encontrarnos algún día, tal vez en París. De todas las parteras con las que he trabajado durante mis casi dos años aquí, usted fue la mejor. Tu compasión y coraje son un ejemplo para todos nosotros. Esté bien y manténgase a salvo.

Marie

Las lágrimas empezaron de nuevo, pero esta vez fueron agrisadas. Había aprendido mucho de Marie y de la gente de Afganistán: sus estudiantes, Farzad, las mujeres que vinieron al hospital y las que conoció en las aldeas. Trabajar aquí la había cambiado, la había hecho más fuerte, más resistente.

Antes de venir a Afganistán, pensaba que una semana con cinco partos era muy ocupada. Aquí, a veces había atrapado a cinco bebés en un solo día. En casa, nunca habría pasado un día sin ducharse o sin maquillarse. Aquí, no siempre había tenido tiempo para ducharse y rara vez se ponía algo más que crema hidratante en la piel. Aun así, nunca se había sentido mejor consigo misma como mujer.

Guardó la preciosa carta junto con la foto en su bolso, donde estarían a salvo, luego terminó de desempacar. No tenía idea de cuánto tiempo estaría aquí, pero bien podría sentirse como en casa.

A la hora del almuerzo, tenía todo arreglado. Fue en busca del comedor. Ella todavía no sabía cómo moverse, pero estaba empezando a entenderlo. Cada habitación tenía una combinación de letras y números con la letra que representaba el propósito de la habitación. Entonces, las habitaciones residenciales tenían números que comenzaban con R, mientras que la designación de la sala de conferencias comenzaba con una C.

M-002.

¿M de comedor?

Abrió la puerta y entró, para encontrar a Derek desnudo en la ducha.

Oh. Mi. Dios.

Sabía que no debería mirar, pero no pudo evitarlo. El agua se derramaba sobre la piel suave y las cicatrices, su cuerpo era todo músculo desde sus pectorales hasta un paquete de ocho y sus

poderosos muslos, sus pezones planos y marrones. Su polla perfecta colgaba, gruesa y sin cortar, de un nido de rizos castaños claros, sus testículos pesados.

¡Deja de mirar su basura, por el amor de Dios!

—¿Necesitas algo? —Cerró el agua y tomó una toalla.

El calor se apoderó de su rostro y de su vientre. —Lo siento. Estoy lujuriosa... perdida. Pensé que la M era para 'Mess Hall'.

—Vestuario de hombres. —Frotó la toalla sobre su pecho y brazos, sin hacer ningún esfuerzo por ocultarle ninguna parte de sí mismo.

—Entendido. Mierda. Bueno. Lo siento. —Dio un paso atrás.

—Jenna, está bien. —Claramente estaba luchando por no reír. —No me avergüenzo fácilmente. Me sorprende que lo haga, dado su trabajo.

—Trabajo en la salud de la mujer, no en penes. No, yo... ”Salga mientras esté atrás. —Te veré más tarde.

Se apresuró a salir de la habitación, su voz la siguió hasta la puerta.

—El comedor está en el sótano.

CAPÍTULO 12

Derek se vistió y volvió al trabajo, ambos divertidos por la reacción de Jenna e incómodamente cachondos. No podía apartarla de su mente, no cuando tuvo una conferencia privada con Corbray, no cuando leyó los informes de inteligencia del Pentágono sobre Qassim, no cuando fue al campo de tiro para practicar tiro al blanco específicamente para sacarla de su cabeza.

¿Cómo podía un hombre olvidar a una mujer atractiva que lo miraba con tanta lujuria en los ojos? Sí, ella le había dado una buena y dura mirada, su mirada fija en su polla, y la expresión de su rostro había sido pura hambre sexual.

El hecho de que se hubiera puesto tan nerviosa después también era interesante. Esperaría que una mujer que trabajaba en el cuidado de la salud reproductiva no se sintiera perturbada por las pollas. Pero su rostro se había sonrojado de un rosa brillante y había dicho cosas que no había querido decir.

Estoy lujuriosa... perdida.

Sí, ella era lujuriosa, por él. Nunca se había colgado de una mujer como esta. Claro, se había sentido atraído sexualmente por muchas mujeres, pero no andaba pensando en ellas todo el puto día.

Trabajo en la salud de la mujer, no en penes.

Casi lo perdió y comenzó a reír en ese momento. Ella podría haber dicho atención médica para hombres o salud reproductiva masculina o casi cualquier cosa, pero aparentemente su polla había sido lo más importante en su mente. Eso estaba bien para él.

Quizás era hora de hacer algo al respecto. Eran adultos y estaban calientes el uno por el otro. Quizás lo mejor para ambos sería sacarlo de sus sistemas jodiendo el cerebro del otro.

Ella es la hermana pequeña de Jimmy. Eres su guardaespaldas. Estás en un lugar de trabajo.

Estas fueron tres excelentes razones para mantener su pene en los pantalones. ¿Qué tipo de ejemplo daría si él, uno de los propietarios de Cobra, rompiera las reglas mientras estaba en el trabajo?

No es como si pudiera ocultar lo que estaba pasando. Estaba en un edificio lleno de operativos y especialistas en inteligencia. No hubo secretos.

Nada de esto fue suficiente para evitar que le enviara un mensaje de texto a Jenna esa noche y se ofreciera a darle un recorrido por el lugar.

No quiero que te pierdas.

No, no había sido necesario agregar eso último, pero había sido divertido.

¿Dónde debería encontrarte?

Iré hacia ti.

Fue a su habitación, llamó.

Ella abrió la puerta. —Oye.

Por alguna razón que él no pudo comprender, ella tuvo problemas para mirarlo a los ojos.

Trató de no sonreír. —¿Estás listo?

Él le dio el mismo recorrido que le dio a los senadores estadounidenses, funcionarios del Pentágono y presidentes, mientras la tensión sexual zumbaba entre ellos como un cable vivo. De

alguna manera, logró mantenerse en el tema. —Tenemos cerca de quinientos empleados y operativos repartidos en ocho centros de operaciones importantes en todo el mundo.

—¿Antártida?

Él rió entre dientes. —No.

Le mostró la enfermería, el gimnasio, el campo de tiro, las celdas de detención y el armario de armas en el nivel inferior. —Todo esto es equipo de misión crítica. Nuestro armero se asegura de que esté listo para funcionar en cualquier momento.

—Guau.

Supongo que encontraste el comedor.

—Sí.

Luego le mostró el cuartel, abriendo una habitación vacía para que ella pudiera echar un vistazo.

—Parece una celda de prisión.

—Nada lujoso, solo una cama, un lavabo y un inodoro. La mayoría de los operativos se quedan solo una semana a la vez.

Ella le sonrió y finalmente hizo contacto visual. —Mi habitación es mucho más bonita.

Espera a ver el mío. Yo soy el jefe, ya sabes. —La llevó al ascensor y hasta el cuartel. Corbray y yo usamos esta habitación siempre que uno de nosotros está aquí. Se queda en DC la mayor parte del tiempo para estar cerca de Laura, su esposa. Él encabeza su equipo de protección.

—Fue secuestrada por al-Qaeda, ¿verdad?

—Secuestrado, preso durante dieciocho meses brutales, golpeado, violado. Afirmaron que estaba muerta. Corbray la encontró durante una redada de los SEAL y la llevó a casa. Apenas sabía quién era. Todavía recibe la ocasional amenaza de muerte.

Laura Nilsson era una de las personas más fuertes que Derek conocía.

—¡Pobre mujer! Es una maravilla que no haya quedado embarazada.

Derek pasó su tarjeta de acceso pero no dijo nada. No era su historia para contar.

Abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar entrar a Jenna, reprimiendo una sonrisa ante su sorpresa. —Hogar dulce hogar.

—Parece una oficina con una cama.

—Eso es más o menos lo que es. Puedo ver todas las transmisiones de seguridad y los monitores en la sala de operaciones, así como comunicarme con todos nuestros centros de operaciones desde aquí.

—Entonces, puedes trabajar en pijama. Eso debe ser agradable.

—No uso pijama.

Un rubor ardiente se apoderó de sus mejillas y apartó la mirada. —Lamento lo que pasó hoy.

—No tu no eres. —No iba a dejarla ir fácilmente.

Su mirada se movió bruscamente hacia la de él, indignación en su rostro. Ella abrió la boca para objetar, pero él la interrumpió. No jugaría ese juego.

—Las personas que lo lamentan no miran. Estás tan atraído por mí como yo por ti. Si los dos no nos esforzáramos tanto por seguir las malditas reglas, estaría jodiéndote...

Nunca terminó porque Jenna saltó a sus brazos y lo besó.



EL SENTIMIENTO de los labios de Derek contra los de Jenna fue como la respuesta a una oración.

Si había tenido algún temor de que él no aceptara lo que le estaba ofreciendo, lo olvidó cuando él la aplastó contra él, respondiendo a su beso con el suyo, su pequeño gruñido de aprobación era afrodisíaco. En un abrir y cerrar de ojos, ella estaba colocada sobre él: el aroma picante de su piel, la sensación dura de él, el calor de sus labios sobre los de ella.

La tomó en sus brazos y la llevó unos pasos hasta su cama, el poder de su cuerpo haciendo ronronear sus ovarios. Él se estiró por encima de ella, sus caderas entre sus muslos, su mirada buscando la de ella. —¿Estás seguro?

—Dios, sí. —Se sacó la camisa por la cabeza y la dejó caer al suelo para llevar el punto a casa, un escalofrío la recorrió cuando su mirada se posó en su sostén.

Oh, cómo deseaba no haberse puesto uno hoy.

Ella comenzó a desabrocharse el broche delantero de su sostén, pero él la agarró de las manos.

—Permítame. —Estiró los brazos por encima de la cabeza en un gesto de rendición.

—Dios, Jenna. —Fruunció el ceño y se balanceó hacia atrás sobre los talones, con sus grandes manos ahuecando sus pechos a través del encaje. —Me encantan tus pechos.

Le dio un golpecito en los pezones con los pulgares, haciéndolos apretarse contra la tela, escalofríos de placer la recorrieron, el fuego en su mirada tan excitante como su toque. Luego desabrochó el broche con un solo movimiento rápido, le quitó el sujetador y bajó la boca hasta un pezón dolorido.

Ella gimió, arqueándose para alimentarlo más de ella, cada tirón de sus labios y cada movimiento de su lengua hacía que su útero se tensara e inundar su vientre con calor líquido. Ella deslizó sus dedos en su cabello, su boca se movió de un pezón al otro y viceversa hasta que ella estuvo casi retorciéndose en la cama, meses de necesidad sexual reprimida desatada.

De repente, se puso de pie, se quitó la pistolera y el arma de fuego, se sacó la camisa por la cabeza y la tiró. Luego se quitó los pantalones y, con ellos, las botas y los calcetines, agachándose para dejarle ver su increíble culo. Y ahí estaba, todo ese hermoso terreno masculino que había visto esta mañana.

Esta vez, dejó que su mirada vagara hacia donde quisiera: la cicatriz de bala en su pecho, los planos de sus picotazos, sus anchos hombros, las protuberancias de sus bíceps, las crestas y valles de su vientre, la longitud de su impresionante erección.

Necesitaba quitarse los pantalones ahora mismo. Se agachó con manos temblorosas para desabrocharse los vaqueros, muy feliz cuando Derek se hizo cargo. Él tiró de ellos por sus piernas y los tiró al suelo y luego se estiró a su lado.

—Dios, eres hermosa. —Su mirada se movió sobre ella, el deseo en su rostro hizo que Jenna se sintiera como la mujer más sexy del mundo. Pasó la mano desde su pecho hasta la parte interna del muslo, provocándola con las palmas callosas, haciéndole cosquillas con las yemas de los dedos, rozándola con los nudillos. —Tu piel es tan suave, como la seda.

—El tuyo también. —Ella exploró su pecho, el vello de su pecho castaño claro raspando contra sus palmas, sus pezones apretados bajo sus dedos.

Luego la besó, lenta y profundamente, sus dedos encontrando su clítoris hinchado, acariciándola, volviéndola loca. —Quiero saborearte.

—Ayudar a sí mismo. —¿Pensó que ella iba a decir que no al sexo oral?

Él se rió entre dientes, un sonido cálido, luego bajó los labios a su garganta, mordisqueando y lamiendo su camino por su cuerpo, los besos extendieron fuego sobre su piel. Cuando pasó por su ombligo, agarró una almohada y la empujó debajo de sus caderas, levantando su trasero de la cama.

Dejó que sus muslos se abrieran, exponiéndose a él, sin retener nada.

Deslizó sus manos por la parte interna de sus muslos, su mirada fija en su yo más privado, el hambre desnuda en su rostro. —Tan sexy.

Jenna apenas podía respirar cuando él se situó, su mirada se encontró con la de ella por un momento antes de que separara sus labios y succionara su clítoris en su boca.

El aliento dejó sus pulmones, sus caderas se sacudieron ante el dulce impacto, sus dedos se enroscaron en su cabello. —Oh. Mi. Dios.

Fue una bendición. Fue una tortura. Le estaba volviendo loco.

Jenna trató de relajarse, de saborearlo, pero él era demasiado bueno en esto, el placer aumentaba demasiado rápido para que ella se mantuviera al tanto. No podía pensar, no podía decir una sola palabra coherente, jadeando y gimiendo mientras Derek la acercaba más y más al borde con sus labios y lengua, llevándola a toda su boca, succionándola. Él deslizó un dedo dentro de ella, estirándola, acariciándola.

El calor se tensó en su vientre y explotó.

Se corrió con un grito, el clímax la atravesó, la empapó de felicidad, la dejó sin aliento y flácida. Sintió que tiraba de la almohada de debajo de sus caderas y abrió los ojos para encontrarlo sonriéndole, con las pupilas dilatadas y una sonrisa arrogante en sus labios húmedos.

—Me gusta tu sabor. —Cogió algo: un condón.

Su corazón se derritió. Con la mayoría de los hombres, tenía que preguntar.

Ella confiaba en él. —Si te han hecho la prueba, no necesitas eso. Me hicieron la prueba antes de venir aquí y tengo un DIU.

—Me hicieron la prueba hace tres meses y no he estado con una mujer desde entonces. —Dejó caer el condón y le dobló las rodillas hacia atrás, abriéndola para él.

Ella tomó su polla, acarició su dura longitud, luego lo guió dentro de ella.

—Te quiero, Jenna. —La penetró con un solo empujón sedoso, llenándola, estirándola, haciéndola gemir. Sus ojos se cerraron, el aliento abandonó sus pulmones en una exhalación larga y lenta. —Cristo.

Luego comenzó a moverse.



DEREK SE HABÍA OLVIDADO lo que se siente al tener relaciones sexuales sin condón. Jenna se sentía tan bien, resbaladiza, apretada, caliente. Su cabeza estaba llena de ella, su sabor fresco en su lengua, su aroma por toda su piel. Pero si no tenía cuidado, se avergonzaría. No era un hombre diminuto.

Sigue diciéndote eso.

Abrió los ojos, miró su dulce rostro, deseando que su cuerpo se relajara, tomándolo con calma y calma. Quería hacerla correrse de nuevo. Quería ver su cara cuando el clímax la golpeará. Quería verla perder el control.

Pero ahora mismo, él era el que estaba al borde del abismo.

Ella se agachó para acariciarse a sí misma, la vista de sus dedos en su clítoris envió una onda expansiva de lujuria a través de él.

Santo infierno.

Amaba a una mujer que conocía su propio cuerpo y tomaba lo que necesitaba. Eso no significaba que no quisiera ayudar.

—Permítame. —Inclinó las caderas para que su hueso púbico tocara el de ella y luego se aplastó contra ella en círculos lentos, su polla enterrada profundamente dentro de ella.

—¡Oh! —Su respuesta fue inmediata, su gemido erótico, sus ojos se cerraron a la deriva, sus manos se deslizaron por sus brazos para descansar sobre sus bíceps.

Manteniéndose así sobre ella, no podía succionarla, esos hermosos pechos con sus pezones oscuros se balanceaban más allá del alcance de su boca. Pero podía ver todo: su polla entrando y saliendo de ella, el rubor rosado que se deslizaba por su piel, sus pechos hinchados con sus pezones fruncidos, el deleite carnal en su rostro.

Ella se dio cuenta rápidamente, moviéndose con él, sus caderas igualando sus movimientos.

Luchó contra el instinto de empujar, dejándola tomar todo lo que necesitaba, su cuerpo una herramienta para su placer sexual. Su respiración se había vuelto irregular, cada exhalación era un gemido ahora, sus uñas mordían su piel como diez navajas pequeñas, el dolor era dulce.

—¡Oh, Dios, Derek! —Sus ojos se abrieron de golpe, la felicidad iluminó su hermoso rostro, sus miradas se cruzaron mientras se corría.

Derek lo atravesó con ella, manteniendo el ritmo, el corazón le latía con fuerza en el pecho, una emoción que no podía nombrar se hinchaba detrás del esternón.

Le dio un minuto para recuperarse, manteniéndose inmóvil dentro de ella.

Sus ojos se cerraron por un momento, luego lo miró una vez más, con una sonrisa de satisfacción en los labios. —Estas muy lejos. Ven aca.

Ella lo atrajo hacia ella, lo besó con fuerza en la boca, le pasó las manos por la espalda y le rodeó la cintura con las piernas.

Derek se dejó ir. Comenzó lentamente, la necesidad de que ella lo condujera hasta que la golpeó, su autocontrol hecho jirones. Sus bolas se tensaron y se hizo añicos.

—Jenna.

El orgasmo lo golpeó con la fuerza de una corriente de fondo, abrasándolo y dejándolo flotar como cenizas en el viento.

Por un momento, se quedaron allí juntos, sin aliento, con los corazones latiendo al mismo tiempo.

La conciencia de Derek regresó pieza por pieza: la suave sensación de los pechos de Jenna contra su pecho, la caricia de sus dedos a lo largo de su columna, el olor almizclado del sexo. Sólo cuando su erección comenzó a desvanecerse se apartó de ella.

Se acostó a su lado, la atrajo a sus brazos, su cuerpo repleto, su mente en blanco. Ella se acurrucó contra él, su cabeza apoyada en su hombro, los dedos de una mano trazaron distraídamente el vello de su pecho.

—Nunca había venido así antes. Siempre tuve que cuidarme si quería llegar al clímax a través de la penetración vaginal.

Derek sonrió ante su elección clínica de palabras. —Entonces, el neurocirujano es bueno con un bisturí pero no tiene ni idea de su pene.

¿No se acaba de figurar?

Jenna se rió. —Tampoco era tan bueno con la gente, sólo inteligencia.

—Entonces me alegro de que esté fuera de tu vida. —Derek se sorprendió al darse cuenta de que realmente lo decía en serio. —Mereces mas.

Ese fue el último pensamiento coherente que tuvo Derek antes de quedarse dormido, con Jenna cálida y suave a su lado.

Zumbido. Zumbido. Zumbido.

Abrió los ojos, Jenna profundamente dormida en sus brazos y vio la luz en su pantalla principal parpadeando.

¡Mierda!

Era el momento de su sesión de estrategia nocturna con Corbray.

Salió de la cama completamente desnudo, dejando a Jenna durmiendo, y se conectó, el rostro de Corbray llenando la pantalla. Trató de bloquear la vista de la cámara. —¿Puedo devolverte la llamada en diez?

Jenna se sentó, somnolienta y confundida, la sábana cayendo hasta su cintura. —¿Qué... oh!

Tiró de la sábana hasta la barbilla con un pequeño chillido.

Corbray lo miró, su expresión le decía a Derek que lo había visto todo. Llámame cuando estés solo y, hermano, ponte unos malditos pantalones. ¡Madre de Dios!”

CAPÍTULO 13

Derek regresó a la cama y se sentó junto a Jenna. —Lo siento por eso. Ese es Javier Corbray, mi socio comercial .

—Lo supuse. —Dejó caer la sábana y extendió la mano para apoyarla en su muslo—. ¿Te metí en problemas?

—No, lo hice yo mismo. —No debería haber respondido.

Corbray parecía enojado.

—Por favor, no digas que lo sientes. —Había una vulnerabilidad en su rostro que tiró de él—. Lo que hicimos significó algo para mí.

Derek sabía que debería sentirse culpable. Había roto las reglas de Cobra, no solo por tener relaciones sexuales en el trabajo, sino por tener relaciones sexuales con un cliente que también era la hermana pequeña de Jimmy. Pero todo lo que Derek podía sentir era una profunda sensación de satisfacción.

Estás tan jodido.

—No lo siento. —Él apartó un mechón de cabello de su mejilla, sabiendo que tenía que ser honesto ahora o arriesgarse a lastimarla más tarde—. Yo también lo disfruté.

¿Disfrútala? Demonios, había sido el mejor sexo por primera vez que había tenido.

—Jenna, yo no hago relaciones. Necesitas entender eso por adelantado. No quiero engañarte o lastimarte o hacerte pensar que hay un futuro para nosotros, porque no lo hay. Me preocupo por ti. Yo siempre. Eres inteligente y hermosa, y eres increíble en la cama. Pero no puedo prometerte...

—No te preocupes. —Ella sonrió—. No iba a proponer nada ni nada.

Él rió entre dientes. —Necesito llamar a Corbray. Primero te acompañaré de regreso a tu habitación.

Buscó su ropa y se vistió, luego se abrochó la funda. Podría parecer que estaba listo para volver al trabajo, pero olía a Jenna.

Ella se vistió rápidamente. —¿Te veré de nuevo esta noche?

Estaba en la punta de su lengua para decirle que esto no podía volver a suceder, que su sexo había sido algo excepcional, pero que no quería. —Estaré trabajando hasta tarde. Tenemos mucho que hacer antes de la reunión de mañana por la mañana. Veré cómo estás después.

Cuando terminó de vestirse, él miró hacia el pasillo.

—¿Está despejada la costa?

—Sí. Ven. —La llevó al ascensor y bajó un piso, con cuidado de ver lo que decía y luchando contra el impulso de besarla o al menos tomar su mano.

Había cámaras en los ascensores.

—La cena se sirve de mil ochocientos a diecinueve y media. Si se da prisa, no se lo perderá. ¿Sabes el camino de regreso a tu habitación desde aquí?

—Sí. —Las puertas del ascensor se abrieron y ella salió con una sonrisa tan sexy que apareció en sus labios. —Gracias por la gira. Eso fue increíble.

Las puertas se cerraron y, por un momento, Derek se quedó allí como un idiota, olvidándose de pulsar el botón.

Consígalo juntos, hombre.

Volvió a subir a su suite, se lavó la cara con agua fría para eliminar el coma sexual persistente y luego se conectó al sistema.

Corbray respondió al primer timbre. —Mejor que no haya sido quien yo creo que era, o tú y yo vamos a tener dificultades.

—Déjalo caer.

—No, hombre, no puedo. Jenna Hamilton es una cliente, por el amor de Dios. No follamos a nuestros clientes. Eso está en el libro de reglas que ayudaste a escribir. Si rompes las reglas, ¿cómo puedes esperar hacerlas cumplir?

—Fuimos discretos.

—Discreto. Correcto. —Corbray resopló—. Estás en un complejo con un grupo de expertos y analistas de inteligencia. ¿Crees que no lo saben? Tienes que mantener la cabeza en el juego, cabrón. ¿Qué sucede cuando arrojas a la Sra. Hamilton a un lado como siempre haces con las mujeres cuando has tenido suficiente? ¿Qué pasa si le rompes el corazón y ella corre hacia su papá?

Ahora Derek estaba enojado.

¿Corbray está pegando demasiado cerca de casa?

—Ella nunca correría hacia su padre. —Y Derek no quería lastimarla.

Ella no era como las demás. Ella no era solo el mejor sexo por primera vez que había tenido. Había algo en ella, algo más que sexo...

¿Te estás escuchando a ti mismo?

Quizás Corbray tenía razón. Necesitaba recuperar la cabeza en el juego.

Cambió de tema. —Si ha leído el informe de nuestra reunión de esta mañana, entonces sabe que creemos que Kazi está detrás de esto.

—Si eso es cierto, es un gran problema para nosotros y para ella.

Habían construido su base principal en Afganistán en Mazar-e-Sharif debido a su relación con Kazi. Aquí tenían millones de dólares en vehículos, computadoras, armas pequeñas y otros equipos. Si Kazi se había vuelto contra ellos, estaban en problemas.

—Nuestra prioridad es sacar a Jenna... Sra. Hamilton... de la provincia y el país. Tenemos una reunión de estrategia mañana a las ochocientas cero.

—He llamado a algunos músculos para que me ayuden. Vas a necesitar más botas en el suelo. Y, Tower, no se equivoque, si perdemos a la Sra. Hamilton, perdemos la empresa y terminamos definitivamente del negocio.

De ninguna manera en el infierno Derek iba a perder a Jenna.

Corbray siguió adelante, repasando sus operaciones actuales una por una. —Nuestro destacamento de seguridad ha despejado la embajada en Venezuela, por lo que el equipo diplomático llegará mañana.

Los operativos en Yakarta habían notado un aumento en el número de excombatientes del EI que intentaban reclutar en Indonesia y lo habían informado al Pentágono. Un hotel de propiedad estadounidense en Kenia había solicitado personal de seguridad y capacitación a raíz de otro ataque terrorista en Nairobi.

Entonces Corbray lanzó una bomba. —Holly está embarazada.

—¿Qué?

—¿Sabes lo que eso significa, verdad, bebé en la barriga, bollo en el horno?

—Se lo que significa.

Corbray se rió entre dientes. —Estaba hablando por teléfono con Andris cuando Holly se lo

dijo. Ella estaba en completo pánico, diciéndole que quería una epidural. Él le dijo que tendría que esperar hasta que tuviera el bebé para eso.

Derek estaba feliz por ellos. —No más despliegues para ella por un tiempo.

—Ella está en servicio liviano en Estados Unidos, con vigencia inmediata. Tenemos que seleccionar a alguien para que la sustituya.

—Sí. Correcto. —Eso iba a ser difícil—. ¿Qué más tienes para mí?



JENNA SE PUSO DE PIE en el ascensor en su camino hacia el comedor, reviviendo el último par de horas en su mente. El tirón de la boca de Derek en sus pezones. El roce de su barba en su piel mientras besaba su camino por su cuerpo. La dicha de él cayendo sobre ella, golpeándola. La emoción de tener todo ese hombre y músculo concentrado únicamente en ella.

No olvides el mayor orgasmo que jamás hayas tenido.

No, ella no lo olvidaría. ¿Cómo pudo ella? Su cuerpo seguía cantando, la humedad entre sus muslos era un dulce recordatorio de lo que habían hecho.

Jenna estaba asombrada de que un hombre que había pasado toda su vida adulta en la guerra pudiera ser tan tierno, tan minucioso, tan condenadamente bueno en la cama. Era una fantasía hecha realidad.

Señor ten piedad.

Sabía que su tiempo con él terminaría más temprano que tarde. Ella escuchó cada palabra que él dijo después. Sabía que Derek no era el tipo de hombre que planeaba establecerse y no tenía idea de dónde estaría mañana. Una vez que Cobra la sacara de Afganistán, probablemente nunca volvería a verlo.

Ese es un pensamiento deprimente.

Era la verdad y necesitaba aceptarla.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

Ahora conocía su camino, en su mayoría, y encontró el camino hacia el comedor. Parecía que la mayoría de la gente ya había ido y venido, bandejas apiladas ordenadamente encima de los contenedores de basura, algunas personas sentadas en las mesas.

Jenna tomó una bandeja, cubiertos y un plato y pasó por la fila, pidió los espaguetis y luego visitó la barra de ensaladas. Se sentó sola cerca de la puerta y acababa de extender su servilleta de papel en su regazo cuando una mujer que reconoció de la reunión de esta mañana se acercó a ella, bandeja en mano.

—¿Te importa si me uno? o Les importa si me uno?

—Por favor.

—Soy Elizabeth Shields. Estuve en la reunión esta mañana. —Elizabeth no se parecía a la idea de Jenna de un analista de la CIA, con su largo cabello rubio rojizo, su cara bonita y sus ojos azules. Por otra parte, ¿qué sabía Jenna sobre la CIA?

—Recuerdo.

Elizabeth tomó su tenedor. —Entonces, eres partera. ¿Como es eso?

Jenna describió el trabajo que hizo, desde los controles médicos de la mujer hasta la atención prenatal, los exámenes de detección de ITS y la anticoncepción y la asistencia a los partos. Elizabeth escuchó y pareció fascinada por ello, haciendo muchas preguntas, que Jenna respondió lo mejor que pudo. En poco tiempo, se sintió como si ella y Elizabeth se conocieran desde hacía

años.

Luego, la conversación pasó del trabajo de Jenna al tiempo de su hermano con los Boinas Verdes y luego a Derek. Pero no era el lugar de Jenna decirle a Elizabeth cómo su hermano había muerto salvando la vida de Derek. Esa era la historia de Derek para contar.

Elizabeth se inclinó. —¿Crees que es guapo?

Jenna la miró fijamente. —¿Derek?

—¿Quién más? Venga. Usted me puede decir. Aquí solo somos las chicas.

—Yo... uh... Claro.

—Oh vamos. Tienes algo por él y él también se siente atraído por ti.

El calor se apoderó de las mejillas de Jenna.

Quinn McManus, el escocés alto y pelirrojo, se acercó a ellos de camino a la línea de comida. Ten cuidado cuando hables con Lilibet. Ella es una experta en inteligencia humana. Te hará compartir tus secretos más profundos y pensar que fue idea tuya.

Elizabeth lo fulminó con la mirada. —Estamos disfrutando de un tiempo de unión femenina.

—¿Estás ahora? —Con eso, McManus se volvió y se alejó, con una sonrisa en su rostro áspero—. Con usted, es difícil de decir.

Jenna miró directamente a los ojos de Elizabeth. —¿Fue todo esto una expedición de pesca para obtener información sobre Derek?

Elizabeth se metió un tomate cherry en la boca y lo masticó. —Oh, cariño, todos sabemos que ustedes dos tienen algo el uno por el otro. He trabajado con Derek durante algunos años y nunca lo he visto mirar a ninguna mujer de la forma en que te mira a ti. En cuanto a ti, eres un libro abierto. Cada emoción que sientes está ahí en tu cara.

A Jenna no le gustó eso. Ella no quería ser el libro abierto de nadie, y estaba segura de que no quería causarle problemas a Derek.

Ella se obligó a reír. —Supongo que tu radar de la CIA está roto. Derek y yo solo somos amigos. Hablar de mi hermano nos trajo muchos recuerdos a los dos. Eso es todo lo que es.

Elizabeth le dio a Jenna una sonrisa contrita. —Lo siento. No quiero ser entrometido o hacerte sentir incómodo. No es asunto mío. Somos las únicas mujeres en este edificio, y creo que extraño tener a alguien con quien hablar.

Jenna podía entender eso. —Muchas mujeres te envidiarían. Estás rodeado de tipos altos y musculosos todo el día todos los días.

Oh, sí, Jenna se había dado cuenta. ¿Cómo podría no hacerlo?

Quinn McManus con su cabello y barba rojos y su arrogancia escocesa. Malik Jones con su cabello corto y oscuro, rostro expresivo y piel cobriza. Dylan Cruz con sus rasgos mixtos afrolatinos y un leve acento español. Connor O'Neal con su cabello oscuro, rostro de poeta y ojos azules.

—Es cierto, están calientes. —La mirada de Elizabeth se desvió hacia Quinn. —Pero no puedo conectarme con ninguno de ellos, no si quiero este trabajo. No se acercarán a mí.

¿Fue una reprimenda de Derek por tener sexo con Jenna?

Jenna cambió de tema. —¿Cómo llegaste a la inteligencia humana?

—Estudié justicia penal y postulé a la agencia después de graduarme. Me aceptaron y pasé por pruebas de aptitud. Decidieron que tenía las habilidades para los idiomas y la inteligencia humana. —Elizabeth miró su reloj. —Disparar. Tengo que ir. Tengo una reunión en cinco minutos. Fue divertido hablar. Quizás podamos almorzar mañana. Normalmente estoy aquí alrededor del mediodía.

Jenna no tenía nada más que hacer. —Seguro.
Elizabeth le dedicó una brillante sonrisa. —Hasta entonces.



DEREK HIZO su camino hacia la habitación de Jenna, sabiendo a cada paso que no debería estar haciendo esto. Corbray tenía razón. No tenía nada que hacer con Jenna o con cualquier otra mujer en este momento. Él tenía un trabajo que hacer y no incluía hacerlo con ella. No era la cosa más fácil de recordar con su olor todavía en su piel.

Solo necesitas ver como está.

Correcto. Eso fue justo.

No había mucho que hacer aquí, nada que pudiera interesar a Jenna, en cualquier caso. La había dejado sola toda la noche, trabajando hasta tarde con su equipo, analizando las opciones y buscando la mejor manera de sacar a Jenna a salvo de Afganistán y regresar a los Estados Unidos. Había tantas incógnitas.

¿Por qué la quería Kazi? ¿Cuántos hombres y recursos estaba dispuesto a comprometer para adquirirla? ¿Kazi sabía dónde estaba Jenna en este momento? ¿Cuál era la posición de Cobra con Kazi? Y aunque los expertos en inteligencia dijeron que había un noventa y ocho por ciento de probabilidad de que Qassim hubiera estado actuando bajo las órdenes de Kazi, eso aún dejaba un dos por ciento de posibilidades de que se hubiera vuelto pícaro o estuviera trabajando para otra persona.

Todo esto había hecho que Derek se sintiera incómodo y mucho más protector con Jenna de lo que solía ser cuando se trataba de un cliente. Este ya no era un trabajo más. Se había vuelto personal. Quería darle una paliza a Qassim y a Kazi.

Llamó a su puerta. —Es Derek.

Nada.

Llamó de nuevo. —¿Jenna?

—¡Viniendo! —Abrió la puerta con una bata blanca y los pies descalzos. —Acabo de salir de la ducha.

Quédate donde estás. No vayas a su habitación.

—No quiero retenerte. Solo quería asegurarme de que estuvieras bien. No estuve mucho esta noche y sé que no hay mucho que hacer aquí.

Estás trabajando en mi nombre. Yo sé eso. —Se pasó una mano por el pelo, desenredando los enredos. —Salí con Elizabeth. Fuimos al gimnasio y luego vimos 'Afghan Star', esa es su versión de 'American Idol'.

Derek sabía lo que era.

Dile buenas noches. Vamos.

—¿Puedo entrar?

Así se hace, amigo.

—Ojalá lo hicieras.

Sí, eres un maldito idiota.

Entró, cerró la puerta detrás de él, echó el cerrojo. —He pasado cada minuto desde que me fui de tu lado recordándome todas las razones por las que no debería venir aquí. Estoy trabajando. Eres la hermana pequeña de Jimmy. Eres mi cliente. Pronto estarás en un avión de regreso a los Estados Unidos. No hago relaciones. Siempre estoy en el extranjero. Esa es mi vida.

—Lo sé. —Se desató la bata y la dejó caer. —A mi modo de ver, todo lo que tenemos es ahora. Bien podríamos aprovecharlo al máximo.

La vista de ella envió un rayo desigual de lujuria atravesándolo, esos pechos perfectos, la curva de sus caderas, la mata de rizos oscuros entre sus muslos. Lo había probado todo y quería más, al diablo con las reglas.

La apoyó contra la pared y la besó, con fuerza. Ella le devolvió el beso, su urgencia coincidiendo con la de él.

Ella le bajó la cremallera, tomó su polla semidura en la mano, su toque lo llenó. —Ahora.

La levantó de un tirón, envolvió sus piernas alrededor de su cintura y se empujó dentro de ella, empujando con fuerza.

Fue como volver a casa.

Ella se arqueó contra la pared, moviendo sus caderas para que su polla frotara su clítoris con cada embestida. —Oh si.

Enterró su rostro contra el costado de su garganta, inhalando su aroma, sus caderas empujando con fuerza, sus músculos internos agarrando su polla como un puño, sus dulces gemidos presionándolo.

Más duro más rápido.

Jenna. Jenna.

La deseaba, la necesitaba, la necesitaba por completo.

Clavos afilados clavándose en su espalda. La sensación caliente y resbaladiza de ella. Sus piernas un vicio alrededor de su cintura. Sus gritos jadeantes.

Oh, se sentía tan jodidamente bien.

Luchó por aguantar, por durar lo suficiente para complacerla, pero su control se había deshilachado en un solo hilo, sus bolas ya tensas.

Ella gritó, rompiéndose en sus brazos.

Estaba justo detrás de ella, gimiendo de placer contra su piel suave, perdiéndose dentro de ella.

Por un momento, se quedaron como estaban, ambos respirando con dificultad, el corazón de Derek palpitaba en su pecho.

Levantó la cabeza y miró sus hermosos ojos.

Ella sonrió. —¿Sabes lo delicioso que es estar así?

—¿Qué quieres decir?

—Cuando estoy en tus brazos, me siento femenina, protegida.

Entonces, le gustaba el músculo. Bueno saber.

—Solo me gustaría señalar que eres femenina y estás en un recinto de seguridad, por lo que estás protegida.

—Hacerlo contra una pared como esta estaba en mi lista de deseos sexuales.

—Estoy feliz de ayudarte a tacharlo. —Se apartó de ella, la tomó en brazos y la llevó a la cama, sabiendo ahora que a ella también le gustaría. —Tal vez debería echar un vistazo a esa lista de deseos, mientras tenemos algo de tiempo.

CAPÍTULO 14

Jenna podría acostumbrarse a esto.

Derek la llevó a la cama, se hundió en el colchón con ella todavía en sus brazos, los dos riendo y rodando juntos en las sábanas.

Jenna se posó encima de él y se sentó a horcajadas sobre sus caderas. —Dios, amo tu cuerpo. Eres como una estatua griega, excepto que eres real. Solo quiero jugar contigo.

Sonrió y puso un brazo detrás de la cabeza. —No te detendré.

Jenna se complació a sí misma. Mientras él miraba, ella pasó sus manos por sus pectorales y abdominales, apretó sus bíceps. —Tu brazo es más grande que los míos juntos.

Testosterona. Hace que los hombres sean grandes, fuertes y estúpidos.

Ella rió. —Las mujeres también tienen testosterona, pero no tanto.

Escúchate a ti, la partera. Lo siguiente que me dirás es que los hombres tienen estrógeno.

—Lo hacen y sus niveles de estrógeno aumentan a medida que envejecen.

Él frunció el ceño. —Eso explica algunas cosas.

Entonces Jenna tuvo que preguntar. —¿De dónde sacaste esta cicatriz?

La cicatriz tenía forma de L y estaba cerca del hueso de la cadera izquierda.

—Hice un salto HALO y me voló contra un maldito poste de la cerca.

—Es bueno que no hayas sido empalado. —Besó la gran cicatriz de bala en el lado derecho de su pecho. Era más oscuro que las otras cicatrices, prueba de que era más nuevo que los demás. —Esto debe haber estado cerca de matarte.

—Hice una ronda tratando de proteger a Laura y pasé un tiempo en la UCI. Me dijeron que mi corazón se detuvo en la mesa de operaciones. Obviamente, lo volvieron a poner en marcha.

Gracias a Dios.

—¿Qué hay de este? —Pasó la yema del dedo por una delgada línea blanca debajo de sus costillas en el lado derecho de su vientre.

—Cuchillo. Algunos talibanes intentaron destriparme en un pueblo a las afueras de Jalalabad. Terminó muerto. Recibí una docena de puntos.

—¿Y éste? —Ella tocó con un dedo una herida en su hombro derecho.

—Bullet roze. Herido como un hijo de puta. —Él tomó su mano y le llevó los dedos a la mejilla derecha. —¿Sientes eso?

Debajo de su piel, había una pequeña hendidura.

—Ahí es donde me rompí el pómulo. Eso vino de Jimmy.

A Jenna se le hizo un nudo en la garganta.

Derek pasó una gran mano por la piel desnuda de su brazo. —Lo siento. ¿Eso te puso triste? Toda la felicidad se desvaneció de tu rostro.

—Sí, me entristeció, pero no de la forma en que piensas. La brutalidad de la guerra está escrita en todo tu cuerpo.

—Un peligro del trabajo.

Él podría ser capaz de ignorarlo, pero ella no podía. —Odio saber que estás en peligro todo el tiempo, arriesgando tu vida. Quiero decir, sé que eso es lo que estás haciendo por mí, y estoy agradecido, pero desearía que tu trabajo fuera más seguro.

—Analizamos los riesgos y hacemos todo lo posible para gestionarlos.

Ella se estiró encima de él, apoyó la cabeza contra su pecho, el corazón de él latía con firmeza debajo de su oreja, un brazo fuerte vino a rodearla. —¿Has pensado alguna vez en hacer otra cosa, algo menos peligroso?

—Realmente no. Me enlisté directamente de la escuela secundaria. No tenía interés en la universidad y no había forma de pagarla. No estoy seguro de ser bueno en otra cosa. Creo que ser un solitario me facilitó el sobresalir en operaciones especiales. Nunca tuve a nadie de quien preocuparme, nadie esperando en casa a que llamara, nadie que me dijera que no fuera o que me detuviera .

Quería decirle que podría haber más en su vida que trabajo y guerra, pero no quería parecer empalagosa. Trató de mantenerlo ligero. —Bueno, si alguna vez estás en Tombuctú o Hong Kong y quieres llamar a alguien para cotillear o hablar sobre lo que sea, no dudes en llamarme.

—Gracias. Recordaré eso. —Besó la parte superior de su cabeza. —¿Que pasa contigo? ¿Qué te inspiró a ser partera?

—Al principio, solo quería ser una enfermera registrada. A mi padre no le gustó la idea. Pensó que estaba por debajo de mí.

—Lo que solo hizo que lo quisieras más.

Ella sonrió. —Exactamente. Mientras estaba en la escuela, me atrajo el trabajo de parto y el parto. Me encantó la idea de ayudar a las mujeres a dar a luz de forma segura y dar la bienvenida a una nueva vida en el mundo. Entonces, obtuve mi maestría en enfermería y me convertí en enfermera partera certificada por el CNM.

—Te deben gustar los bebés.

—No hay nada como sostener a un recién nacido: los pequeños sonidos que hacen, sus olores, sus pequeños dedos y uñas.

—¿Quieres tener tus propios hijos?

—Un día, con el hombre adecuado. —Por un segundo, se permitió imaginar que Derek era el padre. Su útero se contrajo, claramente a favor de esta idea.

Le acarició el pelo. —Qué pareja tan divertida hacemos. Tú traes vida al mundo y yo la saco .

—Supongo que sí.

Ella se quedó dormida después de eso, despertando brevemente cuando él levantó las mantas. Ella se acurrucó más en él. Estás tan caliente.

Le acarició el pelo y volvió a besarla.

Eran las seis de la mañana cuando la dejó, besándola en la mejilla. Duerme, ángel. Te veré en un rato.

Ella estaba dormida de nuevo antes de que él cerrara la puerta.



"EM. HAMILTON, estos son Malik Jones, Connor O'Neal y Dylan Cruz. Corbray los envió para reforzar nuestra operación aquí. Jones sirvió como guardabosques del ejército. O'Neal se unió a nosotros después de una década en Delta Force. Cruz viene de ocho años sirviendo como SEAL .

Jenna estrechó la mano de cada hombre. —Muchas gracias.

—Para eso estamos aquí —dijo O'Neal.

—¿Tuviste un buen vuelo? —Preguntó Derek.

Jones sonrió. —¿Existe un buen vuelo?

—Deja de lloriquear, hombre. —Cruz le dio una palmada en la espalda. Trae un café a tu culo negro antes de que comience la reunión. Yo también necesitare un poco.

Jones sonrió. —¿Qué tal si sacas tu flaco culo puertorriqueño de mi camino?

Jenna pareció sorprendida por sus palabras.

Derek sabía cómo debía sonarle a alguien que no los conocía. —No se preocupe. Son los mejores amigos. Se dan mierda el uno al otro todo el tiempo.

Abrió la puerta de la sala de conferencias para Jenna y la siguió adentro, tomando asiento en la cabecera de la mesa y ofreciéndole a Jenna un lugar a su izquierda. El personal ya estaba allí. Esperó hasta que Cruz y Jones se sirvieron tazas de café y se sentaron para comenzar la reunión. —Vamos a ir al grano.

—Em. Hamilton fue el objetivo de un intento fallido de secuestro por parte de Abdul Jawad Kazi, ex señor de la guerra, ahora gobernador de esta provincia.

—Y todo idiota —agregó Jones.

Derek prosiguió. —Es nuestro trabajo sacarla del país de manera segura y regresar a los Estados Unidos. No fallaremos, ¿me entienden?

La mirada de Jenna estaba fija en la mesa, las manos apretadas en su regazo. Tenía miedo, y no sin razón.

Derek odiaba a Kazi por esto.

Se volvió hacia Segal. —Vamos a oírlo.

—Tenemos tres opciones. Podemos llevar a la Sra. Hamilton al norte de Tayikistán y llevarla en avión desde Dushanbe a Estambul y a casa. Podemos llevarla en un vuelo fletado desde el aeropuerto de aquí. Podemos llevarla en helicóptero a Kabul y luego sacarla de Afganistán desde allí. Cada opción tiene su propio conjunto de riesgos.

La cara de Jenna se puso pálida.

Derek levantó una mano para evitar que Segal continuara. —Em. Hamilton, ¿tiene alguna pregunta antes de empezar, algo que le gustaría decir?

—No. Todo es un poco... abrumador.

—Apuesto. —Derek tuvo que evitar tomar su mano.

Segal pasó por la evaluación de riesgos de cada opción. —Opción A. Conducimos a la Sra. Hamilton al otro lado de la frontera. Los riesgos son obvios. Hay una carretera, y los hombres de Kazi, este bastardo de Qassim, los combatientes talibanes o los insurgentes desplazados de Daesh podrían tendernos una emboscada en cualquier parte del camino .

Derek negó con la cabeza. —Creo que podemos asumir que Kazi mantiene este lugar bajo vigilancia. Es probable que sigan a cualquier vehículo que salga del recinto, y tendrá una idea bastante clara de adónde vamos.

Cabezas asintieron.

—Ya hemos tenido una llamada cercana en el camino —dijo Cross. —Evitemos otro.

—Es un viaje malditamente largo a Dushanbe —dijo McManus. —Muchas cosas pueden salir mal.

—Estoy de acuerdo. —Shields levantó la vista de su iPad. —La probabilidad de éxito es mínima.

Segal pasó a la Opción B. —Este es nuestro método de extracción preferido. Controlamos el avión. Controlamos el tiempo. Solo tenemos que llevar a la Srta. Hamilton al aeropuerto. La forma más segura de hacerlo podría ser aterrizar nuestra MH Little Bird en el techo y llevarla allí. El único inconveniente es que Kazi controla el aeropuerto. La opción C evita ese peligro potencial al

llevar a la Sra. Hamilton al aeropuerto de Kabul. El riesgo de esta opción es ser derribado por insurgentes al azar. Evaluamos que ese riesgo es pequeño, pero está ahí.

—¿Hasta dónde crees que estaría dispuesto a ir para secuestrarla? —Preguntó O'Neal. —Un enfrentamiento con Cobra tendría serias repercusiones en su relación con Washington. Él debe saber eso.

Derek había pasado no poca cantidad de tiempo pensando en esto. —No sabemos hasta dónde llegará. Estaba dispuesto a arriesgarse a un tiroteo conmigo hace solo unos días, pero yo solo soy un chico. Al trabajar con Qassim y su milicia, Kazi obtiene una negación plausible. Puede afirmar que Qassim actuó solo y que no sabía nada al respecto.

—¿Tiene alguna idea de por qué podría quererla, señorita Hamilton? —Preguntó Cruz.

Jenna les contó sobre la noche en que gritó en la sala de espera y los hombres la oyeron. —Eso es lo único que he hecho desde que llegué aquí para causar problemas.

—Eres un agitador —bromeó McManus.

Shields levantó su bolígrafo. —Tengo una teoría. Quizás Kazi descubrió que eres la hija de un senador estadounidense que forma parte del Comité de Servicios Armados. Tal vez piense que obtendrá influencia política o una recompensa financiera si lo mantiene como rehén. Se acercan las elecciones presidenciales afganas y tiene una ambición ilimitada.

—Ese sería un juego peligroso para él. —Derek no estaba seguro de cómo Kazi habría tenido en sus manos esa información. ¿La Internet? No era algo que Jenna compartiera con la gente. —El riesgo de que le explote en la cara es extremo.

—Quizás Qassim la secuestra y Kazi la rescata —sugirió McManus. —En ese caso, termina luciendo como un maldito héroe.

Y Jenna no sería más que un peón.



JENNA SALPICÓ agua fría en su cara. No quería que Derek ni nadie más vieran que había estado llorando. Estaban arriesgando sus vidas para mantenerla a salvo. Lo mínimo que podía hacer era mantener la calma.

Se secó y su reflejo mostró ojos rojos e hinchados.

Esto no es lo que esperabas.

Eso fue un eufemismo.

Regresó a la cama, se tumbó de espaldas y miró al techo.

Hace dos semanas, aún no había conocido a Derek. Sus días habían consistido en duchas frías, té caliente, enseñar y atrapar a muchos bebés. Ahora, ella se estaba escondiendo de un señor de la guerra en un complejo paramilitar bajo la protección de Derek, esperando ser evacuada de regreso a los Estados Unidos. No parecía real.

Habían elegido la opción B: evacuarla en helicóptero al aeropuerto y llevarla en un avión fletado a Estambul. Había dejado la reunión cuando empezaron a repasar los detalles tácticos, demasiado abrumada por todo como para querer escuchar más. Debería haberla reconfortado ver su profesionalismo, pero cuando empezaron a hablar de armas y quién haría qué, se le hizo un nudo en el estómago.

¿Y si Derek o alguien más fuera asesinado a tiros tratando de protegerla?

Ella no podría vivir con eso.

¿Por qué estaba pasando esto? No tiene sentido. ¿Por qué un hombre tan poderoso y

despiadado como Kazi querría tener algo que ver con ella?

Elizabeth había dicho que pensaba que podría tener que ver con que el padre de Jenna fuera senador y, quizás, con las próximas elecciones afganas. No había forma de saber si eso era cierto, pero no sorprendería a Jenna. Su padre había estado interfiriendo en su vida desde el momento en que nació. Pero esta vez, ni siquiera sería culpa suya.

Se sintió extrañamente aliviada cuando le dijeron que no se iría de inmediato. Aunque quería estar a salvo y lejos de Qassim y Kazi, no quería despedirse de Derek, todavía no.

Él era todo lo que ella había querido en un hombre: inteligente, amable, compasivo, valiente, guapo e increíble en la cama. Pero no estaba disponible, en realidad no. Su vida era su trabajo, y su trabajo lo llevó lejos de los Estados Unidos por largos períodos. Estar en una relación con él significaría irse a la cama sola la mayoría de las noches de su vida y preguntarse si estaría a salvo.

No hace relaciones, ¿recuerdas?

Al menos fue directo y honesto.

Jenna cerró los ojos, respiró hondo, tratando de calmar su ansiedad.

No puedes estar en la cama todo el día.

No, no podía.

Se sentó, preguntándose qué hacer consigo misma. Podía ir al gimnasio para quemar algo de estrés, pero no podía hacer ejercicio todo el día. Lo que necesitaba era un trabajo que la mantuviera ocupada, alguna forma de contribuir sin estorbar a nadie.

Se puso de pie y entró al baño para refrescarse el rímel. Estaba feliz de ver que sus ojos no estaban tan rojos como hace unos momentos.

¡AUGE!

El vidrio explotó a su alrededor, el suelo tembló bajo sus pies y la tiró al suelo. Su cabeza golpeó el tocador y, por un momento, se quedó allí, aturdida.

Una alarma de coche. Zumbido en sus oídos. Gritos. Dolor desgarrador en el cráneo.

Abrió los ojos, el mundo giraba a su alrededor y vio sangre, su sangre. Ella se golpeó la cabeza.

Las heridas en la cabeza sangran. Concusión.

Se dijo a sí misma que debía levantarse para conseguir un paño para aplicar presión directa, pero luego volvió a cerrar los ojos y se desvió.

—¡Jenna! —Derek le gritó a alguien. —Jenna está herida e inconsciente. La llevaré a la enfermería.

—No estoy... inconsciente. Golpeé mi cabeza... en el mostrador.

La tomó en sus brazos. —Te tengo, ángel.

Movimiento. Luces. Voces.

Jenna se encontró acostada en una camilla bajo las luces de examen brillantes, Derek a su lado, su sangre en su camisa, sus dedos entrelazados con los de ella. —¿Que pasó?

Un hombre de cabello oscuro que no conocía se inclinó sobre ella, estudiándola con ojos verdes, presionando algo en su sien. —Soy Sean Sullivan. Soy un médico. Parece que tienes un corte feo en la sien y también algunos cortes de vidrios rotos. Te voy a arreglar. ¿Me puedes decir tu nombre?

—Jenna Marie Hamilton. —Dios, le dolía la cabeza.

—¿Cuántos años tienes, Jenna?

—Treinta.

Derek sonrió. —Solo un bebé.

—¿Sabes quién es ese tipo feo? —El médico señaló a Derek.

—No es feo. Él es Derek. —Le tomó un momento darse cuenta de que estaba bromeando.

—¿Me puedes decir que es lo que paso?

—Hubo un fuerte boom. El vidrio se fue a todas partes. El edificio tembló, me caí y me golpeé la cabeza. —Se encontró con la mirada de Derek. —¿Qué era?

Su expresión se oscureció. —Alguien hizo estallar un coche bomba al otro lado de la calle.

¿Un coche bomba?

Jenna pensó que podría vomitar.

CAPÍTULO 15

Derek estaba en la sala de operaciones mientras Cross y McManus avanzaban rápidamente a través de horas de imágenes de cámaras de seguridad, furiosos como si tuviera demasiada cafeína en la sangre. Encontraría al hijo de puta responsable de esto y acabaría con él.

Había sido una llamada cercana. Quienquiera que hubiera construido el artefacto explosivo la había cagado, dirigiendo la explosión hacia abajo. Había dejado un cráter en la carretera y dañado la puerta principal, pero no había atravesado las paredes de hormigón del complejo.

Por otra parte, Derek no podía estar seguro de que Cobra hubiera sido su objetivo. Su lado de la calle estaba bloqueado con barreras de hormigón de Jersey y alambre de púas. Nadie podía aparcar allí. ¿El conductor se estacionó allí porque era lo más cerca que podía estar de Cobra — y Jenna — o este acto de terrorismo fue completamente aleatorio?

Derek ya había recibido una llamada de la secretaria de seguridad de Kazi preguntando si alguien había resultado herido o si Cobra necesitaba ayuda. Derek le había agradecido la oferta y le había asegurado que no se había hecho ningún daño grave. —Solo algunos espejos rotos y algunos daños por metralla en la puerta principal.

Esa no era la verdad, por supuesto. Jenna y los dos hombres que habían estado de servicio dentro de la puerta tenían heridas leves, pero Derek no quería compartir información que pudiera hacer que Cobra pareciera vulnerable, especialmente si Kazi estaba detrás de esto.

—¡Allí! —McManus detuvo la película. —Och, bastardo.

Derek se inclinó. —Quiero ver la cara del hijo de puta.

Cross hizo estallar la imagen. —Es solo un niño. No lo reconozco.

Derek tampoco. No eran Qassim o Hamzad o cualquier número de terroristas en la lista del gobierno de Estados Unidos de los idiotas más buscados cuyos rostros adornaban las paredes. —Quiero que esta imagen se envíe a Corbray y se ejecute en todas las bases de datos que tenemos.

—Sí señor.

Elizabeth levantó la vista de su computadora. —Los medios afganos dicen que los talibanes se atribuyeron el mérito de la explosión. Quince personas resultaron heridas, dos de ellas de gravedad. Aún no hay información sobre el objetivo previsto.

—Eso es obvio, ¿no? —Preguntó McManus. —Seguro que no estaban tratando de volar la tienda de alfombras, ¿verdad?

—Shields, sigan monitoreando los medios. Cross, McManus, mira lo que puedes conseguir con ese vehículo y su conductor. Llámame si surge algo. —Derek se dirigió hacia la puerta.

—¿Como es ella? —Preguntó Elizabeth.

Derek hizo todo lo posible por mantener neutral su respuesta. —Ella tiene una conmoción cerebral y necesitaba algunos puntos. Ella estará bien.

Fue a la oficina de Grant. —Levante nuestros planes de evacuación. Quiero que todos los miembros del personal estén informados sobre los procedimientos en caso de que tengamos que evacuar. También me gustaría un informe sobre nuestra eficiencia de respuesta hoy. Ponlo en mis manos a las mil seiscientas horas.

—Estoy en ello.

Derek volvió a su habitación, se quitó la camisa ensangrentada y la miró fijamente. Había

tenido sangre de Jimmy en su ropa y cuerpo una vez, y ahora tenía la de Jenna. —¡Maldita sea!

Su trabajo era mantener a Jenna a salvo, y había resultado herida dentro de las instalaciones de Cobra.

No es suficiente.

Tiró la camisa a la pila de ropa sucia, sacó otra del estante de su armario y se la pasó por la cabeza. Luego volvió a la enfermería, donde la encontró durmiendo. —¿Como es ella?

Doc Sullivan miró a Jenna. —Ella estará bien. Le di algunos medicamentos contra las náuseas y un analgésico para el dolor de cabeza. Ninguna de las otras laceraciones necesitó puntos. Lo que más necesita ahora es descansar. Puede volver a su habitación cuando vuelva a ser seguro, pero no debería estar sola durante las próximas veinticuatro horas.

—Gracias hombre. —Derek se acercó para pararse a su lado.

Se había puesto una bata médica, la ropa ensangrentada doblada y metida debajo de la camilla. Un vendaje cubría la herida en su sien y parecía que podría terminar con un ojo morado. Una docena de pequeñas muecas y cortes cubrieron su rostro, brazos y manos.

Dijo que estaba parada frente al espejo cuando explotó la bomba. La onda expansiva sacudió el edificio, rompiendo algunos espejos, pero sin causar daños permanentes.

Pudo haber sido mucho peor. Si el hijo de puta que había hecho ese IED hubiera sabido lo que estaba haciendo, podría haber eliminado todas las tiendas al otro lado de la calle, así como el muro perimetral del complejo y la puerta principal.

Los ojos de Jenna se abrieron y sonrió. —Oye.

—¿Cómo te sientes? —Consciente de que Sullivan estaba allí, hizo todo lo posible por actuar como si su interés fuera profesional.

—Tengo un terrible dolor de cabeza. —Se llevó una mano a la sien con cautela. —Esto duele.

—Apuesto.

—Has tenido cosas mucho peores.

—Yo era un soldado. —Había aceptado voluntariamente los riesgos. —El doctor me dice que puedes regresar a tu habitación, pero quería consultar contigo para saber si quieres quedarte allí o en otro lugar. El personal de limpieza lo ha limpiado, pero tendremos que pedir un espejo nuevo.

—Le dije al jefe aquí que no puedes estar solo durante las próximas veinticuatro horas.

Jenna conocía los protocolos de lesiones en la cabeza. —Correcto. Muchas gracias, Sean. Supongo que también podría acostarme en mi propia cama y dejarte en paz.

Derek la ayudó a ponerse de pie. —Te acompañaré.



JENNA PASÓ el resto del día entraba y salía, Derek en una silla junto a su cama. Una o dos veces, se despertó bruscamente, la explosión resonó en sus sueños, solo para tener a Derek allí, consolándola, asegurándole que estaba a salvo.

Había traído una computadora portátil a su habitación y se había comunicado con su equipo a través de mensajes de texto y correos electrónicos, y ella sabía que él debía tener otras mil preocupaciones en mente y muchas cosas que debería estar haciendo.

No quería ser una carga para él ni apartarlo de su trabajo. —Si necesitas ir, deberías ir. Estoy bien, de verdad. Quizás Elizabeth pueda vigilarme para hacerte feliz.

—Shields está ocupado.

—Tú también.

Él se encogió de hombros. —Nuestra gente sabe cómo hacer su trabajo. Corbray está en camino. Dejé DC tan pronto como se enteró de la bomba. Asumiré la gestión de las operaciones cuando llegue mañana.

Se frotó la frente, su dolor de cabeza era como una migraña. —¿Qué harás?

—Cuidarte. —La estudió, con preocupación en cada rasgo de su rostro. —¿Necesitas algo más fuerte para ese dolor de cabeza?

Había mucha evidencia de que administrar demasiados analgésicos después de una conmoción cerebral provocaba que una persona sufriera dolores de cabeza de rebote, pero esto estaba envejeciendo rápidamente. —Sí por favor. Esto es bastante malo.

Traeré a Doc aquí. Simplemente descanse y deje de preocuparse por el resto de nosotros. Tenemos esto.

Derek, alguien hizo estallar un coche bomba justo afuera de este edificio, y yo podría ser el culpable de eso. Alguien podría haber muerto. Podrían haberle hecho millones de dólares a su empresa. ¿Cómo no puedo preocuparme?

Frunció el ceño. —Oye, esto no es tu culpa. Incluso si la explosión está relacionada de alguna manera con las razones de Kazi para querer ponerte las manos encima, no es tu culpa.

Pronunció cada sílaba de esas últimas palabras.

Jenna sabía intelectualmente que él tenía razón, pero en su corazón...

Derek se acercó y le pasó un nudillo por la mejilla. —Dormir.

Ella no tenía muchas opciones.

Sean vino a ver cómo estaba diez minutos más tarde, haciendo una evaluación rápida. —Todo se ve bien. Aquí hay algunos medicamentos de oxicodona y más contra las náuseas. Me gustaría que durmieras esta noche si puedes.

—Gracias.

Elizabeth subió con una bandeja de cena, dándole a Derek un descanso. —Traje toda la comida reconfortante, nada saludable. Tiras de pollo. Macarrones con queso. Pastel de chocolate. También traje algunos libros por si te aburres.

Dejó una pila de novelas románticas sobre el escritorio.

—Gracias. —Jenna no estaba tan hambrienta, pero sí terminó el pastel de chocolate, la oxicodona mejoró su dolor de cabeza pero la dejó loca.

Ella y Elizabeth hablaron un rato, sólo una pequeña charla: cocina afgana, ex novios, películas favoritas. Entonces Jenna tuvo que preguntar. —¿Sabes quién lo hizo, quién detonó el coche bomba?

Elizabeth pareció vacilar. —¿No le has preguntado a Tower?

—No quiere preocuparme, pero me preocupa más no saber nada.

—Kazi emitió un comunicado a los medios de comunicación esta tarde diciendo que los talibanes se atribuyeron el mérito de la bomba.

—Pero no crees eso, ¿verdad?

—No estoy seguro de que deba hablar contigo sobre esto.

—¿Por qué no cuando me involucra?

—Kazi puede decir lo que quiera y los medios de comunicación lo informarán, así que no, yo no. He trabajado en inteligencia durante demasiado tiempo para creer en coincidencias. Uno de los matones de Kazi intenta secuestrarte y luego estalla una bomba al otro lado de la calle. Eso es demasiado de...

Derek intervino.

Elizabeth se puso de pie y recogió la bandeja de Jenna. —Espero que pronto te sientas mejor.

—Gracias por todo.

—El gusto es mio. —Elizabeth desapareció por la puerta.

Derek se sentó en la cama y tomó la mano de Jenna. Escuché lo que Shields le estaba diciendo. Le pedí al personal que no hablara de esto frente a usted en este momento. Quiero que descanses.

No seas duro con ella. Le pedí que me dijera lo que pensaba.

—No quiero que te preocupes por esto.

—¿Cómo puedo no preocuparme por eso? Cada vez que cierro los ojos, escucho ese boom. ¿Qué pasa si regresan con un vehículo más grande y más explosivos?

—Eso no va a suceder. La calle ahora está barricada. Ningún vehículo puede pasar. —Su ceja se arqueó como si estuviera sopesando qué decir a continuación. —Por lo que vale, estoy de acuerdo con Shields. Es demasiada coincidencia. Creo que estaban tratando de comprometer nuestra seguridad y obligarnos a trasladarte.

El estómago de Jenna se retorció.

Derek le tomó la mejilla y se acercó. —Fallaron, Jenna. Estás a salvo aquí.

—¿Y el resto de ustedes? ¿Estás a salvo?

Sus labios se curvaron en una sonrisa torcida. —¿Estás seriamente preocupado por mí? Ángel, soy difícil de matar.

Eso no la hizo sentir mejor.



TEMPRANO LA MAÑANA SIGUIENTE, Derek dejó a Jenna dormida y fue al helipuerto de la azotea para encontrarse con Corbray, esperando en el lavado del rotor mientras Corbray bajaba con su equipo.

—Oye hermano.

—Hey hombre. ¿Cómo estuvo el vuelo?

—Fueron dieciocho malditas horas demasiado tiempo.

—Escuche eso. —Derek había hecho ese mismo vuelo hacía poco más de dos semanas. —Hay desayuno y café caliente abajo.

—Demonios sí. Dame un poco de eso.

Comieron un desayuno rápido de huevos, salchichas, tostadas y café. Corbray fue de mesa en mesa, hablando con el personal uno por uno, luego él y Derek se dirigieron a su sala de reuniones privada. Allí, repasaron todo lo que había sucedido desde la llegada de Derek, excepto los besos y las folladas, que Derek dejó fuera, y discutieron las conclusiones de su equipo de inteligencia.

—Creo que Shields tiene razón —dijo Corbray. —Kazi descubrió que la Sra. Hamilton estaba relacionada con el senador Hamilton, probablemente de Internet, y envió a sus matones tras ella, con la esperanza de obligar a Hamilton a apoyar su candidatura a la presidencia. O tal vez solo quiere dinero. Ese amigo ama el dinero en efectivo más que cualquier cosa, incluidos sus hijos.

Derek no lo dudó. —Creo que debería reunirme con él, hacerle saber lo que está pasando, decirle que nuestras fuentes lo han vinculado con Qassim y ver cómo reacciona.

—¿Y si reacciona metiéndote una bala en el cerebro?

—Tendría que estar loco para matarme. Sabe lo que puede hacer esta organización. Si se entera de que estamos en su conexión con Qassim, tal vez retroceda.

—Me pondré en contacto con su gente, prepararé algo. Mientras tanto, ¿cómo está la Sra.

Hamilton?

—Ella es buena. —Derek borró la sonrisa de su rostro.

—Lo tienes mal, cabrón. Digo su nombre y tus ojos se iluminan.

Derek lo fulminó con la mirada. —Mis ojos no hacen nada.

Corbray puso una sonrisa idiota en su rostro. —Si tú lo dices.

Derek cambió de tema. —Cuanto antes la saquemos de aquí, mejor. No quiero darle otra oportunidad a ella. Si el conductor de ese vehículo se hubiera estrellado contra nuestras puertas y hubiera detonado el artefacto explosivo improvisado allí, habría quitado las puertas, tal vez incluso derribado el muro perimetral y nos hubiera dejado abiertos para atacar .

Corbray asintió. —Necesitamos todas las botas en cubierta para finalizar su extracción. Quiero conocerla. Si ella es lo suficientemente especial para volverte del revés...

—No estoy al revés.

Corbray se rió entre dientes. —Sigue diciéndote eso.

—Vete a la mierda.

—No, hombre, no eres mi tipo.

Se reunieron con Doc Sullivan después de eso para ver qué tenía que decir sobre la condición de Jenna y su capacidad para viajar.

—Se estará recuperando durante al menos un mes, con dolores de cabeza y confusión mental, así que si puedes darle unos días más, sería ideal.

Con esa información, se pusieron a trabajar, Derek subió las escaleras por un momento para ver cómo estaba. La encontró en bata de baño cepillándose el pelo, solo con verla haciendo que su corazón latiera más rápido. Demonios, tal vez Corbray tenía razón.

—¿Cómo te sientes?

Dejó el cepillo para el cabello y se abrazó a él. —El dolor de cabeza es mejor, pero mi cerebro se siente como si estuviera lleno de algodón. Parezco la novia de Frankenstein.

—Tienes un horrible hematoma alrededor del ojo, pero te ves muy bien.

Ella rió. —Son tus gónadas hablando.

Aspiró su aroma, la sensación de su precioso. —Deberías escucharlos.

—Estoy demasiado ocupado escuchando lo mío. Quieren que te metas dentro de mis pantalones.

¿No lo deseaba? —Diles que mantengan ese pensamiento. Javier Corbray, mi socio comercial, quiere conocerte cuando te apetezca .

—Déjame vestirme y desayunar.

—¿Por qué no nos vemos allí?

Diez minutos después, entró en el comedor, vestida con jeans descoloridos y una blusa lavanda suave que parecía acentuar sus curvas.

Esas son tus gónadas de nuevo.

Ambos se pusieron de pie, Corbray extendiendo su mano, con una sonrisa de come mierda en su rostro. —Em. Hamilton, estoy tan contento de poder conocerte finalmente. Soy Javier Corbray, copropietario de Cobra .

Jenna le dio esa hermosa sonrisa suya. —Es un gusto conocerte también. Derek me ha estado cuidando muy bien.

Corbray sonrió. —Eso es lo que escuché.

Derek quería golpearlo.

CAPÍTULO 16

Jenna se dio cuenta de que algo había cambiado. Había tensión en el aire y más gente en el edificio que antes, todos con la boca cerrada y con prisa. Derek pasó el día con Javier y su equipo a puerta cerrada con poco tiempo para cualquier otra cosa. Incluso Elizabeth estaba callada.

Dejó a Jenna con mariposas en el estómago.

Sabía que debían estar trabajando duro en su plan para sacarla del país, así que trató de mantenerse ocupada leyendo uno de los libros que Elizabeth le había traído. Pero su corazón no estaba en eso. Necesitaba hacer algo, contribuir de alguna manera, en lugar de sentirse impotente y asustada.

Se dirigió a la enfermería para ver si podía ayudar a Sean, solo para encontrar la puerta cerrada y las luces apagadas. Aparentemente, la enfermería no tenía personal a menos que alguien necesitara ayuda médica.

Desde allí, se dirigió al comedor. También estaba cerrado, la barra de ensaladas y la bandeja de vapor vacías, galletas de autoservicio, panecillos y fruta fresca junto a las cafeteras. Desde atrás, escuchó el golpe de ollas y sartenes.

Siguió el sonido y el olor a carne asada. —¿Hola?

Un hombre mayor corpulento con uniforme de chef blanco salió de la trastienda. ¿Puedo traerle algo, señorita Hamilton? Abriremos para el almuerzo en dos horas.

—¿Puedo ayudar? Estoy cansado de no hacer nada.

Pareció dudar. —Déjame aclararlo con Doc.

Un momento después reapareció y le entregó un delantal y una redecilla. —Él dice que está bien siempre que no hagas nada extenuante. Todos me llaman Cookie.

—Gracias, Cookie. —Se puso el delantal y la redecilla, con cuidado de no molestar el vendaje de su sien, luego lo siguió a la cocina, donde vio a algunos otros miembros del personal trabajando, y media docena de pavos congelados sentados en agua en grandes fregaderos de acero... —¡Guau! ¿Hubo una venta de pavos en alguna parte?

—El Día de Acción de Gracias está a solo tres días.

Acción de gracias.

En el caos de los últimos días, Jenna se había olvidado por completo de las vacaciones. En el mostrador había latas de salsa de arándanos de tamaño industrial, junto a bolsas de patatas y batatas y latas de relleno de pastel de calabaza. —¿Que puedo hacer para ayudar?

Pronto se encontró usando guantes de goma y hasta los codos en agua caliente y jabonosa, fregando las grandes cacerolas que se usaban para asar la carne que uno de los ayudantes de Cookie estaba cortando para hacer sándwiches. El trabajo monótono y las conversaciones a su alrededor la tranquilizaban y le daban algo que hacer además de preocuparse.

—¿Crees que va a decir que sí? —dijo un hombre con un fuerte acento de Brooklyn.

—Le di una pista cuando empecé a ahorrar para el anillo. Entonces pareció gustarle la idea.

—No es así como lo haces, hombre. Tienes que sorprenderla, ponte de rodillas.

Prefiero saber antes de preguntarle si está interesada. Además, las mujeres lo encuentran romántico aunque no se sorprendan. ¿No es así, señorita Hamilton?

Sorprendida por verse involucrada en la conversación, Jenna miró hacia arriba. —No lo sé.

Ningún hombre me ha pedido que me case con él.

—Eso es una prueba de que algo anda mal en este mundo —dijo el que tenía acento de Brooklyn.

Jenna sonrió ante el cumplido, los dos hombres volvieron a su conversación y la dejaron con sus pensamientos.

¿Qué habría hecho si Trenton le hubiera pedido que se casara con él?

Si hubiera tenido sentido común, habría dicho que no. Estaba demasiado enamorado de su trabajo y de su estatus como para tener espacio en su vida para una esposa e hijos. Y, sin embargo, allí estaba ella, medio enamorada de un hombre que, como Trenton, había elegido su carrera por encima de todo lo demás. Pero a diferencia de Trenton, la carrera de Derek lo llevó lejos de los Estados Unidos, y algún día podría hacer que lo mataran.

No es que Derek estuviera enamorado de ella o que le pidiera que se casara con él. Había dejado en claro que no tenía ningún interés en una esposa o familia. Lo que sea que tuvieran juntos ahora era todo lo que iba a conseguir. Tenía que aceptar eso, o terminaría lastimada.

¿Y si es demasiado tarde?

Entonces eso fue su culpa.

Terminó de fregar, ayudó a descargar el lavavajillas industrial y a apilar platos limpios, antes de unirse al personal de la cocina para un almuerzo rápido. Estaban llenos de preguntas sobre su trabajo en Afganistán, y la conversación ayudaba a pasar el tiempo.

Limpiaron sus platos y Jenna ayudó a limpiar las mesas. Pronto, otro personal entró, pero pocos se sentaron. La mayoría agarró una bandeja, le echó un sándwich, algo de fruta y café, y desapareció escaleras arriba.

Algo estaba pasando.

Entonces Elizabeth se apresuró a entrar. —Hola, Jenna.

—¿Ha pasado algo? —El dolor de cabeza de Jenna comenzaba de nuevo.

—Lo siento, pero tengo prisa y no puedo detenerme a hablar. —Elizabeth agarró una bandeja, amontonó tres sándwiches, tres plátanos, una pequeña caja de leche, un refresco y una taza de café y la sacó del comedor hacia el ascensor.

Jenna envió un mensaje de texto rápido a Derek para asegurarse de que todo estuviera bien.

Ella esperó, pero él no respondió.



DEREK SE SENTÓ en el asiento del pasajero delantero del Land Rover blindado, tomando nota mental de los guardias y las cámaras de seguridad. Había venido con un equipo de seguridad mínimo, solo Jones, O'Neal y Cruz. Después de todo, esta fue una visita casual. Llegar con la caballería podría darle a Kazi la idea de que Cobra estaba intimidado.

Derek no se sintió intimidado. Estaba enfadado como el infierno.

Habían conseguido una identificación del chico que condujo el coche bomba. Era el hijo mayor de Qassim, Perooz. No dejó ninguna duda en la mente de Derek de que el coche bomba había sido una prueba de la fuerza de Cobra o un intento de obligarlos a reubicar a Jenna. Ninguno de los dos era aceptable.

—Estacionar aquí. O'Neal, quédate con el auto. Jones, Cruz, vengan conmigo. Deje el hardware aquí. —Derek se ajustó la corbata —todos iban vestidos con trajes de negocios con chalecos antibalas debajo— y salió.

El personal de seguridad uniformado de Kazi los recibió al pie de la escalera delantera y los escoltó a los tres al interior, donde los guardias los escanearon en busca de armas. El escáner no recogió el cable que estaba cosido en la chaqueta de su traje.

Si la situación empeoraba, O'Neal y todos en la sala de operaciones lo sabrían de inmediato y entrarían en acción.

Después del control de seguridad, Derek dejó a Cruz y Jones en la entrada y siguió a uno de los guardias a la sala de recepción de Kazi, sus zapatos haciendo clic en el mármol pulido, el sonido resonaba gracias al gran techo abovedado.

Kazi estaba sentado en una silla dorada sobre una alfombra afgana ornamentada, vestido con un traje negro, la barba corta y el cabello limpio y recortado. Los años de violencia parecían no haber dejado su huella en él, su comportamiento era como el de un príncipe benévolo que recibe a los campesinos en su hogar. Bienvenido, señor Tower. ¿No quieres unirse a mí para tomar un té?

Habría sido imperdonablemente grosero negarse o hablar de asuntos de negocios sin antes entablar una conversación, así que Derek le agradeció por el té, la conversación era toda una charlatanería y tonterías. Sería otro invierno frío en la provincia de Balkh. Los Patriots podrían volver al Super Bowl. Qué maravilloso que la ganadora de Afghan Star este año haya sido una mujer.

—Estamos progresando, señor Tower. —Kazi dejó su té a un lado. —¿Por qué buscaste una audiencia conmigo?

Una audiencia.

El bastardo pensó que era un rey.

—Sabemos quién colocó el coche bomba fuera de nuestra sede.

Las pupilas de Kazi se dilataron por una fracción de segundo antes de pegar una mirada de preocupación en su rostro. —Sí, algo terrible. Me temo que una de las víctimas de esa explosión ha muerto. ¿Dices que sabes quién está detrás de esta atrocidad?

Derek le entregó a Kazi la carpeta de archivos con las imágenes del dron de Qassim del intento de secuestro de Jenna y de Perooz mientras salía del coche. —Las primeras imágenes fueron tomadas durante un intento fallido de secuestrar o dañar a una clienta nuestra mientras ella estaba ayudando a los sobrevivientes de una redada de Daesh en una aldea al norte de Bawrchi. Uno de los guardias del hospital, un hombre llamado Hamzad, parece estar trabajando con Alimjan Qassim, un combatiente uigur, que ha estado causando estragos en la zona rural de su provincia con su milicia.

Kazi estudió las imágenes de Qassim, con una neutralidad deliberada y fija en su rostro. —Ustedes los estadounidenses y sus drones.

Miró la siguiente imagen.

—El joven de la segunda foto es el hijo mayor de Qassim, Perooz. Aparcó el coche y desapareció a la vuelta de la esquina diez minutos antes de que explotara fuera de nuestras paredes. Evaluamos que estaba trabajando para su padre. Quizás Qassim tenía la intención de poner a prueba nuestra fuerza, o quizás esperaba obligarnos a trasladar a nuestro cliente. De cualquier manera, falló y solo logró herir y matar a su propia gente.

Un músculo se contrajo en la mandíbula de Kazi. —¿Puedo quedarme con estos? Los pasaré a mi unidad de inteligencia y exigiré saber por qué no he oído hablar de este hombre.

—Por supuesto. Siempre estamos felices de compartir lo que aprendemos con ustedes.

Cuando sirve a nuestros objetivos.

—Puedo asegurarle, señor Tower, que no descansaremos hasta que los culpables sean

castigados. —Deslizó las fotos dentro de la carpeta y se la entregó al guardia silencioso detrás de él. —¿Cómo está tu cliente? ¿Cómo está la señorita Hamilton?

Derek había desequilibrado a Kazi, y Kazi estaba tratando de hacer lo mismo con él.

Pero Derek no se inmutó. Está a salvo. Espera volver a su trabajo cuando esta crisis haya pasado .

Eso no era cierto, pero sirvió a los objetivos de Cobra de hacer creer a Kazi que era cierto.

Kazi esbozó una sonrisa forzada. —Ella es una mujer valiente.

Se puso de pie, claramente impaciente por terminar con Derek. —¿Hay algo más?

—No, eso es. —Derek también se puso de pie. Estrechó la mano de Kazi y encontró su palma húmeda. —Sé lo importante que es para ustedes estar al tanto de todo lo que ocurre en esta provincia. Sabía que querrías estas fotografías.

—Si. Gracias. —Kazi no pareció en absoluto agradecido. —Ve a nuestro invitado, por favor.

Derek se volvió para irse, luego se detuvo. —Oh, había otra cosa. Se me fué de la mente. Es ridículo, por supuesto, pero querrás saberlo.

—Adelante.

—Se dice en la calle que Qassim trabaja en secreto para usted.



JENNA NO PODÍA CREERLO.—¿Fuiste a ver al gobernador Kazi?

Eso había necesitado bolas de acero, o tal vez Derek estaba loco.

—Fue una decisión táctica. —Derek estaba sentado en su sofá, vestido con un costoso traje gris oscuro, como si acabara de llegar de una reunión en Wall Street—. Necesitábamos enviar un mensaje y no había mejor manera de hacerlo. Después de eso, tuve una sesión informativa con el personal.

—Parece un día ajetreado. —Jenna se sentó a su lado—. Después de que no respondiste a mi mensaje de texto, no podía dejar de preocuparme. Me di cuenta de que algo estaba pasando. Todos estaban con la boca cerrada y serios. El comedor estaba casi vacío durante el almuerzo y la cena.

—Lo siento. No tenía ese teléfono celular conmigo. Si me secuestraron, no quería que Kazi tuviera acceso a ti. —Derek se aflojó la corbata. —Nadie estaba tratando de mantenerte en la oscuridad, pero ninguno de nosotros está acostumbrado a tener clientes en el edificio. Por lo general, cuando extraemos a alguien, lo sacamos de donde sea que esté directamente fuera del país. No los traemos aquí. Hay límites para lo que podemos compartir, incluso contigo.

—Lo entiendo. Eres una empresa de operaciones encubiertas.

—Compañía militar privada.

—Correcto. —Jenna no estaba segura de entender la diferencia. —¿Crees que Kazi entendió el mensaje?

Derek asintió. —Cuando me fui, el hijo de puta estaba sudando. Estoy seguro de que él está detrás de todo esto.

Los escalofríos recorrieron la espalda de Jenna. —¿Por qué Kazi querría venir a por mí? Todo esto parece una locura, como algo salido de un mal sueño.

—Sospecho que tiene que ver con el dinero. —Derek cambió de tema, claramente no quería decir más al respecto. —¿Como te sientes?

—El dolor de cabeza está mejor, pero juro que mi cerebro se ha convertido en barro.

Derek la agarró por la barbilla y le volvió la cara para poder verle la mejilla y la sien. —Eso

es un infierno de un ojo morado.

—¿No sabes cómo halagar a una chica?

Derek sonrió. Cookie me dijo que bajaste a la cocina y lavaste algunas cacerolas esta mañana. Dijo que hiciste un buen trabajo.

—Estaba tratando de ser productivo y no preocuparme por ti.

—Preferiría saber que estabas descansando.

—Hay una cantidad limitada de descanso que una persona puede hacer en un día. Soy un profesional médico, ¿sabes? Puedo decir cuándo necesito acostarme.

Derek tomó su mano, su toque calmante. —Los próximos días van a estar ocupados. No estaré disponible la mayor parte del tiempo. Vamos a actuar rápido ahora para sacarlo del país. Necesito mantenerme concentrado, mantener la cabeza en el juego. No puedo permitirme distracciones.

¿Estaba diciendo que ella era una distracción?

Por supuesto que sí. ¿Cómo podría no serlo? Estaba arriesgando su vida para proteger la de ella. Este era un complejo militar privado, no un hotel. Sabía que el tiempo que pasaban juntos era temporal.

Ella se obligó a sonreír. —No te preocupes por mí. Le dije a Cookie que ayudaría con la cena de Acción de Gracias. Encontraré alguna manera de mantenerme ocupado.

—No exageres. —La atrajo hacia sí y le besó la coronilla. —¿Quieres ayudarme a quitarme esta camisa de fuerza?

—Pensé que no tenías tiempo para...

La miró a los ojos. —Tengo tiempo ahora.

Eso fue lo suficientemente bueno para Jenna.

Ella se puso de pie, lo agarró por la corbata y lo puso de pie. Luego le quitó la chaqueta y le desabrochó la camisa, deslizando las manos debajo de la tela de su camiseta para encontrar... ¿bolsillos?

—Para armadura corporal. —Derek se desabrochó los puños, se quitó la camisa, luego se sacó la camiseta por la cabeza y la tiró a un lado, ofreciéndose a ella. —¿Eso está mejor?

—Mucho mejor. —Ella le pasó las manos por el pecho con la piel suave y los músculos, la necesidad de que él cobrara vida dentro de ella. —Tienes un cuerpo tan asombroso.

Ella se inclinó, lamió un pezón marrón plano y sonrió cuando los músculos de su vientre se tensaron. Luego le desabotonó la cintura de los pantalones, le bajó la cremallera y se ayudó a sí misma, agarrando su dura polla y acariciándola, la sensación de él era tan excitante. —Quiero saborearte.

Cayó de rodillas y se lo llevó a la boca.

La respiración siseó entre sus dientes mientras ella lo exploraba. Ella miró hacia arriba, vio que él estaba mirando, así que le dio un espectáculo. Retrocediendo, luego tomándolo todo de nuevo. Mover la parte inferior de la cabeza hinchada con la lengua. Dando vueltas como la punta de un cono de helado. Chupando como una piruleta. Acariciando el eje con la mano desde la base hasta los labios y viceversa.

Su mirada se había oscurecido ahora, la intensidad en su rostro hizo que su pulso se acelerara.

Ella lo acarició ahora, su mano y boca moviéndose en tándem desde la base hasta la punta. Trató de seguir sus señales: el empujón que trató de reprimir y que le dijo que fuera más rápido, el estremecimiento en su respiración, la forma en que sus puños apretaban su cabello.

—Detener. —Se apartó de ella, frunció el ceño, su pene relucía. —Quiero estar dentro de ti.

Ambos la desnudaron, la ropa cayó al suelo. Luego Derek se sentó en el sofá, con los

pantalones todavía alrededor de los tobillos y la sentó en su regazo.

Ella se aferró a sus hombros para mantener el equilibrio y se sentó a horcajadas sobre él, sus manos agarrando sus caderas, guiándola mientras ella se inclinaba sobre él, tomando cada deliciosa pulgada de él dentro de ella. Oh, se sentía tan bien, su polla llenándola, haciéndola doler.

Lentamente al principio, lo montó, balanceando sus caderas contra él. Cuando él no empujó, supo que él se estaba conteniendo, refrenando por su bien.

Él tomó sus pechos, jugó con ellos, lamiendo un pezón y luego el otro, haciéndola gemir. Luego metió una mano entre sus cuerpos para acariciar su clítoris.

Derek. En poco tiempo, se encontró flotando en el borde iridiscente de un orgasmo, con el placer apretado en su vientre.

Debió haber sabido que ella estaba cerca porque comenzó a empujar, empujándola, cabalgándola desde abajo, acariciándola por dentro y por fuera.

Ella se rompió, el clímax la atravesó como oro fundido, haciéndola gritar, sus poderosas embestidas los llevaron a ambos a casa.

Ella se hundió contra su pecho, su polla todavía dentro de ella, y por un momento, se quedaron como estaban, los latidos volvieron lentamente a la normalidad. Luego se quitó los zapatos, los calcetines y los pantalones, la tomó en brazos y la llevó a la cama.

Ella se acurrucó contra él, con la cabeza apoyada en su pecho. —No quiero que usted ni nadie más resulte herido o asesinado tratando de sacarme del país. Prefiero entregarme a Kazi.

—Shh. —Derek le acarició el pelo y la besó. —Todo va a estar bien.

Y como quería desesperadamente creer eso, cerró los ojos y se dejó llevar por el sueño.

CAPÍTULO 17

Derek se despertó temprano el viernes por la mañana y se reunió con Corbray y el equipo en la sala de operaciones. Todos conocían su trabajo, pero repasaron su estrategia en detalle, un diagrama del aeropuerto en la pantalla grande. No había tal cosa como demasiada planificación.

—No tengo que recordarles que Kazi controla todo aquí: la seguridad del aeropuerto, la policía, las fuerzas de seguridad afganas, milicias privadas, comerciantes, vendedores ambulantes al azar. Cualquiera y todos podrían estar en su nómina. En el pasado, confiamos en este hecho para cumplir con nuestras misiones. Hoy, representa una amenaza.

Cabezas asintieron.

Había otra cosa que Derek tenía que decir.

—Todo esto es nuevo para la Sra. Hamilton. Las últimas dos semanas han sido difíciles para ella y quiero asegurarme de que esto no se sume a lo que ya ha sido una experiencia traumática. Cuidado con lo que dices a su alrededor. Es partera, entrenada para salvar vidas, no para ver a la gente matar y morir. Ella no necesita escuchar tus historias gráficas de guerra.

La mirada de Cruz se posó en la mesa. —Lo siento.

—Maldito idiota —refunfuñó McManus.

Ayer, durante la cena de Acción de Gracias, Cruz le contó a Jones acerca de un momento en que su elemento SEAL había sido emboscado, bromeando sobre la cantidad de insurgentes que habían matado. Era el humor de la guerra de trincheras, el tipo de cosas de las que hablaban los operadores en su tiempo de inactividad, una forma de procesar lo que habían visto y lo que habían tenido que hacer para sobrevivir. Pero Jenna lo había escuchado y claramente estaba molesta.

—¿Alguna pregunta?

Cuando ninguna mano se levantó, Corbray apagó la pantalla. —La prioridad de nuestra misión es la seguridad de la Sra. Hamilton. Recuerde que un tiroteo se convertiría en un incidente internacional que potencialmente podría desestabilizar la provincia .

—¿Kazi lo sabe? —Preguntó O'Neal.

—Creo que lo hace. A pesar de lo enojado que estuvo durante mi visita, mantuvo una apariencia de hospitalidad. Sabe que no puede permitirse perder el apoyo de Washington. —Derek miró su reloj. —Hagamos que esto suceda.

—Estoy empacado y listo para ser el cebo. —Shields pasó el pañuelo gris de Jenna sobre su cabello. Nos vemos abajo.

Shields actuaría como señuelo, dirigiéndose al aeropuerto con las maletas de Jenna y un convoy de tres Land Cruisers blindados para abordar un vuelo comercial a Kabul bajo el nombre de Jenna. Con suerte, llamaría la atención de Kazi el tiempo suficiente para que Jenna abordara el jet privado de Cobra de manera segura. Para cuando Kazi se diera cuenta de que Shields era un agente de Cobra y no Jenna, el avión estaría en el aire y en camino a Estambul.

Dejando a Corbray, McManus y Cross en la sala de operaciones, Derek fue a buscar a Jenna. La encontró sentada en su cama con jeans y una camiseta, chaleco de Kevlar en sus manos, burka blanco en la cama a su lado. Sus maletas habían sido enviadas por adelantado con el Equipo Uno y registradas por Shields. Jenna los alcanzaría en DC

—¿Estás listo?

Ella asintió con la cabeza, líneas de preocupación en su rostro.

—Te ayudaré a ponértelo. —Cogió el chaleco, se lo puso y vio que llevaba las placas de identificación de Jimmy.

El peso de lo que estaban a punto de intentar cayó sobre él con fuerza. Ella era la hermana pequeña de Jimmy. No podía fallarle.

Haré todo lo posible para llevarla a casa sana y salva, amigo.

La atrajo a sus brazos, la abrazó. —Sé que esto da miedo, pero haremos todo lo posible para mantenerte a salvo. Este no es nuestro primer rodeo.

—Solo mantente a salvo, ¿de acuerdo?

Esa no era la descripción de su trabajo, pero no lo dijo. —Lo haré lo mejor que pueda.

Derek le tomó la mano fría mientras caminaban juntos hacia el ascensor y subieron hasta el último piso. —Es hora de poner eso.

—Juré que nunca usaría burka. —Jenna se lo pasó por la cabeza, la tela blanca la ocultó de la cabeza a los pies, el verde de sus ojos apenas visible a través de la malla frontal. —Debo parecerme a Casper el Fantasma Amistoso.

Derek no pudo evitar reír. —Nah. Casper no tiene pies.

El Pajarito MH-6 estaba esperando, los rotores en marcha, listo para despegar, Cruz, Jones y O'Neal estaban cerca, armas automáticas en mano.

Derek gritó para ser escuchado por los rotores. —Mantente agachado y te ayudaré.

—Bueno. —No podía ver su rostro, pero su voz sonaba pequeña y asustada.

Cruz y Jones abordaron primero, Derek siguió con Jenna, su brazo alrededor de sus hombros. Fue un gran paso para ella, pero lo logró. Derek la ató y agarró su M4 cargado, que estaba apoyado contra su asiento. Se abrochó el cinturón y se puso los auriculares, indicándole que hiciera lo mismo.

—Así es como nos comunicaremos durante el vuelo.

—Damas y caballeros, bienvenidos a Little Bird Airlines —dijo Fox, su piloto. —Por favor, coloquen sus asientos y bandejas en posición vertical mientras nos preparamos para el despegue.

O'Neal sonrió. —Espero que el servicio en este vuelo sea mejor que en el anterior.

Jones se rió. —Demonios, tendrías suerte de obtener MRE vencidos de Fox.

—¿Alguna vez has volado en helicóptero? —Derek le preguntó a Jenna.

Ella sacudió su cabeza.

—Es divertido. —Cuando la maldita cosa no se estrelló.

El helicóptero despegó de la plataforma, se dirigió al viento y ganó altitud.

Cruz sonrió. —Y nos vamos.



JENNA MIRÓ en el laberinto de calles que era Mazar-e-Sharif, sosteniendo con fuerza la mano de Derek e intentando ignorar las frenéticas mariposas en su estómago. Estaba el mercado con sus muchos puestos donde los comerciantes vendían de todo, desde té hasta jeans y alfombras tejidas a mano. Allí estaba el Estadio Sina, donde los lugareños asistían a partidos de fútbol y carreras. Y allí, en el corazón de la ciudad, se encontraba la hermosa Mezquita Azul con sus minaretes gemelos y dos cúpulas turquesas.

La vista le hizo un nudo en la garganta.

Había hecho un recorrido por la ciudad cuando llegó por primera vez y quedó fascinada con

las nuevas vistas y sonidos: la canción que llamaba a los musulmanes a orar, los aromas de cilantro, cardamomo y cúrcuma en el mercado, colores brillantes por todas partes. Qué regocijada se había sentido, emocionada de estar en un lugar nuevo y emocionante y segura de que sus dos años aquí cambiarían su vida.

Eso había resultado ser cierto, pero no del todo de la forma que esperaba.

El helicóptero salió de la ciudad hacia el aeropuerto, el piloto del helicóptero hablaba con alguien en tierra.

—Estaremos allí en dos minutos —dijo Derek—. Subiremos a un Jeep y nos dirigiremos al avión, que está esperando en la pista.

Jenna asintió. ¿Está Elizabeth bien?

—Ella esta bien. Pasó el control de seguridad y está a punto de abordar.

Esa era la parte de este plan que a Jenna le gustaba menos. ¿Y si alguien disparó o secuestró a Elizabeth porque creía que era Jenna? ¿Cómo podría Jenna vivir con eso?

El helicóptero descendió mientras se acercaban al aeropuerto.

Derek señaló. —Ese es el hangar de Cobra.

—¿Tienes un hangar? —Su cabeza comenzó a palpar.

—Mantenemos el jet y este pajarito allí. Si necesitamos un mayor apoyo aéreo, lo pedimos prestado al ejército estadounidense.

Pero Jenna apenas lo escuchó, el viento azotaba el helicóptero mientras el piloto aterrizaba con cuidado a unos cien metros de un pequeño avión blanco.

—Deje los rotores funcionando hasta que estemos en el aire —dijo Derek.

El piloto le dio un pulgar hacia arriba. —Lo tienes, jefe.

Jenna hizo lo que hizo Derek: se quitó los auriculares y se desabrochó el arnés. Los tres hombres que habían venido con ellos —Malik, Dylan y Connor— eran negocios ahora. Saltaron al suelo, se agacharon y se extendieron con las armas en alto.

Parecía irreal de alguna manera, como algo de una película de acción.

Con el rifle en un cabestrillo en su pecho, Derek bajó y luego ayudó a Jenna a salir, su burka le dificultaba ver, la tela ondeando a su alrededor en el lavado del rotor. Con una mano en su codo de manera protectora y la otra sosteniendo un arma, la guió hasta el Jeep. Se amontonaron y partieron hacia el avión que esperaba.

—Buenos días señora. —El conductor le sonrió desde detrás de unas gafas de sol espejadas. —Soy Gabriel Ortiz. Seré su conductor de Uber hoy.

¿Ver? Todo va a planear. Todo está bien.

Un minuto después, se detuvieron y bajaron, los hombres de Derek montando guardia alrededor del avión mientras Derek conducía a Jenna por la escalera móvil y hacia el interior del avión.

—Guau. —El interior no se parecía en nada a ningún avión que Jenna hubiera visto.

Ocho asientos de cuero afelpado se sentaron a distancias cómodas entre sí, un televisor de pantalla plana en un extremo de la cabina y una barra en el otro.

—¿Dónde debería sentarme?

—Donde quieras, ángel. —Derek se llevó un dedo al auricular, escuchando a Javier oa alguien en la sala de operaciones. —Cobra, este es el Equipo Dos real. Estamos a bordo. Fuera. —Se volvió hacia el piloto. —Cerremos la puerta y pongámonos en marcha.

—Lo tienes.

Jenna se quitó la burka y se sentó en uno de los asientos del medio, luego se reclinó, cerró los ojos y respiró hondo. Casi había terminado. En unos minutos más, estarían en el aire. Todo esto

quedaría atrás.

—Cobra, este es el Equipo Dos real. Su vuelo está en tierra y están abordando el avión. Copiar afuera. —Derek llamó al piloto. —Pónganos en el aire, ahora.

Los ojos de Jenna se abrieron de golpe. —¿Su vuelo está en tierra? ¿Qué pasará con...?

El piloto se volvió y les gritó. —Ahora todos los vuelos están en tierra.

Derek repitió la noticia en su micrófono. —Cobra, este es el Equipo Dos. Todos los vuelos en tierra. La sacaremos en el pájaro y nos dirigiremos a Kabul, ¿cambio? Derek le desabrochó el cinturón de seguridad y le puso el burka en las manos.

—¿Q-qué está pasando?

—Probablemente han descubierto que no eres tú en ese avión, por lo que han suspendido todos los vuelos. Necesitamos llevarte de regreso al Pajarito, ahora.

Una oleada de adrenalina hizo que Jenna se pusiera de pie, con el corazón en la garganta mientras seguía a Derek hacia la puerta del avión. Preguntas corrían por su mente, preguntas que no se atrevía a hacer. Si los vuelos estuvieran en tierra, ¿cómo podrían despegar en el helicóptero? ¿No estarían más seguros en el avión con la puerta cerrada que en la pista en un Jeep? ¿Qué le había pasado a Elizabeth?

Dylan subió corriendo la escalera móvil y se detuvo cuando los vio. —Un montón de problemas se dirigen hacia nosotros.

Bajaron corriendo las escaleras hacia el Jeep.

—Cobra, este es el Equipo Dos —dijo Derek—. Cuatro víctimas y al menos veinte combatientes con armas pequeñas y un juego de rol viniendo hacia nosotros, cambio.

—¡QRF llega rápido! —Malik gritó.

—Hola uno, este es el equipo dos. No te contactaremos. Pon ese pájaro en el aire ahora, ¿cómo copiarlo? Derek gritó en su micrófono, esperando un momento antes de continuar. —Cobra, este es el Equipo Dos. Retirarnos al hangar y cambiar a Land Cruiser blindado, cambio.

Jenna saltó al Jeep delante de Derek y luego vio. —¡Oh Dios!

Cuatro vehículos, cada uno de ellos repleto de combatientes armados, avanzaban directamente hacia ellos.



LA MENTE DE DEREK corrieron a través de sus opciones mientras aceleraban hacia el hangar. El Pajarito despegaba, el piloto luchaba por la altitud para ponerse más allá del alcance del fuego de armas automáticas y ese juego de rol. Los tres Land Cruisers blindados que habían llevado a Shields al aeropuerto estaban sentados fuera de la terminal, sin que la seguridad armada del aeropuerto les impidiera entrar al recinto. El hangar, que no era a prueba de balas, tenía otro Land Cruiser blindado, pero tenían que llegar primero.

Sí, sus opciones apestaban.

Derek tenía que darle crédito al bastardo. Kazi se había movido rápido y con fuerza. Pero no iba a atrapar a Jenna, no mientras a Derek le quedara aliento en su cuerpo.

Estaba aterrorizada, sus ojos muy abiertos, su cabello castaño rojizo ondeando al viento.

Él tomó su mano, la sostuvo. —Cuando lleguemos al hangar, cambiaremos al Land Cruiser. Tendremos que movernos rápido. Eso es todo en lo que necesitas pensar ahora. Estaré ahí contigo. Todos lo haremos.

Ella asintió. —Muévete rápido.

—Eso es.

Rápido puede que no sea lo suficientemente rápido. A setenta millas por hora, iban por delante de los bastardos. Pero en el momento en que se detenían para cambiar de vehículo, los hombres de esos vehículos los alcanzaban a toda prisa.

La voz de Corbray llegó por el auricular de Derek. —Equipo Uno, este es Cobra. Deje la posición actual, diríjase hacia el norte por la carretera hasta el final de la pista. Haz un agujero en esa cerca perimetral para hacer una ruta de escape y cubrir al Equipo Dos, ¿cómo copiar, cambio?

—Cobra, este es el Equipo Dos. Buena copia. Fuera.

—¡Casi ahí! —O'Neal gritó.

Entraron por la puerta del hangar abierta de par en par.

Ortiz pisó los frenos de golpe, deteniéndolos en seco.

—¡Todos afuera! —Derek saltó y ayudó a Jenna a subir al Land Cruiser. Cruz, O'Neal, quédense con el Jeep. Cubre nuestro trasero. Atraparemoslos en un fuego cruzado. Jones, estás conmigo.

Jones se subió al asiento del pasajero del Land Cruiser delantero, mientras que Cruz saltó al asiento del conductor del Jeep, O'Neal montando una escopeta.

—¡Movámonos!

—Equipo Dos, este es Cobra. Enemy QRF casi en tu posición. ¿Cómo copiar, cambio? Dijo Corbray.

—Cobra, este es el Equipo Dos. Admitido. Fuera.

Ortiz puso el motor en marcha atrás y salió del hangar.

Jenna, bájate. Derek la guió a una posición protegida en el suelo y amontonó chalecos de Kevlar adicionales a su alrededor.

—Pensé que el vehículo era a prueba de balas.

—Lo son, pero no me arriesgaré. —Derek comprobó su M4. —Ortiz, probablemente apuntarán a nuestros neumáticos e intentarán inmovilizarnos.

Esperaba follarse a estos imbéciles que quería a Jenna viva. De hecho, contaba con ello. Ningún Land Cruiser blindado podría resistir el impacto de un juego de rol.

Ortiz frenó, se puso en marcha, pisó el suelo y el motor del vehículo respondió al instante. Gracias a Dios no estaban en un pesado Humvee. Aun así, cambiarse al Land Cruiser les había costado tiempo. Los bastardos se acercaron a ellos, Qassim en el vehículo de cabeza. Hasta el momento, no se habían fijado en Cruz y O'Neal, que ahora los perseguían.

—¡Aquí vienen! —Jones gritó.

¡Rat-at-at-at! ¡Rat-at-at-at!

Una ráfaga de fuego de armas automáticas. El ruido sordo de las balas contra la armadura.

Jenna gritó.

—Cobra, este es el Equipo Dos. Tomando fuego enemigo, cambio.

—Equipo Uno, este es Cobra. El equipo dos está tomando fuego, ¿cambio? Corbray respondió.

Jones se asomó a la ventana y apuntó con su M4.

¡Rat-at-at-at! ¡Rat-at-at-at!

Uno de los vehículos trató de detenerse frente a ellos, pero el Land Cruiser, mucho más pesado, los golpeó con fuerza y su impulso les hizo perder el control y volcar.

—¡Woohoo! —Jones gritó.

—Bolos para terroristas. —Ortiz sonrió. —Mi nuevo deporte favorito.

¡Rat-at-at-at! ¡Rat-at-at-at!

El cuerpo de Jenna se sacudió, tapándose los oídos con las manos.

El vehículo se estremeció.

—¡Hemos perdido un neumático trasero izquierdo! —Ortiz dijo.

Si tenían que hacerlo, podrían resistir el fuego de armas pequeñas hasta que la caballería lograra atravesar esa valla y unirse a la lucha, si lograban atravesarla.

—¡Que se jodan! —Jones se puso de pie, disparó tres ráfagas cortas, sacando al conductor del vehículo principal y sus dos neumáticos delanteros.

Ese fue un vehículo enemigo de lado y uno paralizado.

—Cobra, este es el Equipo Uno. Han atrincherado la carretera principal. Estamos bloqueados para dejar la terminal, ¿cambio?

¡Hijo de puta!

La caballería no vendría.

—Equipo Dos, esto es Cobra, Helo One ha regresado a la base. Refuerzos entrantes. ETA diez micrófonos.

—Cobra, este es el Equipo Dos. Entendido. Fuera. —Derek bajó la ventanilla, se asomó, apuntó al vehículo que lo perseguía más cercano, disparó y vio caer a dos hombres.

¡Rat-at-at-at!

Jones también disparó, uno de los vehículos giraba fuera de control.

¡Rat-at-at-at!

—¡Perdimos el otro neumático trasero!

Derek buscó una forma de resistir hasta que llegó ese pájaro. Podrían seguir conduciendo, pero pronto se quedarían sin pista. Podrían intentar hacer su propio agujero en la cerca perimetral y correr el riesgo de quedar atrapados sin cobertura. O podrían ponerse a cubierto y luchar. Fueron superados en número y, si el juego de rol entraba en juego, en armas, pero Jones, Cruz y Ortiz eran combatientes hábiles, los tres valían más de una docena de insurgentes.

Entonces lo vio: un muro de tres metros de alto de barreras de jersey apiladas delante.

—¡Cúbrete detrás de esa barrera!

¡Rat-at-at-at!

Jones se echó para apagar el fuego mientras Ortiz maniobraba el Land Cruiser detrás de la pared de barreras de jersey, dándoles una cobertura sólida, pero potencialmente dejándolos atrapados.

—¡Jenna, cierra las puertas y quédate abajo! —Derek no quería que Qassim la agarrara fácilmente si caían. —¡No salgas por nada ni por nadie!

Ella sacudió su cabeza. —¡No te dejaré fuera!

—¡Hazlo! —Derek abrió la puerta, se ató el casco a la cabeza y tomó una posición en la esquina de la pared, mientras Jones se subió al capó del Land Cruiser y Ortiz tomó la otra esquina.

—Cobra HQ, este es el Equipo Dos, nos hemos puesto a cubierto y estamos devolviendo el fuego. Esperando refuerzos. Fuera.

CAPÍTULO 18

Jenna estaba atrapada en una pesadilla, apenas podía respirar, el pulso le latía con fuerza en los oídos mientras los disparos explotaban a su alrededor. Cerró los ojos con fuerza y oró .

¡Dios, por favor mantenlos a salvo! ¡Mantenlos a salvo!

—¡Cambiando! —Derek gritó. —Ortiz, ¿tienes uno escondido en tu camino!

—¡Lo veo!

¡Rata-en-en! ¡Rata-en-en!

—¡Cruz está abajo! —Ese fue Malik—. ¡No veo lo mal que está, pero no se mueve!

¡Oh Dios!

Los dos hombres eran amigos cercanos. ¿Dylan estaba muerto?

Su estómago dio un vuelco.

—Cobra HQ, este es el Equipo Dos. Tenemos un hombre caído. No hay detalles disponibles. Todavía en llamas. Solicitando medevac, cambio.

¡Por favor déjelo vivir! ¡Mantenlos a salvo!

—¡Cambiando! —Malik gritó—. ¡Me quedan dos revistas!

¿Se estaban quedando sin balas? ¿Es eso lo que quiso decir?

—¡Conserva tu munición! —Derek gritó en respuesta.

¿Por qué estaba pasando esto?

Ella no valía esto. No valía la pena el esfuerzo que estaba haciendo Qassim. Seguro que ella no valía la vida de otros hombres.

Ella podría detenerlo. Podría coger un arma y disparar o salir del Land Cruiser y entregarse a Qassim.

Probablemente te dispararían, y todo esto sería en vano.

Los segundos se prolongaron como horas, los disparos incesantes, los gritos mezclados con los gritos de los heridos. ¿Uno de ellos era Dylan?

—¿Dónde diablos está ese pájaro? —Malik le gritó a Derek.

—¡Están a cuatro micrófonos!

¿Cuatro micrófonos?

¿Eso significa cuatro minutos? Cuatro minutos fueron una eternidad.

Podemos sobrevivir a eso. ¡Dios, ayúdanos a sobrevivir tanto tiempo!

Malik gritó, cayó contra el parabrisas perforado por las balas del Land Cruiser y la sangre golpeó el cristal con él.

—Cobra AQ, este es el Equipo Dos. Hemos tenido múltiples bajas y necesitamos una evacuación ahora, ¿cambio? —Derek gritó.

¡Rat-at-at-at! ¡Rat-at-at-at! ¡Rat-at-at-at!

Jenna no lo dudó. Agarró el gran kit de trauma que había visto en la parte de atrás y salió para encontrar a Malik ya en estado de shock, el sudor goteaba sobre su piel morena, la sangre brotaba de una herida de bala en el lado derecho de su pecho justo debajo de su clavícula y de una herida de salida en la espalda.

—¡Malik, mantente despierto! Ayúdame a deprimirte. —Ella envolvió uno de sus brazos alrededor de sus hombros y lo bajó tan cuidadosamente como pudo al asfalto.

¡Jenna, vuelve al vehículo!

—¡No sin Malik! —Hizo todo lo posible por ignorar los disparos y concentrarse en Malik, su entrenamiento asumiendo el control. Ella le quitó los guantes, el chaleco antibalas y la camisa, luego rasgó el botiquín médico y se puso un par de guantes de nitrilo. —¿Cuántos años tienes?

Sus dientes castañeteaban. —Treinta y seis.

¡Rat-at-at-at! ¡Rat-at-at-at! ¡Rat-at-at-at!

—Voy a hacer todo lo posible para ayudarte. —Encontró un autoinyector de morfina, lo desenroscó y se lo clavó en los cuádriceps, luego buscó alguna forma de sellar su herida en el pecho. Estaba a punto de usar un vendaje de plástico cuando vio un sello en el pecho de Asherman. —¿Eres alérgico al látex?

Sacudió la cabeza, respiraba con dificultad.

Arrancó la tira adhesiva de la parte posterior del sello, limpió la sangre de su pecho lo mejor que pudo, luego alineó el respiradero sobre la herida de bala y le pegó el sello a la piel. Ella repitió el proceso para la herida de salida en su espalda, el aire y la sangre salían por los conductos de ventilación, exactamente lo que necesitaba.

¡Rat-at-at-at! ¡Rat-at-at-at! ¡Rat-at-at-at!

—Voy a ponerle una vía intravenosa para que esté listo cuando lleguen los médicos.

—Gracias. —Su cuerpo tembló. —Eres una chica t-dura.

Pero ella no lo estaba. Ella no era dura en absoluto. Estaba temblando y muerta de miedo.

Toallitas con alcohol. Aguja intravenosa de gran calibre. Ringer lactante.

¡Gracias a Dios!

Buscó una vena, le limpió la piel con una gasa con alcohol y luego hizo todo lo posible para colocarle la vía intravenosa, lo que no fue fácil con las balas que zumbaban por encima de su cabeza. Ella necesitó dos palos para hacerlo bien. —¡Lo siento!

Ahora estaba casi inconsciente.

Quédate conmigo, Malik. Aflojó el tubo de plástico alrededor de la bolsa de fluidos, colgó la bolsa de la antena del vehículo, luego conectó el tubo a su IV y abrió los fluidos completamente. Pero no lo mantendría vivo por mucho tiempo. Necesitaba llegar a un hospital. Necesitaba cirugía, stat.

¡Rat-at-at-at! ¡Rat-at-at-at! ¡Rat-at-at-at!

Ortiz gimió y se dejó caer al suelo. —¡Mierda! ¡Recibí un rebote en mi maldito muslo!

Jenna se dirigió hacia él, pero él la detuvo, sacó un pequeño botiquín de su mochila y se dio un capricho. —¡Tengo esto! ¡Quédate con Malik!

—¡Jenna, vuelve adentro y cierra la puerta! —Derek gritó. —¡Cambiando!

¡Rat-at-at-at! ¡Rat-at-at-at! ¡Rat-at-at-at!

Recogió el equipo de trauma y corrió hacia el vehículo, luego escuchó a Derek gruñir, su rifle cayendo al suelo.

¡Rat-at-at-at!

Otro impacto de bala. Un golpe sordo.

Derek se echó hacia atrás y se quedó quieto.

—¡Derek!

¡Dios no!

Se arrastró hacia Derek, vio sangre saliendo de la tela rasgada de su camisa cerca de su hombro. —¡Derek!

¡Déjalo estar vivo!

Comprobó el pulso y encontró uno. Estaba respirando, sus vías respiratorias estaban despejadas.

¡Gracias a Dios!

Ella le abrió la camisa.

Tenía una herida de entrada en el hombro izquierdo, pero ninguna herida de salida.

¡Maldición!

Eso significaba que la bala podría haber rebotado en su interior. Podría estar en cualquier lugar: en el hueso, en el pecho, en el abdomen. Podría tener una hemorragia interna.

¡Reúnanse!

Sin sangre en la boca ni saliendo de sus oídos.

Esa fue una buena señal.

Encontró una bola de plomo aplanada incrustada en el centro de su armadura. No había penetrado, pero lo había golpeado con fuerza.

Pero los disparos se habían detenido, el silencio le enviaba escalofríos por la espalda.

Los hombres gritaban en un idioma que ella no entendía.

Gemidos Botas sobre asfalto. El distante zumbido de un helicóptero.

¡Date prisa, Javier!

Derek gimió, respiró hondo, sus ojos se abrieron, el dolor grabado en su rostro. —Métete... en el vehículo.

—Quédate tranquilo. —Ella luchó por mantener sus emociones fuera de eso, rasgó un vendaje hemostático y lo colocó sobre la herida de bala.

Trató de alcanzar su rifle.

—Todavía tienes una bala dentro, así que tómatelo con calma. —Le clavó el autoinyector en el muslo y le metió otro en el sujetador por si acaso.

—No... morfina.

—Demasiado tarde.

No parecía tener un neumotórax, por lo que se centró en su sangrado. —Esto va a doler.

Hizo una mueca cuando ella presionó con fuerza sobre su hombro.

Las botas se acercaron más.

—Quedarse quieto. Ellos vienen.

Tal vez si pensarán que ya estaba muerto...

Su corazón latía con tanta fuerza que le dolía, levantó la vista justo cuando hombres armados rodearon ambas esquinas, apuntando con armas a ella ya Ortiz, cuyas manos estaban rojas de sangre.

Reconoció a Qassim por las fotos de los drones y lo miró, gritándole en dari, su miedo desapareció momentáneamente. —¡Tu, perro!

Él la ignoró.

—¿Qué quieres que haga con ellos? —preguntó uno de sus hombres, apuntando el cañón de su rifle directamente a la cabeza de Derek.

—¡No! —Jenna gritó con una voz que apenas reconoció como propia, arrojándose sobre él, protegiéndolo con su cuerpo. —¡No lo toques!

Tráelo a él ya la chica. Deje el resto a los buitres.



DEREK VINO LENTAMENTE de su neblina de morfina, el dolor lo arrastró a la conciencia. Su mano izquierda estaba entumecida, pero su brazo le dolía muchísimo. El dolor en su pecho era igual de intenso. La bala que le había dado en el chaleco debía de haberle roto las costillas o el esternón.

Dios, dolía respirar.

Abrió los ojos y se encontró tumbado de espaldas en la parte trasera de uno de los Jeeps de Qassim, con las muñecas y los pies atados.

Bien, entonces había estado en peores situaciones. Pero sus hombres...

Jones, Cruz, O'Neal, Ortiz. Cuatro buenos hombres heridos, tal vez muriendo, tal vez muertos.

Maldita sea.

Le habían quitado el auricular, por lo que no tenía idea de lo que estaba pasando. El pájaro estaba en camino. Derek había llamado al médico. ¿Seguían vivos?

Derek había perdido hombres antes. Había perdido a todo un equipo el día que secuestraron a Laura Nilsson. Eso había sido culpa suya, su responsabilidad. ¿Era esto también obra suya?

No puedes cambiarlo ahora. Concéntrate en superar esto.

Se concentró en los latidos de su corazón, tratando de evaluar su estado. No fue rápido ni filiforme, lo que le dijo que no había perdido demasiada sangre.

Gracias a Dios por Jenna.

Ella lo había desafiado y se arriesgó a que le dispararan ella misma por cuidar de él y de Jones. Ella había frenado su sangrado y había hecho todo lo posible por aliviar su dolor. Luego se arrojó encima de él, tratando de protegerlo. Incluso había llamado perro a Qassim.

¡No lo toques!

Sí, Jenna tenía la fuerza de su hermano.

Ella se sentó en el asiento frente a él, discutiendo con Qassim, escondido bajo un burka. —¡Soy una enfermera! Déjame cuidar de él a menos que quieras la muerte de un ciudadano estadounidense importante en tus manos.

Jenna, ten cuidado.

Qassim y sus hombres se rieron.

—¡Cállate mujer o te cortaré la lengua!

Derek quería decirle a Jenna que se callara, que se mantuviera pasiva, pero no quería revelar el hecho de que estaba consciente. Cuanto más débil parecía, mayores eran las posibilidades de que Qassim lo subestimara. No es que fuera bueno en una pelea en este momento, especialmente si no estuviera atado como un pavo.

—¡No te atreverías! Sé que sabes quién es mi padre. Si quiere dinero de él, sería prudente no tocarme.

Por otra parte, Jenna parecía estar defendiéndose de estos cabrones.

—Cuando lleguemos al campamento, te pasaremos, dejaremos que todos los hombres te disfruten, y cuando terminemos, dejaremos que los perros te atrapen. ¿No es así?

Risas de hombres y gritos de acuerdo.

—Cállate, Perooz. Nadie debe hacerle daño. Cualquier hombre que la toque se enfrenta a mí.

Entonces, el bastardo bocón era el hijo de Qassim, el punk que había dejado el coche bomba.

Derek iba a disfrutar matándolo.

Salieron de la autopista y entraron en un camino lleno de baches, el movimiento discordante obligó a Derek a apretar los dientes para no gemir.

¡Hijo de puta!

—Este rebote podría hacerlo morir desangrado. Por favor, déjame ayudarlo.

—Sería mejor para él morir ahora. —Eso fue Qassim. —No te tocaremos, pero mató a más de una docena de mis hombres y pasó información a El León.

—Él solo estaba haciendo su trabajo, protegiéndome.

A Derek le dio un vuelco el pecho al oírla luchar tan duro por él. Pero si esperaba perdón o misericordia de Qassim, se sentiría decepcionada. La gente de aquí todavía estaba enojada con Genghis Khan, y ya llevaba un tiempo muerto.

—Cobra tiene más dinero que mi padre —dijo Jenna. —Él vale más para ti que yo. Eres un tonto si le haces daño o lo dejas morir.

Derek no estaba preocupado, al menos todavía no. Al secuestrarlo a él y a Jenna, y atacar, herir y posiblemente matar a los agentes de Cobra, Qassim había traído una tonelada métrica de dolor en la cabeza. Simplemente no lo sabía todavía.

Más surcos.

El dolor atravesó el hombro y el pecho de Derek y le quitó el aliento de los pulmones.

¡Mierda!

—Está despierto. —Perooz lo miró por encima del asiento trasero, sonriendo.

—Déjame al menos comprobar para asegurarme de que no se esté desangrando.

—Sea rápido —dijo Qassim. —Si intentas escapar, lo mataré.

El vehículo redujo la velocidad y luego se detuvo.

Jenna se levantó y se volvió en su asiento, y un brazo emergió de su burka, algo agarrado en su puño cerrado. —Está perdiendo sangre.

Sus miradas se encontraron por un momento a través de la malla de su burka, y Derek vio en esos ojos verdes el miedo y la preocupación que ella estaba tratando de ocultar.

—Ellos vendrán —susurró.

—Lo sé. —Sin previo aviso, le clavó algo en el muslo.

Morfina.

Dios, la amaba.

La droga se precipitó a través de él como miel tibia, mitigando su dolor, poniéndolo alto como una maldita cometa.

No va a ser así cuando lleguen a donde van. Te van a maltratar. Incluso podrían matarte si Cobra no puede moverse lo suficientemente rápido.

Sabía que era verdad, pero ahora mismo no parecía importarle.

Perooz agarró a Jenna por los hombros y la sacudió. —¿Qué le hiciste? ¿Qué dijiste?

Bastardo.

—Le di analgésicos para que no sufriera. Le dije que durmiera.

Lo último que vio Derek mientras perdía el conocimiento fue un distante destello plateado en lo alto del cielo azul.



JENNA SE ACURRUCÓ DENTRO DE SU BURKA, Fría hasta los huesos y hambrienta, el grillete de su tobillo mordía su piel. Le habían quitado el teléfono celular, la habían registrado en busca de armas y la habían estacado como a un animal en la esquina de una casa con piso de tierra, y el fuego de carbón en el centro de la habitación no hacía nada para mantenerla caliente.

Pero Derek estaba sufriendo mucho peor.

—¿Qué le dijiste al León sobre mí? —Qassim le había estado haciendo preguntas a Derek

durante la última hora, golpeándolo, el sufrimiento de Derek era insoportable para ella.

Aun así, Derek era un idiota. —Le dije que te follas a niños pequeños.

El ruido sordo de un puño golpeando la carne, otro gruñido de dolor.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Jenna.

Crees que eres un tipo duro, lo sé. Creo que no eres tan duro. Parece una herida grave en el hombro. ¿Como se siente ahora?

Derek gritó, un sonido terrible y agonizante, como un grito entre dientes.

¿Qué le estaban haciendo? ¿Dónde estaba Cobra? ¿Dónde estaba Javier?

Si no llegaban pronto, podría ser demasiado tarde. Pero sin su teléfono, ¿cómo los encontraría Javier para montar un rescate?

Jenna estaba acostumbrada al sonido del sufrimiento, los gritos de las mujeres en trabajo de parto. Su dolor tiró de su corazón, pero esto era diferente. Qassim estaba haciendo todo lo posible para lastimar a Derek, para quebrarlo. Incluso podría matarlo.

El grito terminó.

—¡Vete al infierno! —Derek gritó.

Otro golpe. Otro gruñido.

—¿Qué le dijiste al León?

—Tu mejor oportunidad... para terminar hoy con vida... es dejar ir a la Sra. Hamilton.

Sonaba como si estuviera sin aliento. ¿Tenía problemas para respirar?

Ella había pedido verlo, ofreciéndose a tratar a sus hombres heridos a cambio de poder cuidar de Derek. Pero la habían ignorado como si ni siquiera la hubieran escuchado, como si no fuera nada ni nadie.

Otro golpe. Un gruñido.

—¿Qué le dijiste al León? Habla... ¡o te castraré como a una cabra!

—¡No! —Jenna se sacudió contra la cadena, el corazón le latía con fuerza en el pecho.

—Seguiré siendo... más hombre... que tú... hijo de puta.

Otro grito terrible, éste se interrumpió.

—Deja que se desangre hasta morir. —Qassim salió furioso de la habitación, ignorándola y pisoteando fuera, sus dos hombres detrás de él.

Tenía sangre en las manos, sangre de Derek.

¿Había castrado el bastardo a Derek? ¿Derek se estaba desangrando hasta morir?

Sintiéndose enferma, con la sangre helada por el pánico, Jenna lo llamó, escuchando cualquier sonido de vida en la habitación contigua. —¿Derek?

Sin respuesta.

—¡Derek!

Aún sin respuesta.

Desesperada por alcanzarlo, Jenna trató de abrir el grillete, luego agarró la estaca de madera, meciéndola de un lado a otro con todas sus fuerzas, tratando de sacarla de la tierra dura y seca. La estaca se soltó sin previo aviso y Jenna cayó de bruces. Era mucho más largo de lo que había pensado y tenía un extremo afilado.

Un arma.

Lo recogió junto con la cadena que aún estaba encadenada al tobillo y corrió a la habitación contigua, la cadena tintineó suavemente.

—¡Derek!

Se desplomó, sin camisa e inconsciente, de un alto poste de madera, sangre fresca corriendo

por su brazo izquierdo, sus pantalones alrededor de sus tobillos, su cuerpo aún intacto.

¡Gracias a Dios!

Casi sin piernas por el alivio, corrió hacia él. Había un terrible hematoma oscuro en el centro de su pecho donde la bala había alcanzado su armadura y nuevos hematomas en sus costillas. Su rostro también estaba amoratado, laceraciones en sus mejillas, su labio sangrando, el vendaje de presión que ella le había puesto en la herida del hombro yacía, ensangrentado, en el suelo.

Dejó caer la estaca y se quitó el burka. Respiraba, pero su piel estaba fría y húmeda, su pulso era filiforme. —Derek, ¿puedes oírme?

Levantó la cabeza. ¿Jenna? No deberías... si te encuentra... te hará daño.

Buscó los nudos que sujetaban sus ataduras y luego se puso a trabajar para desatarlos. —No puedo sentarme ahí sin hacer nada mientras él te tortura.

—Sí tu puedes. Si eso significa supervivencia... puedes.

Los nudos estaban apretados, pero ella se mantuvo así hasta que el que rodeaba sus tobillos y luego el que rodeaba sus muñecas se soltó.

—Te tengo. —Ella lo tiró al suelo, agarró la camisa que le habían arrancado y lo cubrió con ella para calentarlo. Luego rompió el burka, hizo tiras y las convirtió en un vendaje para detener su hemorragia.

Eres un buen... médico de campo.

Pero las heridas de bala estaban mucho más allá de la experiencia de Jenna. —No soy médico. Soy partera. ¿Hay algo aquí que te parezca una vagina?

Se quitó otra tira de la burka y le secó la sangre en el labio, deseando tener agua caliente limpia o bolsas de hielo u otro autoinyector de morfina.

—Oye. —Levantó la mano derecha y le secó una lágrima de la mejilla. —Vas a superar esto. Cobra vendrá, esta noche, mañana.

—Se llevaron mi teléfono, Derek. ¿Cómo podrá Javier encontrarnos ahora?

—Nos encontrarán. Si Qassim me mata...

—¡No digas eso! —Algo dentro de ella se rompió, toda la tensión y el terror se unieron rápidamente. —No podría soportarlo si algo te sucediera. No entiendes? Te amo, Derek. No puedo hacer esto sin ti.

Qué ella acababa de decir

Excepto que era verdad.

Ella lo amaba.

Maldita sea.

Él la miró con una expresión de sorpresa en su rostro magullado. —Jenna, yo...

—¡Putas estúpida! —Perooz estaba en el umbral de la puerta, con el rifle al hombro. —¡Padre, ven! ¡La mujer lo ha desatado!

—Tranquilo, Jenna," susurró Derek, agarrando la estaca afilada.

Pero Qassim estaba justo detrás de su hijo. Quítala. Mátalo.

La adrenalina convirtió la sangre de Jenna en hielo, pero se puso de pie. —Si quieres matarlo, primero tienes que matarme a mí.

Perooz se abalanzó sobre ella, agarró a Jenna por el brazo, la tiró a un lado y luego miró conmocionado la estaca que sobresalía de su abdomen.

Qassim soltó un grito, levantó su arma y apuntó a Derek.

—¡No! —Jenna se arrastró hacia Derek para cubrir su cuerpo con el de ella.

Algo rebotó en el suelo de tierra.

Una granada.

CAPÍTULO 19

Derek vio la granada aturdidora y rodó a Jenna debajo de él, protegiéndola de la metralla caliente con su cuerpo. —¡Cierra tus ojos! ¡Tápate los oídos!

¡EXPLOSIÓN!

Una fuerte explosión. Un destello de luz cegadora.

Jenna gritó.

Qassim también gritó.

La pesada pisada de las botas militares.

Derek abrió los ojos para encontrar a Qassim tambaleándose a ciegas, con las manos sobre la cara, mientras media docena de agentes Cobra entraban por la puerta. Tiraron a Qassim al suelo, ignorando sus gritos y maldiciones mientras lo esposaron.

—Fue bueno que aparecieran. —Derek miró a Jenna a los ojos. —¿Estás bien?

—Lo estaré ahora. —Ella trató de sonreír, pero él pudo ver que estaba muy conmocionada—. Pensé que era una verdadera granada. Pensé...

Corbray se arrodilló junto a ellos. —Dawg, te ves como el infierno.

—Necesita ir a un hospital.

—Lo cuidaremos bien, señorita Hamilton. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, supongo que solo un poco abrumado. —Había un problema en su voz, y Derek supo que estaba al borde de las lágrimas.

—Apuesto. —Corbray miró a Perooz, que yacía sin vida a su lado, con la sangre acumulada en la tierra—. Parece que ustedes dos se estaban ocupando de los negocios sin nosotros.

Derek apretó los dientes y luchó por levantar su peso de Jenna.

—Te tengo. —Corbray le echó una mano y lo apoyó contra el poste—. Tómalo con calma, hermano.

—¿Cómo están los demás? —Preguntó Jenna. —Son ellos...?

—Ortiz, Cruz y O'Neal están fuera de cirugía y estables. Jones está vivo, pero solo gracias a usted, Sra. Hamilton. Fue un toque y se fue por un tiempo. Está en la UCI del hospital militar de Estados Unidos en Kabul .

Eso fue una buena noticia.

—Jenna es... una buena médica de campo —logró decir Derek.

Pero la adrenalina se estaba desvaneciendo, el dolor, el frío y el agotamiento se apoderaban de él.

Jenna lo arrastró hacia abajo, apoyó su cabeza en su regazo. —Descanso. Necesitamos mantenerlo caliente. Necesitará líquidos intravenosos.

Corbray se quitó el abrigo, lo extendió sobre Derek, el calor era precioso. —Espera, amigo. Doc está en camino.

—Em. Hamilton, señor Tower, no sabe lo aliviado que me siento de encontrarlo a salvo.

—Kazi. —La rabia hizo que Derek luchara por ponerse de pie—. ¡Bastardo!

Corbray lo detuvo. —Oye, hombre, relájate. Esta es una operación conjunta entre Cobra y las fuerzas de seguridad del gobernador .

La mirada de Derek se cruzó con la de Kazi. —Él está detrás de esto. Sabes que lo es.

Corbray negó un poco con la cabeza, su mirada le decía a Derek que se callara, que se ocuparían de Kazi más tarde. —Nos está ayudando aquí.

Kazi se volvió hacia Qassim y sacó su arma. —Hijo de cerdo inmundo.

Corbray bloqueó el tiro. —¡Aquí no! No frente a la Sra. Hamilton.

Kazi miró a Corbray, pero ordenó a sus hombres que llevaran a Qassim afuera.

—¿Q-qué está pasando? —Preguntó Jenna con los ojos muy abiertos.

—Creo que Kazi está a punto de deshacerse de la evidencia —dijo Corbray.

Qassim había comenzado a suplicar, sus chillidos eran patéticos. —¡Por favor no lo hagas! ¡Mataron a mi hijo! ¡Hice lo que me dijiste que hiciera! Yo solo hice...

¡Bam! ¡Bam! ¡Bam!

Jenna jadeó, saltó.

Derek le tomó la mano. —Está bien, ángel. Está bien.

Pero no estuvo bien. Ella había pasado por el infierno.

—Oh, joder. —El mundo de Derek comenzó a romperse, convirtiéndose en píxeles.

—¿Derek? —Jenna bajó la cabeza suavemente sobre su regazo una vez más. Está sangrando de nuevo. Dame lo que queda de ese burka.

Ella apretó con fuerza su hombro y él no pudo evitar gemir.

Entonces Doc Sullivan estaba allí. —Hola, jefe, señorita Hamilton.

En un abrir y cerrar de ojos, Jenna pareció tragarse el miedo y se puso a cuidar de ellos.

—Tiene una herida de entrada en el hombro izquierdo pero ninguna herida de salida. Le puse vendajes hemostáticos y de presión, pero Qassim agravó la herida para causarle dolor. Rompí mi burka e hice un aderezo con eso. Creo que se ha roto las costillas por una bala que le dio en el chaleco. Ha tenido problemas para respirar, pero no hay neumotórax. Le di veinte mg de morfina que desaparecieron hace horas.

—Gracias por cuidarlo tan bien. Vamos a ponerlo cómodo.

Un palo en el muslo de Derek. Una camilla. Una manta calentita.

Y luego Derek estaba flotando, Jenna acariciando su cabello.

Cuando volvió a abrir los ojos, estaba en un Chinook, una bolsa intravenosa colgando sobre él, Jenna sostenía su mano, su mirada preocupada se centró por completo en él.

Ella le había dicho que lo amaba. ¿Lo había dicho en serio o había sido por estrés?

Ella sonrió. —¿Cómo te sientes?

Realmente no registró su pregunta, su mirada en su rostro. —Hermoso.

Sí, estaba alto como una cometa.

Lo supo cuando llegaron al hospital militar estadounidense en Kabul, cuando le tomaron radiografías, cuando Jenna lo besó mientras lo llevaban al quirófano.

—Estaré justo aquí.

Entonces no hubo nada.



JENNA SE SENTÓ junto a la cama de Derek, observando sus signos vitales, llamando a la enfermera cuando le quedaban pocos líquidos intravenosos, cambiando la bolsa de hielo en su pecho, haciendo todo lo posible para mantenerlo cómodo. El personal le había prestado un par de uniformes médicos, ya que su ropa estaba sucia de suciedad y sangre. También le habían dado de comer y le habían traído una de esas sillas que se abrían en una cama para que pudiera pasar la

noche.

Ya era casi medianoche. El cirujano tardó un poco más de tres horas en retirar la pelota de su hombro y reparar el daño en el hueso y el tejido conectivo. No había nada que pudieran hacer por sus costillas rotas o su esternón agrietado o los moretones y laceraciones en sus mejillas y labios. Se curarían con el tiempo.

Había estado tan cerca de perderlo, tan cerca de verlo morir.

Cerró los ojos con fuerza e intentó no recordar. Malik golpeando el parabrisas en un chorro de sangre. La vista de Derek cayendo sobre el asfalto. El sonido de sus gritos cuando Qassim lo torturó. Perooz cayendo al suelo, empalado por el abdomen. El estallido de la granada paralizante.

¡Por favor no lo hagas! ¡Mataron a mi hijo! ¡Hice lo que me dijiste que hiciera! Yo solo hice

¡Bam! ¡Bam! ¡Bam!

Jenna había sido testigo de más violencia, más brutalidad en las últimas dos semanas que en el resto de su vida combinada. A través de todo, Derek había estado a su lado, protegiéndola, haciendo todo lo posible para mantenerla a salvo y volviéndola loca en la cama.

Ella le había dicho que lo amaba, y era verdad. Se había involucrado con otro hombre que se dedicaba a su carrera.

Bien hecho.

Pero ella había visto la conmoción en su rostro.

Le había dicho por adelantado que no tenía relaciones. Le había advertido que no se enredara en él. Ella se había ido y se había enamorado de él de todos modos. Por supuesto, existía la posibilidad de que él no recordara lo que había dicho. Entonces no tendría que escucharlo decirle que no funcionaría, que lo que sea que hubieran tenido ya se había acabado.

Tal vez si fingía que no había pasado nada, sus sentimientos se desvanecerían. Había estudiado algo de psicología y sabía que las personas en situaciones de supervivencia a veces forjaban vínculos especiales, producto de hormonas. Quizás lo que ella pensaba que era amor no era más que química cerebral relacionada con el estrés.

Sí, no es una oportunidad.

Buen intento, sin embargo.

Él gimió y abrió los ojos.

—Hola. —Ella le apartó un mechón de pelo de la frente. —¿Cómo te sientes?

Sus labios se curvaron en una sonrisa adormecida y drogada. —Feliz de verte.

—No voy a ninguna parte. —Cogió su jarra de agua, guiando la pajita de plástico para que no le pinchara donde se había partido el labio. —Bebida.

Él levantó la cabeza, hizo lo que ella le había pedido y luego tomó su mano con la derecha, entrelazando los dedos con los de ella. —¿Cómo están los demás?

—He ido a verlos a todos. —Ella no entraría en detalles. No necesitaba saber que Cruz casi se había desangrado y había perdido parte del colon, o que O'Neal tendría que reemplazarse la rodilla y estuvo a punto de perder la pierna. —Todos se van a recuperar. Mañana sacarán a Malik de la UCI.

Derek le apretó los dedos. —¿Cómo estás y no me digas que estás bien? Nadie que haya pasado por lo que tú pasaste hoy está bien.

Jenna empezó a decir que estaba sobrellevando la situación, pero se le hizo un nudo en la garganta y se le llenaron los ojos de lágrimas. Ella los limpió. —Estaré bien. Solo necesito algo de tiempo. Nunca había visto nada como...

Lo siento, Jenna. Se suponía que debía mantenerte a salvo. Te fallé.

—¡No digas eso! Hiciste todo lo que pudiste. Casi mueres. Si Cobra no hubiera llegado allí cuando lo hicieron, Qassim habría...

En su mente, vio a Qassim levantar su rifle y apuntar a Derek.

—Arriesgaste tu vida por la mía, Jenna. Intentaste alcanzarme, cubrirme con tu propio cuerpo. No es así como se supone que debe ir con los guardaespaldas.

—No podía dejar que te matara, Derek. Yo... Ella se contuvo de decirle que lo amaba por segunda vez.

—¿Sabes a quién vi hoy? —Su mirada era suave, sus labios hinchados se curvaron en una leve sonrisa. —Vi a Jimmy, en ti. Vi su coraje en ti. Lo que hiciste, por mí, por Jones... Eres una entre un millón, Jenna. Como tu hermano.

Las palabras de Derek pusieron un nudo en el pecho de Jenna, las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Pero en ese momento entró la enfermera.

—¡Estas despierto! —Tenía un termómetro en una mano. Estoy aquí para comprobar sus signos vitales. ¿Cómo es tu dolor?

Luchando por mantenerse unida, Jenna salió de la habitación con el pretexto de volver a llenar la bolsa de hielo de Derek. Pasó junto al arbolito de Navidad que las enfermeras habían colocado en el pasillo. Hoy había sido Viernes Negro. En casa, la gente había estado comprando, mientras Derek y sus hombres...

Jenna dejó la bolsa de hielo en la encimera, se apresuró al baño, luego cerró la puerta y dejó que sus lágrimas corrieran.



TRES DÍAS DESPUÉS, Derek fue dado de alta con el brazo izquierdo en cabestrillo y un RX para analgésicos en la mano. Mientras Corbray se quedó para supervisar las reparaciones de su complejo en Mazar-e-Sharif y para ocuparse de Kazi, Derek voló con Jenna, Cruz, O'Neal, Ortiz y Jones en un transporte médico especial desde la base aérea de Bagram al ejército de los EE. UU. hospital en Landstuhl, Alemania. A partir de ahí, Cruz, Jones y O'Neal serían admitidos en el hospital, mientras que Ortiz, Derek y Jenna se quedarían en las instalaciones de Cobra en Frankfurt, donde Derek podría recuperarse un poco antes de regresar a Estados Unidos.

Durante el vuelo, Jenna lo cuidó a él y a los demás como si fueran sus pacientes, y estaba claro que sus hombres la adoraban. Jones le dijo a cualquiera que quisiera escuchar cómo ella había salido de un Land Cruiser blindado con balas volando para salvarle la vida.

Jenna se merecía la gloria.

Ella se merecía más que eso. Se merecía un hombre que fuera bueno con ella, un hombre que fuera digno de ella, un hombre que pudiera darle la vida que quería: un hogar feliz y sus propios bebés para abrazar.

Derek quería ser ese hombre, pero no sabía cómo. Nunca había estado en una relación a largo plazo. Aunque le gustaría echarle la culpa a su trabajo, la verdad era más patética.

Nunca había tenido familia. Nunca había conocido ese tipo de vida. Hasta que conoció a Jimmy, nunca había tenido un amigo cercano. ¿Cómo podía darle a una mujer elegante e inteligente como Jenna la vida que se merecía cuando no sabía cómo era una vida normal?

Descúbrelo o déjala ir.

Así de sencillo.

No fue nada simple.

Ella le había dicho que lo amaba. La verdad era que él también la amaba. La amaba hasta la sangre y los huesos. No había dicho nada al respecto desde entonces, temiendo poner en movimiento algo de lo que ella se arrepintiera. No habían hablado en absoluto sobre el futuro: adónde iría, qué haría, si se verían una vez que regresaran a Estados Unidos.

Maldito cobarde.

La vio comprobar los apósitos de Jones, con una sonrisa en el rostro. Estaba tratando de ocultarlo, pero lo que había pasado la había dejado luchando. Lo había visto antes en los soldados jóvenes: la conmoción que siguió a esa primera batalla y la brutalidad del combate.

Se dio cuenta de que él la miraba y su sonrisa se iluminó, provocando un nudo en su pecho. Se puso de pie, se quitó los guantes de nitrilo y se acercó a él, bajando la voz para que solo él pudiera oír. —¿Cómo está mi paciente favorito?

La agarró por la cintura, el aliento silbando entre los dientes ante el dolor en el pecho. Siéntate en mi regazo y te mostraré cómo soy.

Ella rió. —Esas son palabras importantes para un hombre que no puede moverse sin hacer una mueca.

—¿Puedo evitarlo? Te veo y te quiero.

—Lo siento, pero no hay Mile High Club en vuelos médicos.

—Maldita sea. No eres divertido.

Ella se sentó a su lado, se inclinó hacia él. —Espera a que llegemos a nuestra habitación.

Corbray se había encargado de todo. Cuando aterrizaron, el equipo de Derek y el equipaje de Jenna fueron trasladados al helicóptero y llevados con ellos al complejo de Cobra en Frankfurt, un enorme edificio de piedra y vidrio en las afueras de la ciudad.

Quería sostener la puerta para ella, pero ella la sostuvo para él, cualquier movimiento con los brazos o la parte superior del cuerpo era insoportable.

—Guau. —Ella miró a su alrededor.

—¿Impresionado?

—Este lugar parece un elegante edificio de oficinas, no un búnker. Pero supongo que ya no estamos en una zona de guerra.

Él tomó su mano y se la llevó a los labios. Estás a salvo aquí, Jenna. Lo prometo.

Se instalaron en la suite reservada para él o Corbray, sin que nadie se inmutase cuando Jenna se quedó con él.

Jenna comenzó a desnudarlo. —Es hora de que duermas.

—Ojalá te quitaras la ropa por otras razones.

Pero sí, estaba cansado. Realmente exhausto.

Ella le dio un vaso de agua y una pastilla para el dolor. —Descanso.

Se quedó dormido mientras Jenna se duchaba y se despertó cuando sonó su teléfono.

Corbray.

—Necesitamos hablar en privado. Tengo noticias, y no te van a gustar.

—Vamos a oírlo.

Cinco minutos después, Derek terminó la llamada, lo suficientemente enojado como para atravesar algo con el puño. Estaba fuera de la cama cuando Jenna salió del baño, envuelta en su bata de baño. Ella lo miró y se detuvo en seco.

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

¿Cómo iba a decirle esto?

Cruzó la habitación y la besó en la frente. —Acabo de recibir una llamada de Corbray. Tuvo una larga reunión con Kazi. También recibió noticias de algunos contactos en Washington, personas a las que les había pedido que investigaran un poco .

—Dime.

—Jenna, tu padre... —Mierda. Esto fue más difícil de lo que Derek había imaginado. —Él despidió a Cobra cuando estaba claro que no podría persuadirte de que regresaras.

—¿Él te despidió? Todo esto, todo lo que hiciste por mí...

—Fue mi elección.

Ella lo miró fijamente, claramente asombrada.

—Después de despedirnos, tu padre se puso en contacto con Kazi y lo sobornó para que te desalojara de la provincia. Tenemos un registro de las llamadas telefónicas y los quinientos de los grandes que su padre le transfirió.

—¿Qué?

—Kazi todavía niega que Qassim trabajara para él. Dice que Qassim decidió secuestrarte y exigir un rescate, pero Corbray y yo no lo compramos. Sabemos que Qassim trabajó para él. Creemos que Kazi quería obtener más de tu padre y le ordenó a Qassim que te secuestrara para pedir un rescate. Planeaba decirle a tu padre que los malos te habían secuestrado y luego quedarse con el rescate para él, tal vez incluso reclamar el crédito por rescatarte. Kazi solo cambió de bando cuando quedó claro que Cobra iba a salir victorioso.

El aliento dejó los pulmones de Jenna en una ráfaga, la sangre se le escapó de la cara. —¿Mi padre estuvo detrás de todo esto? ¿Él lo inició?

—Él fue el catalizador.

El dolor en el rostro de Jenna rompió el corazón de Derek.

—Lo siento mucho. —Ignoró el dolor en su pecho y la atrajo hacia sí.

Casi hace que te maten, y a los demás. Ella se echó hacia atrás, claramente tambaleándose. —¿Cómo puedes siquiera soportar mirarme? ¿Cómo puedes tocar...?

Él le tomó la mejilla y la miró a los ojos. —No es culpa tuya, Jenna. Nada de lo que hizo ese bastardo es culpa tuya.

Cuando regresaron a Washington, DC, lo primero que Derek iba a hacer era visitar al senador Hamilton.

CAPÍTULO 20

Oh! Jenna miró con asombro y deleite. —Es bonito.

El mercado navideño de Frankfurt en Römerberg fue un espectáculo para la vista. Luces de colores brillaban por todas partes, un árbol de Navidad de tres pisos de altura en un extremo de la plaza. Se habían instalado pequeñas cabañas para los vendedores en ordenadas filas. Los aromas le hicieron la boca agua: nueces tostadas, salchichas asadas, pan de jengibre, pretzels frescos, vino caliente, pasteles, pan recién horneado y más. Incluso hubo un carrusel.

Habían decidido quedarse en Frankfurt otros diez días para tener tiempo de descansar. Derek parecía tener menos dolor, aunque su hombro tardaría en curarse por completo. Jenna se había quitado los puntos y sus dolores de cabeza eran cada vez menos frecuentes. Aun así, no tenía prisa por volver a casa.

Derek la besó en la sien, su brazo izquierdo todavía en cabestrillo. —Es la primera vez que te veo sonreír en días.

—Sonrío cuando estamos en la cama, ¿no?

—Sonreír. Gritar. Garrame. Pero eso no cuenta.

Era cierto que Jenna no se había sentido como ella misma últimamente. La noticia sobre su padre la había conmovido más de lo que hubiera imaginado, y toda su vida estaba en el aire. No tenía casa, ni trabajo, ni idea de dónde viviría. Peor aún, cada vez que cerraba los ojos, las imágenes del día en que había sido secuestrada llenaban su mente, siguiéndola hasta dormirse.

Derek había sido increíblemente comprensivo con todo eso, especialmente considerando que sus heridas eran consecuencia de las deplorables acciones de su padre. La había escuchado mientras ella se enfurecía por su padre, la despertaba por la noche cuando tenía pesadillas y la abrazó cuando no había podido contener las lágrimas.

—Estás de duelo —había dicho anoche. Tu padre te traicionó, Jenna. Si no estuvieras herido, si no estuvieras molesto, pensaría que algo anda mal.

Sus palabras habían golpeado de frente la fuente de su desdicha.

Lo que había hecho su padre la había dejado ineludiblemente triste.

Pero no quería pensar en eso ahora, no en un país de las maravillas navideñas con Derek todavía a su lado.

Comieron salchichas en bollos recién horneados, luego caminaron para mirar a los vendedores, con los dedos entrelazados. Jenna compró unas galletas de jengibre para más tarde, mientras que Derek le compró un pañuelo de cachemira púrpura.

Le dio un beso en la nariz. —Para mantenerte abrigado.

Ella se acurrucó en él, rozó sus mejillas contra la suavidad. —Gracias.

El afecto en sus ojos azules le dio esperanza, le levantó el ánimo.

Se quedaron fuera hasta que la noche se volvió realmente fría. Entonces Derek pidió el coche, una limusina a prueba de balas, y regresaron al complejo Cobra.

—¿Cuántos de estos tiene Cobra?

—¿Limusinas?

—Limusinas, compuestos, todo eso.

Derek frunció el ceño pensativo. —Tenemos ocho complejos: uno en Uganda, uno en Mazar-e-

Sharif, uno en Irak, uno en Israel, uno en Australia, uno en DC, además de nuestra sede principal y un centro de capacitación en Denver, y éste, y probablemente doce limusinas, además de Land Cruisers, una docena de helicópteros y algunos jets.

—Guau. Supongo que vale la pena estar en el negocio militar privado.

Él rió entre dientes. —La paga es acorde con el riesgo.

—Yo creo eso.

Cuando regresaron a su habitación, cada uno comió una galleta de jengibre, Derek lamió el azúcar en polvo de su labio superior. Lo que llevó a besar. Y más besos.

Jenna lo ayudó a desvestirse, se quitó la ropa.

—Me gusta a dónde vas con esto, pero estás en la cima de nuevo —dijo.

—Dices eso como si fuera algo malo.

—Oye, deja la bufanda puesta.

Con la bufanda envuelta alrededor de su cuello, Jenna se sentó a horcajadas sobre él, tomó su dura polla dentro de ella, los dos gimiendo casi al unísono. Ella se apretó contra él mientras él ahuecaba y acariciaba sus pechos, tirando y pellizcando sus pezones, frotando sus doloridas puntas con suave cachemira, raspándolos con su callosa palma.

Se sentía tan bien, demasiado bien. Jadeando, sudando, su cuerpo ardiendo, derritiéndose por dentro, necesitando, necesitando más de él. Derek. Solo Derek.

Ella corrió fuerte y rápido, luego lo montó, sus caderas empujaron para encontrarla, los dedos de su mano derecha se clavaron en su cadera.

Joder, sí. Jenna. —Su cabeza se echó hacia atrás cuando se corrió, sus ojos se cerraron con fuerza, el aliento salía de sus pulmones.

Dios, ella lo amaba. No lo había vuelto a decir, se había guardado sus sentimientos. No quería arruinar lo que tenían ahora poniéndolo en un aprieto.

Se quedó ahí por un momento, su cuerpo relajado.

Entonces sus ojos se abrieron. —Maldita mujer. El sexo contigo sigue mejorando.

Con el cuerpo lánguido, besó el gran hematoma en su pecho, luego se acurrucó contra su costado derecho, con cuidado de no lastimarlo.

—Cuando regresemos a DC, te enfrentarás a mi padre, ¿no es así?

Derek se quedó callado por un momento como si no estuviera completamente seguro de lo que podía decirle. —Si. Corbray está preparando un informe para el Secretario de Defensa, el Comité de Servicios Armados del Senado y el Estado Mayor Conjunto.

—Guau. —Aun así, sabía cómo terminaría esto.

—Se saldrá con la suya. Lo sabes, ¿no? Siempre lo hace.

Nada de lo que había hecho su padre se le había pegado nunca, ni las violaciones al financiamiento de la campaña, ni las acusaciones de acoso sexual, ni sus mentiras y muchos abusos de privilegio y poder.

—No se saldrá con la suya, Jenna, no esta vez. Sus acciones casi llevaron a la muerte de cuatro veteranos estadounidenses condecorados:

—Cinco. Tú también, ¿recuerdas?

—Está bien, cinco. Y le costó a Cobra al menos un millón en daños. Tenemos más aliados de los que él cree, y él tiene más enemigos. Cuando la prensa se apodere de esto...

Su padre estaba en una mierda tan profunda.

—Quiero ir contigo.

—No estoy seguro de que sea una buena idea. Algo de lo que tenemos que discutir está

potencialmente clasificado. Es probable que se convierta en una confrontación.

—Bueno.

Jenna también tenía cosas que quería decirle a su padre.



DEREK SE SENTÓ en la parte trasera de la limusina vestida con un traje, Jenna a su lado con el traje de diseñador que había comprado para la ocasión, luciendo como un millón de dólares, su hermoso cabello colgando suelto. Se dio cuenta de que estaba nerviosa. —Va a estar bien.

Ella asintió con la cabeza pero no dijo nada, sus dedos frotaban la superficie irregular de las placas de identificación de su hermano, que todavía llevaba alrededor de su cuello.

Mientras Jenna había salido de compras, Derek y Corbray se habían reunido con el Estado Mayor Conjunto, el Secretario de Defensa y miembros del Comité de Servicios Armados a puerta cerrada, presentando sus pruebas condenatorias, incluidas las imágenes de los drones y los registros telefónicos y bancarios. como una grabación que Corbray había hecho de la casi confesión de Kazi.

Nadie se lo había tomado bien. Los aliados de Hamilton se habían distanciado rápidamente de él cuando cambió la marea. Habían propuesto una investigación del Congreso, pero le habían concedido a Derek el favor de dejar que Jenna se enfrentara a su padre antes de anunciar nada.

Al final del día, el imperio de suciedad de Hamilton se derrumbaría.

Se detuvieron en el edificio de oficinas del Senado de Dirksen en Constitution, y el conductor se detuvo para dejarlos salir. Derek subió las escaleras con Jenna y atravesó la puerta principal. —Derek Tower, director ejecutivo de Cobra International Security, está aquí para ver al senador Hamilton. Estoy armado.

Entregó su arma de fuego y le mostró al hombre su identificación, luego pasó por el detector de metales y se registró.

—Jenna Hamilton, hija del senador Hamilton. —Les dio su identificación y su bolso y pasó por el detector de metales.

—¿El senador te está esperando?

Jenna sonrió. —Acabo de regresar del extranjero. Es una sorpresa.

El guardia de seguridad no parecía feliz con las sorpresas, pero las dejó pasar.

Subieron en ascensor hasta el último piso, Jenna se puso visiblemente más nerviosa.

Derek deseaba poder hacer esto más fácil para ella. —No tienes que hacer esto.

—Lo necesito fuera de mi vida.

De acuerdo, eso tenía sentido.

Llegaron al piso superior y caminaron por un pasillo lleno de cabilderos y aduladores hasta las oficinas de Hamilton y entraron.

La asistente administrativa levantó la vista de su escritorio. —¿Puedo ayudarte?

—Soy Jenna, la hija del senador Hamilton, aquí para ver a mi padre.

—Lo siento, pero ahora está con alguien.

—Eso es muy malo. —Jenna caminó hacia la puerta cerrada de la oficina y entró, Derek la siguió al interior.

—¿Jenna? —Hamilton miró a su hija, su mirada pasando de Jenna a Derek, su expresión se volvió cautelosa.

Entonces, el bastardo no sabía que Jenna había regresado.

Kazi, como parte de su penitencia, había prometido no advertir a Hamilton, y aparentemente había cumplido su palabra, al menos sobre eso.

—Necesitamos hablar.

—Como puede ver, estoy en medio de...

—Ahora.

—¿Sabes qué? Iré. Podemos terminar esto más tarde. —Un hombre en traje de negocios se levantó de uno de los lujosos sillones de cuero y salió apresuradamente por la puerta, maletín en mano.

Hamilton se puso de pie, su mirada se encontró con la de Derek, su labio superior se curvó. —¿Qué estás haciendo aquí? Te despedí Si has venido por dinero...

Jenna lo interrumpió. —Yo sé lo que hiciste. ¿Sabes lo que pasó como resultado de tus acciones?

Las pupilas de Hamilton se dilataron. Temor. —¿De qué estás hablando ahora? Acabas de interrumpir una muy importante...

—Enviaste a Derek a traerme a casa y le dijiste que usara la fuerza si era necesario. Cuando no quiso hacer eso, sobornó al gobernador Kazi con quinientos mil dólares para que anulara mi permiso para trabajar en la provincia de Balkh.

La cara del bastardo se sonrojó. —No tomes ese tono conmigo, pequeña.

Derek apretó el puño derecho.

Oh, el hijo de puta estaba pisando hielo delgado ahora.

Jenna no se acobardó. —¿Sabes qué pasó después? Kazi envió a uno de sus hombres a secuestrarme. Él quería...

—Te dije que no era seguro allí, pero no me escuchaste. Te dije que te quedaras en casa, encontraras un marido y no desperdiciases tu vida...

—¡Estaba seguro y feliz allí hasta que empezaste a interferir! Kazi quería dinero de rescate de usted. Pensó que jugaría en ambos lados, el héroe y el villano, y saldría unos millones más rico. Sus hombres detonaron un coche bomba fuera del complejo de Cobra. Una persona murió y yo resultó herido. ¿Mira esto? Puntadas.

—Deberías haberte quedado en casa.

—Me secuestraron, me amenazaron con violarme. Vi a hombres morir por tu culpa.

Hamilton se estaba poniendo nervioso. —Ni siquiera conozco a esta persona Kazi.

—¡Mentiroso! Hay registros telefónicos y registros bancarios. Sabemos lo que hizo, al igual que el Estado Mayor Conjunto y la mitad del Congreso a estas alturas.

Hamilton había empezado a sudar, gotas de sudor aparecían en su frente. Dio la vuelta a su escritorio, acercándose a Jenna. —¿Te reuniste con ellos?

Derek se acercó también.

—Cinco agentes de Cobra fueron baleados tratando de protegerme de los asesinos a sueldo de Kazi, incluido Derek. Uno de esos hombres todavía está en el hospital.

—Esta es la primera vez que escucho algo de esto. No puedes culparme. No tuve nada que ver con eso. Si te hubieras quedado en casa como te dije...

—¡Cállate! ¡Solo callate! Hiciste la vida de James un infierno. Tú eres la razón por la que entró en el ejército. Quería alejarse de ti. También hiciste de mi vida un infierno, interfiriendo en todas las decisiones que he intentado tomar. ¡Probablemente llevaste a mamá al suicidio!

Hamilton retiró la mano como para golpear a Jenna.

Derek agarró su muñeca en el aire. —Tócala y te acabaré.

—Eso es una amenaza.

Maldita sea, será mejor que lo creas. Derek lo soltó.

Pero Jenna no había terminado. —A partir de hoy, estás fuera de mi vida. Te repudio. No eres mi padre Eres solo otro político corrupto que juega con la vida de otras personas. No quiero volver a saber de ti por ningún motivo.

—No obtendrás ni un centavo de mi patrimonio.

—No quiero tu dinero. No quiero nada de ti.

Ahora era el turno de Derek. —Hemos entregado todas las pruebas que reunimos a los investigadores del Congreso. Estarán en contacto esta tarde. También recibirá una factura de Cobra por daños más tarde hoy.

—No pago por nada de lo que hizo Kazi.

—Oh, creo que lo harás. —Derek tomó la mano de Jenna en la suya, y los dos salieron de la oficina de Hamilton, pasando a su asistente aturdido, las amenazas de Hamilton los seguían por el pasillo.



JENNA SUBIÓ A LA LIMUSINA, Derek se deslizó a su lado. Ella no quería llorar. No quería desperdiciar una sola lágrima en su padre, pero su corazón estaba hecho jirones. —Ni siquiera me preguntó cómo estaba. Le dije que había sido herido, secuestrado y amenazado con violarme, y en lo único que podía pensar era en él mismo.

—Lo siento mucho, ángel. —Derek envolvió su brazo sano alrededor de ella y la atrajo hacia él. —Está bien llorar.

—Nunca lloras. —Ella nunca lo había visto llorar.

—Estoy jodido.

Eso hizo reír a Jenna. —No estás jodido.

¿Qué tal si recogemos nuestras cosas y nos registramos en el Four Seasons? Has tenido suficiente de vivir en recintos militares privados, ¿no?

—No me importa. ¿No es el Four Seasons super caro?

—Yo puedo permitírmelo. Has tenido un día difícil. Déjame hacer algo para mimarte.

Jenna resopló, sin importarle dónde se quedaban. —Bueno.

Regresaron al edificio Cobra, empacaron sus maletas y tomaron la limusina al Four Seasons, Derek llamó con anticipación a su teléfono celular para reservar una habitación. —¿Está disponible la Suite Real?

¿Suite Real?

Derek dio su número de tarjeta de crédito por teléfono. —Gracias.

Ella lo miró fijamente. —¿Estás loco?

Él pareció considerar su pregunta. —Jodido, pero no loco.

—Has hecho suficiente por mí, Derek. Si no fuera por ti, probablemente no estaría aquí.

—Déjame consentirte, solo un poco.

Si estaba tratando de distraerla, estaba funcionando. La Royal Suite tenía el doble de pies cuadrados que su antiguo condominio con una decoración Art Deco de alta gama, una enorme bañera hundida y todos los lujos que un hotel podía ofrecer. Comieron al servicio de habitaciones en el comedor, se quedaron un rato en el balcón con vista a las luces de la ciudad, hicieron el amor en la cama king, empapados en la enorme bañera.

—¿Te estoy lastimando? —Jenna se reclinó y apoyó la cabeza con cuidado contra el lado derecho de su pecho.

—No. —La besó en la sien. —¿Como te sientes?

—Va a haber una tormenta mediática, ¿no? —No se le había ocurrido hasta que vio a su ex padre en una conferencia de prensa en CNN que probablemente los reporteros aparecerían en su puerta.

—Me lo imagino. Podemos brindar seguridad.

—Has hecho suficiente por mí, más que suficiente. Fuiste despedido, ¿recuerdas?

—Sí, pero no sigo bien las órdenes. No te dejaré solo con esto.

Sus palabras le hicieron un nudo en la garganta. —No sé a dónde ir desde aquí. Necesito encontrar un trabajo en alguna parte, comprar una casa, sacar mis cosas del almacenamiento.

—¿Sabes dónde quieres vivir?

—No en DC" Ella había terminado con este lugar.

—¿Por qué no te quedas conmigo un rato? Tengo un lugar en Denver no lejos del centro. Hasta que este hombro sane, no iré al extranjero. Puede tomarse su tiempo, averiguar exactamente lo que quiere hacer, volver a ponerse de pie. Puedo mostrarte Colorado.

—¿En serio? ¿No estaré invadiendo tu espacio de hombres?

Él rió entre dientes. Invade todo lo que quieras. Hay un gimnasio en el edificio. Creo que también hay una gran bañera en mi baño, pero no puedo recordarlo.

—¿No puedes recordar?

—No estoy mucho en casa.

Ella creía eso. —¿Estás seguro de que no te importa?

—No hubiera preguntado si no estuviera seguro, Jenna. Me preocupo por ti.

El corazón de Jenna se elevó al escuchar esas palabras. No, no era que te amaba, pero la había invitado a quedarse con él, dándole más tiempo juntos. —Gracias. Y, Derek, para que conste, yo también me preocupo por ti.

CAPÍTULO 21

Después de organizar el envío de las pertenencias de Jenna al condominio de Derek en Denver, volaron en un jet privado al Aeropuerto Internacional de Denver y tomaron una limusina por la ciudad.

Ella estiró la cabeza. —¿Dónde están las montañas?

Señaló hacia el oeste. —Los verás desde mi balcón.

Mientras se acercaban a su edificio, Derek vio a un grupo de periodistas reunidos en la acera. Mierda. Apretó el botón para hablar con su conductor. —Vamos a entrar por el garaje.

—Sí señor.

Los reporteros estaban allí para Derek, no para Jenna, pero en el momento en que reconocieran a Jenna, irían tras ella, y su relación con ella, como se pudiera etiquetar, se convertiría en parte de la prensa en torno a la caída de su padre.

Condujeron hacia atrás y pasaron por un control de seguridad, el conductor se detuvo cerca de los ascensores.

Derek le dio las gracias. —¿Puedes aparcar y traer nuestras maletas?

—Sí señor.

Derek normalmente se encargaría de eso él mismo. Pero, aunque ya no llevaba el cabestrillo, su hombro y costillas dificultaban el transporte de cualquier cosa. También preferiría concentrarse en Jenna.

Subieron en ascensor hasta el undécimo piso.

Jenna miró alrededor del pasillo fuera de su puerta. —Esto es elegante.

—¿Te gusta?

Derek sería un mentiroso si dijera que no está nervioso. Había traído mujeres a su casa para tener sexo, pero nunca había tenido una mujer que se mudara con él, ni siquiera temporalmente. Una parte de él tenía miedo de ir demasiado lejos, que cruzar este umbral solo terminaría con Jenna lastimada. Aun así, no pudo encontrar la fuerza para dejarla ir.

Marcó su código de acceso, abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarla entrar.

Entró, miró hacia el candelabro de la entrada. —¡Guau!

Aparte de la vista de las montañas, nunca había pensado mucho en el condominio. Era solo el lugar donde venía a ducharse, dormir y comer entre trabajos.

—¿Decoraste este lugar? Todo es de tan buen gusto.

Diablos, no. Contraté a alguien para eso. Si me hubieran dejado a mí, probablemente se vería más como un armario de armas o un gimnasio.

Se encontró sonriendo mientras ella se movía por el espacio, pareciendo amar lo que veía. La cocina con sus electrodomésticos de aluminio, encimeras de mármol y refrigerador para vinos con paredes de vidrio. La sala de estar, que tenía una chimenea y ventanales que miraban al oeste hacia las montañas. El dormitorio principal con sus vestidores dobles y un baño enorme.

—Tienes una bañera enorme, justo en frente de las ventanas. ¿Cómo pudiste olvidar eso? ¡Mira qué grande es esta ducha! Podrías tener cuatro personas allí.

Solo quería una: ella.

La siguió hasta el segundo dormitorio, que servía como área de almacenamiento para el equipo.

Tus armas tienen su propio dormitorio. Eso es lindo.

—La mayoría de mis armas de fuego están guardadas en las instalaciones de Cobra. Esto es para equipo táctico, chalecos antibalas y armas de fuego personales, principalmente piezas de transporte ocultas.

—¿Transporte oculto? —Ella lo miró de arriba abajo. —¿Estás armado ahora?

—Sí. —Se levantó la camisa para mostrarle la pistolera metida en los pantalones.

—Bueno saber.

El tercer dormitorio era su oficina en casa y estaba cerrado con llave.

—¿Aquí es donde se guardan los secretos de estado?

Había algo allí que quería que ella viera. —Te mostrare.

Ingresó el código de combinación, encendió la luz y la condujo adentro. Sacó el pequeño álbum de fotos del estante y se lo entregó.

Ella lo miró con curiosidad en el rostro y luego la abrió. —Oh Dios.

Derek y Jimmy sonrieron en la foto, ambos vistiendo ACU, un balón de fútbol en la mano de Jimmy y un grupo de jóvenes afganos a su alrededor. —Tomó muchas fotos. A veces me pasaba la cámara. No era muy bueno.

Jenna se sentó, pasó las páginas, sonriendo entre lágrimas al ver las fotos. Derek y Jimmy jugando al fútbol con los chicos del pueblo. Jimmy sentado en el capó de un Humvee, M4 en mano. Derek sentado sin camisa a la sombra en alguna base de operaciones avanzada, limpiando la arena de su arma, con una larga barba en la cara.

—Yo lo extraño mucho. Recuerdo el momento en que el reportero me dijo que lo habían matado en acción. Fue como perder todo mi mundo. Me sentí tan solo.

La desesperación en su voz abrió el dolor dentro de Derek, su dolor aún era agudo si se permitía pensar en ello.

—Me aplastó. Casi me rompe. —Derek nunca le había admitido esto a nadie, pero Jenna no era cualquiera. Nunca se había sentido más conectado con otra persona, más íntimo, más cómodo que con Jenna. —He pasado muchos días desde entonces deseando haber tomado esas rondas, no tu hermano.

Jenna dejó el álbum de fotos a un lado, se puso de pie y lo rodeó con los brazos. —Mi hermano no quería que te sintieras así. Eras su mejor amigo. Te amaba, Derek. Tengo que creer que él te salvó para que tú pudieras salvarme.

Una parte de Derek quería rechazar esa idea. No creía en Dios. No creía en el destino. Aun así, algo en sus palabras se sintió bien. Se deslizaron dentro de él, se apoderaron, calentando el frío y desolado vacío que era su alma.

Hizo el amor con Jenna después de eso, quitándole la ropa, extendiéndola en su cama y cayendo sobre ella antes de conducirse a casa dentro de ella. Luego la abrazó, con la cabeza y el corazón llenos de ella: su sabor, su aroma, la sensación de ella en sus brazos.

No sabía si Jimmy podía oírlo, pero envió un pensamiento volando hacia el cielo de todos modos.

La tengo, amigo. Yo la cuidaré.



JENNA DESPERTÓ a la mañana siguiente para encontrar a Derek preparándose para el trabajo. Ella lo vio abrocharse la camisa de vestir blanca y ponerse una corbata de seda gris.

Cuando vio que estaba despierta, se acercó a ella y le plantó un beso en la frente. —¿Dormiste bien?

—Sí. —Sin pesadillas. —Tienes fisioterapia hoy, ¿verdad?

Él frunció el ceño. —No me lo recuerdes. Cobra está organizando su fiesta oficial mañana por la noche. Me olvidé por completo de eso. Quiero tomarte como mi cita y presentarte.

—Oh. Una cita. —Se sentó, sosteniendo la sábana contra sus pechos desnudos.

—Es una cosa de corbata negra.

—No tengo nada que ponerme. —Sus pertenencias no llegarían hasta mañana, pero de todos modos no tenía ningún vestido elegante. —¿Hay un centro comercial por aquí?

—No quiero que salgas sin escolta, no con toda la prensa que rodea a tu padre. Ese es mi consejo oficial como su ex guardaespaldas.

Jenna sabía que un pequeño grupo de reporteros había estado en la acera del frente, esperando entrevistar a Derek. —Podría llamar a un taxi.

Sacudió la cabeza. —Haré que mi comprador personal de Saks se ponga en contacto con usted. Ella puede traerte la tienda.

—¿Tu comprador personal? ¿Quinta Avenida de Saks?

Señaló su corbata. —¿Crees que salgo y compro estas cosas yo mismo? No tendría ni idea. Puedo decirte cómo usar accesorios para la batalla y saber qué chalecos antibalas es chic esta temporada, pero no sé nada sobre... —dio la vuelta a la corbata para mirar la etiqueta—. Calvin Klein.

Jenna se rió pero negó con la cabeza. —Creo que Saks podría estar fuera de mi rango de precios. Hace seis meses que no me pagan, ¿recuerdas?

Ella había financiado su trabajo en Afganistán por ella misma, no el hospital, una ONG o el gobierno afgano. Sí, todavía tenía dinero ahorrado por la venta de su condominio en DC, pero lo necesitaba para comprar un nuevo lugar. Y después de seis meses en Afganistán, todo esto —el lujo del piso de Derek, las limusinas, Saks— parecía frívolo, fuera de contacto, incluso abrumador.

Es un choque cultural inverso. Eso es todo.

La partera que había trabajado en el hospital antes de Jenna le había advertido que esto sucedería.

—El comprador personal es gratis. Saks está sobre mí.

Ella comenzó a objetar, pero él se inclinó y la detuvo con un beso.

—Puede que no lo hayas notado, pero tengo mucho dinero. Déjame gastar un poco en ti. —La besó de nuevo, agarró su chaqueta deportiva y deslizó con cuidado su brazo izquierdo en ella. —Hice café. Hay un restaurante en la planta baja que hace huevos Benedict increíbles. Solo dales un zumbido y me lo cobrarán y lo entregarán.

—Como servicio de habitaciones.

—Al igual que el servicio de habitaciones. Creo que hay un menú junto al teléfono en la cocina.

—¿Ya comiste?

Sacudió la cabeza. —Agarraré algo en la oficina.

Así era su vida fuera de las zonas de guerra. Vivía como si su casa fuera un hotel. La revelación le dio a Jenna una idea.

Se levantó de la cama, se puso la bata y lo acompañó hasta la puerta. —Tenga un buen día.

Le llevó una mano a la mejilla y le dedicó una sonrisa torcida. —Igualmente.

Pidió el desayuno y se puso al día con los correos electrónicos de sus amigos mientras comía y tomaba un sorbo de café. Sí, estaba de regreso en los Estados Unidos. Fue una larga historia. Había aprendido mucho en Afganistán, sobre sí misma, sobre el mundo. Ahora estaba buscando trabajo, pero quería concentrarse en el área de Denver. Sí, a ella también le encantaría reunirse con ellos.

Para cuando se hubo duchado y vestido, había un mensaje de la compradora personal de Derek, Carolyn, en su teléfono. Devolvió la llamada, respondiendo a todas las preguntas de Carolyn lo mejor que pudo sobre sus medidas, altura, peso y color. —Quiero un vestido que ponga a Derek de rodillas.

Carolyn llegó temprano en la tarde con un perchero —¡un perchero!— de vestidos. Vestidos con lentejuelas. Vestidos de terciopelo. Vestidos de seda. Vestidos de ilusión.

—Te ganaste la lotería de novios. —Carolyn buscó entre los vestidos los que pensó que le quedarían bien a Jenna.

Jenna se contuvo de decirle a Carolyn que no era la novia de Derek. Podía disfrutar de la fantasía por un tiempo, ¿no?

Siempre que no te pierdas en él, adelante.

—Pero con esa figura, esos ojos, tu cabello... Digamos que si yo tuviera tu edad, también habría intentado atraparlo.

Jenna no estaba segura de cómo responder a esto, así que lo dejó pasar, probándose un vestido tras otro hasta que llegó a un vestido corto con hombros descubiertos de terciopelo azul oscuro. —¡Oh!

Le quedaba perfectamente, aprovechando al máximo su busto, cintura y caderas.

—No podrá apartar los ojos de ti.

Jenna estudió su reflejo, se levantó el cabello en la parte superior de la cabeza. —Espero que no.

—Necesitarás la lencería adecuada, por supuesto, un sostén que acentúe tu busto y tal vez unas bragas a juego. Me tomé la libertad de traer algunos.

Carolyn tenía razón, pero Jenna insistió en pagar ella misma la lencería.

Después de que Carolyn se fue, Jenna siguió adelante con su plan. Hizo un menú, luego buscó en la nevera y los armarios de Derek, solo para encontrarlos desnudos, aparte de los granos de café, algo de leche que estaba cerca de su fecha de vencimiento y mostaza. Tenía ollas y sartenes, pero parecían nuevas y sin usar, como si no fueran más que accesorios. Pero, aparte de su oficina y la habitación donde guardaba su equipo, todo el apartamento era así: hermoso como algo sacado de una revista, pero no hogareño.

Pidió comida y vino en línea y le informó a seguridad que esperaba una entrega. No era una gran cocinera ni era particularmente doméstica. También había comido mucho para llevar durante su vida, pero podía hacer un pollo asado tan bien como cualquiera.

Era hora de que alguien pusiera en uso esta hermosa cocina y le diera a Derek una comida casera en su propia casa.



DEREK DISPARÓ Jenna un mensaje de texto para hacerle saber que estaba de camino a casa. Vería qué le apetecía cenar y tal vez compraría algo para llevar en el lugar de sushi de abajo. Condujo a casa en su Range Rover, aparcó en el garaje y subió en ascensor a su piso.

Cuando abrió la puerta, fue golpeado en la cara por el delicioso aroma de la carne asada. Pasó por encima de un par de zapatos de Jenna, atravesó la entrada y encontró su cocina inmaculadamente limpia hecha un desastre. Había platos sucios en el fregadero, ollas y sartenes en la estufa, un paño de cocina en el medio del suelo.

Sin darse cuenta de que él estaba allí, Jenna se paró en uno de los mostradores, cortando verduras para una ensalada y moviendo su dulce trasero al ritmo de la música que sonaba en pequeños auriculares rosas. Se quedó allí por un momento, observó la escena, la miró, el calor se agitaba en su pecho. La última vez que alguien preparó una comida en esta cocina fue...

Sí, nunca.

—Oye.

Saltó, gritó y se quitó los auriculares.

—Lo siento. No quise acercarte sigilosamente. —Se acercó a ella y le limpió una mancha de harina de la mejilla—. Usted ha estado ocupado. ¿Que es todo esto?

Ella también miró a su alrededor. —Pensé que era hora de que comieras de verdad y no de MRE o comida para llevar. Perdona el desorden. Tenía la intención de limpiarlo y poner la mesa antes de que llegaras a casa.

Demonios, no le importaba. —Huele delicioso.

—¿Cómo estuvo PT?

—Doloroso.

—Puedo masajear tu hombro después de la cena si quieres.

—¿Eso ayudará?

—Que podría.

La comida era deliciosa: pollo asado, patatas con mantequilla, una ensalada fresca, vino blanco y una tarta de chocolate que había hecho desde cero.

Compartió noticias que sabía que ella estaría feliz de escuchar. —Malik fue dado de alta hoy. Mañana estará en un vuelo a casa.

Había sido el último de los cinco que aún estaban en el hospital.

—Me alegro mucho de escuchar eso. —Ella lo miró por debajo de sus pestañas, trazando las yemas de los dedos a lo largo del tallo de su copa de vino de una manera que inmediatamente hizo que Derek pensara en ella acariciando su polla. —Elegí mi vestido.

—¿Tu vestido? Oh. Correcto. Bueno.

—No puedes verlo hasta mañana por la noche.

Ahora estaba intrigado. —No puedo esperar.

Estaban en medio de cargar el lavavajillas cuando sonó el celular de Derek.

—Encienda CNN —dijo Corbray. —Hamilton acaba de dimitir. Se dice que los investigadores acordaron poner fin a su investigación si dejaba el cargo.

Mierda. Típico.

—Gracias. —Derek terminó la llamada—. Ese era Javier. Tu padre acaba de renunciar.

—¿Qué?

Encendió la televisión y en la pantalla estaba el senador Hamilton.

—Ha sido un placer para mí servir a la gente de esta gran nación durante los últimos treinta y cinco años. Los rumores de que conspiré con entidades extranjeras en detrimento de los ciudadanos estadounidenses, incluida mi hija, son descaradamente falsos. Me niego a permitir que la política y las mentiras de los medios arruinen mi legado. —Hamilton esbozó una gran sonrisa—. Me voy a concentrar en mi juego de golf.

La risa. El clic de las cámaras.

—Senador, ¿es cierto que sobornó a un señor de la guerra afgano?

—El senador no aceptará preguntas —dijo un tipo de traje —probablemente un ayudante— al micrófono mientras Hamilton se retiraba apresuradamente. —Muchas gracias.

—¿Su legado? ¿Qué legado es ese? —Jenna tomó el control remoto y apagó la televisión, con las mejillas rosadas, la rabia en su bonita cara. —Él nunca puede admitir cuando se equivoca. Simplemente le mintió al pueblo estadounidense, y la mayoría de ellos nunca lo sabrán. ¿Cobra va a emitir un comunicado de prensa para refutar lo que acaba de decir?

—Ya dijimos todo lo que vamos a decirle al público, pero lo estamos demandando por daños y perjuicios. No puede esconderse. La verdad saldrá a la luz. —Derek le tomó la mano. —¿Quieres emitir una declaración?

Ella dejó escapar un suspiro. —¿Qué diría? 'Hola a todos, mi papá mintió. Él es un imbécil.' Solo quiero que esto quede atrás.

Derek podía entender eso. —¿Quieres dar una vuelta y mirar las luces de Navidad? El edificio de la ciudad y el condado siempre ofrece un bonito espectáculo.

Ella sonrió. —Amaría eso.

La llevó al centro, rodeó el capitolio con su cúpula dorada y luego se dirigió hacia Colfax pasando por el edificio de la ciudad y el condado.

Estiró el cuello para verlo todo. —Eso es hermoso. ¡Me encanta! Deberíamos conseguir un árbol para tu casa.

Derek no podía negarle nada. Obtuvieron un pequeño árbol de Navidad y luego compraron luces y algunos adornos en Target, Jenna puso de todo, desde delicadas bolas de vidrio hasta oropel, adornos de plástico kitsch y bastones de caramelo en el carrito de compras.

—Cuando era niño, nuestro árbol siempre tenía que verse de cierta manera. Todo tenía que coincidir y colocarse perfectamente. Este va a ser el árbol de Navidad más loco de todos los tiempos.

—Puedo respaldar eso. —Arrojó un adorno de plástico que parecía una botella de whisky y uno que parecía una trucha en el carro—. Hagámoslo.

Condujeron a casa, pusieron el arbolito y lo podaron, luego se sentaron con la chimenea encendida y disfrutaron de la vista, el aire perfumado con pino.

Gracias, Derek. Necesitaba esto. —Ella le quitó la camisa, se sentó a su lado izquierdo y se puso a trabajar masajeadando su hombro.

Derek contuvo el aliento, su toque era doloroso pero sobre todo en el buen sentido. —Es mi primer árbol de Navidad aquí.

Ella rió. —¿Por qué no estoy sorprendido?

Mientras ella trabajaba para eliminar la rigidez de los músculos de sus hombros, él luchó contra una maraña de emociones que amenazaban con hacerle decir cosas estúpidas, cosas como 'Nadie me hizo un pastel antes' 'Te amo' y 'Quédate conmigo'.

Derek no podía decir cómo un bastardo egoísta y de corazón frío como Hamilton había logrado criar a una hija tan cálida y amorosa como Jenna. Debe haber sido el ADN de su madre. En un solo día, Jenna había transformado su immaculado condominio en un hogar desordenado, festivo y dulcemente perfumado.

CAPÍTULO 22

Jenna terminó con su rímel y luego miró su reflejo en el espejo, su pulso latía con emoción. Se había recogido el pelo en un giro, dejando que algunos zarcillos colgaran libremente en su nuca y sienas. No fue una mejora profesional, pero fue lo suficientemente bueno. El vestido de cóctel se aferraba a sus curvas, mostrando una elegante cantidad de escote y dejando sus hombros desnudos, su tela de terciopelo reluciente.

Salió del baño para encontrar a Derek parcialmente vestido con un esmoquin completamente negro, luchando con los gemelos.

Miró hacia arriba y miró fijamente, su expresión cambiando lentamente de sorpresa a hambre sexual. —Santo cielo. Dios, te ves hermosa.

Su gemelo cayó a la alfombra.

—Deja que te ayude. —Ella se arrodilló y recogió la cosita, luego se puso de pie de nuevo para encontrar su mirada fija en sus pechos.

—No estoy seguro de que debamos ir a esta fiesta. —Él se inclinó y le acarició la garganta.

—¿Qué crees que deberíamos hacer en su lugar? —Metió el gemelo a través de la tela y lo retorció para que se quedara.

—Mierda. Deberíamos follar toda la noche. —Él la alcanzó—. En el piso. En la cama. En la mesa de la cocina. En todas partes.

Sus palabras enviaron un escalofrío de excitación a través de ella.

Ella se alejó y recogió su embrague y tacones, mirándolo por encima del hombro mientras salía de la habitación. —Date prisa, o llegaremos tarde.

Se mordió el labio inferior, frunció el ceño y miró su trasero ahora. —Maldición.

Se puso los tacones (no los había puesto desde antes de partir hacia Afganistán) y esperó en la puerta principal. Apareció, con dos abrigos de lana negros sobre su brazo, el de ella y el suyo.

La ayudó a ponerse el suyo. —Sé lo que estás pensando.

—Vamos a oírlo.

—Crees que solo porque tengo testículos, puedes ponerte un vestido sexy que muestre tus pechos y tu dulce trasero y me convierta en un lío furioso de feromonas. —Luego le susurró al oído, su aliento caliente sobre su piel. —Tienes razón.

Otro escalofrío.

Oh, ella estaba allí con él.

Pero primero, hubo una fiesta.

Bajaron en ascensor hasta el garaje y caminaron de la mano a través del aire frío de la noche hasta el vehículo de Derek. Pero si Jenna pensó que Derek la dejaría salir del apuro, estaba equivocada. Durante todo el camino hasta las oficinas de Cobra, siguió adelante.

—Voy a bajar sobre ti hasta que grites. Te arrancaré las bragas y te chuparé el clítoris. Entonces te pondré de rodillas y te follaré duro por detrás.

El calor se apoderó de sus mejillas. —Promesas promesas.

O tal vez te golpearé contra la pared y arruinaré tu vestido.

Sus músculos internos se tensaron.

—Tal vez te ataré a mi cama y te follaré tan lentamente que pierdas la cabeza.

Para cuando llegaron a la oficina, ella estaba muy cachonda, dolorida y húmeda. Aparcaron y caminaron hacia el ascensor. Tan pronto como la puerta se cerró, ella estaba sobre él.

Él la agarró por las muñecas y la detuvo. —Vigilancia.

—Correcto.

—¿Podemos tener sexo en una sala de conferencias?

Él se rió, pareciendo encontrar la idea divertida. —Dios no. Vigilancia.

—¿Dónde entonces?

Se inclinó, con una sonrisa sexy en su rostro. —Tienes que esperar, al igual que yo.

Ella soltó un gemido de frustración, tomó la mano que él le ofrecía y caminó con él fuera del ascensor y entró en una larga habitación o pasillo abarrotado de gente. Las paredes eran de acero bruñido, los suelos de mármol blanco, varias mesas de comida preparada a un lado, una barra en la esquina.

—¡Hola, señorita Hamilton! —Dylan la saludó con la mano, no se parecía en nada al polvoriento operativo de camuflaje, su buen aspecto oscuro resaltado por un esmoquin blanco.

Ella lo abrazó. —Estoy tan feliz de verte hacerlo tan bien.

—Gracias. —Su mirada la recorrió—. Te ves...

Derek tosió.

—Encantador —dijo Dylan—. Hola jefe.

—Me alegro de tenerte en Estados Unidos, Cruz.

Derek les dio a cada uno una copa de champán y la guió por la habitación, con la mano en la parte baja de la espalda, presentándola a otros miembros del personal, todos los cuales parecían saber quién era ella. Por supuesto que lo hicieron.

Javier se acercó a ella, luciendo fabulosa en blanco y negro, Laura Nilsson, a quien Jenna había visto en los telediarios mil veces, a su lado. Era incluso más bonita en persona, con cabello rubio claro, una figura esbelta y un rostro encantador.

—Es maravilloso conocerte, Jenna. Javi me ha contado lo increíblemente valiente que fuiste. Estoy tan contento de que estés en casa a salvo ahora.

Jenna no había sido valiente, no comparada con Laura, pero no dijo eso. —Gracias. Javier, Derek, Malik y todos los presentes en Mazar-e-Sharif fueron los valientes.

—Tengo que estar en desacuerdo —dijo Javier.

Derek le dio un apretón a las manos de Jenna, su mirada cálida. —Son veteranos de combate, todos entrenados para ese tipo de trabajo. Saliste de un Land Cruiser bajo fuego para salvar a uno de los nuestros. Nadie aquí va a olvidar eso.

—Tú debes ser Jenna. —La mujer más hermosa que Jenna había visto se movió entre la multitud hacia ellos, su cabello rubio platino recogido con estilo, su cuerpo perfecto con un vestido de pedrería que no ocultaba casi nada.

—Aquí vienen los problemas —murmuró Derek, sonriendo.

Javier los presentó. —Jenna, esta es Holly Andris, la mejor mitad de Nick Andris. Ambos trabajan para Cobra.

Jenna se preguntó qué tipo de trabajo hacía Holly. —Encantada de conocerte.

Holly la abrazó como si los dos fueran viejos amigos. —Me moría de ganas de conocerte. Gracias por salvar la vida de Malik.

—Soy partera, así que tengo algo de experiencia

Los ojos de Holly se agrandaron. —¿Una partera? Así es.

—Sí. Trabajé en un hospital de mujeres en Afganistán .

Javier explicó. —Holly está embarazada y un poco nerviosa.

Jenna podía entender eso. —¿Es esta tu primera? Si tiene preguntas, estaré encantado de responderlas.

—¡Oh, eres un amor!

Jenna miró hacia atrás por encima del hombro mientras Holly la llevaba a algún lugar donde pudieran hablar y lo encontró mirándola, con una suave sonrisa en los labios.



CORBRAY Y DEREK se unió a Andris en una esquina.

—Felicidades, hombre. —Derek levantó su copa de champán—. Vas a ser padre. Eso es genial.

Ese fue un pensamiento alucinante.

Derek conocía a Andris casi desde que conocía a Javier. Fue una de las primeras contrataciones que hicieron Derek y Corbray. El hombre pateó traseros, y había venido como un paquete, trayendo a Holly con él.

—Gracias. Holly está bastante nerviosa por eso.

—No puedo culparla. —Si Derek supiera que dentro de nueve meses tendría que cagar una sandía, también estaría bastante nervioso. —Jenna está hablando con ella.

Tu Jenna es otra cosa. Vi las imágenes del dron. Vi lo que hizo por Jones, y también por ti. —Andris se volvió hacia Corbray. —Escuché que está en casa.

—Sanos y salvos y malditamente contento de estar vivo.

Derek agarró una de sus solapas. —Oye, Corbray, recuérdame. ¿Por qué obligamos al personal a vestirse como pingüinos cada diciembre?

Fue una vieja broma entre ellos.

—Porque somos una operación elegante, hermano.

—Creo que estás viviendo una especie de fantasía de James Bond.

Andris resopló, levantando su vaso de whisky a modo de saludo. —Correcto.

Corbray puso los ojos en blanco. —Sé que ustedes dos probablemente se sientan más cómodos pasando el rato en ACU de una semana que apestan a sudor, pero a mí me gusta no estar en camuflaje de vez en cuando.

—Mis bolas no sudan —respondió Derek.

Andris se rió. —¿Amigo, en serio? Estuve contigo en una tienda en medio del desierto. No eran rosas lo que estaba oliendo.

—Fueron tus propias axilas.

Luego, Corbray les puso al día sobre la demanda contra el padre de Jenna y las noticias de Afganistán. Sus abogados estuvieron cerca de presentar el caso en un tribunal civil. Las reparaciones en el complejo de Mazar-e-Sharif estaban casi completas. El Land Cruiser disparado se vendía y se reemplazaba por un nuevo Land Rover blindado, que era más rápido, más maniobrable y tenía un rendimiento de combustible mucho mejor.

Entonces Corbray se puso manos a la obra. —El presidente Alghani ha iniciado una investigación sobre el ataque en el aeropuerto. Aparentemente, Kazi no tiene autoridad para el tráfico aéreo terrestre. Además, es posible que hayamos o no informado a Alghani sobre los vínculos de Kazi con Qassim.

—Kazi está metido hasta las cejas en su propia mierda. —Derek buscó a Jenna en la habitación

y la vio sentada en una mesa en la esquina, con una mano apoyada en el hombro de Holly.

Corbray siguió la dirección de su mirada. —Jenna es una mujer increíble.

Derek no podía estar en desacuerdo. —Sí, ella es.

—Ella es inteligente. Ella es valiente. Y, hermano, está locamente enamorada de ti.

El pulso de Derek saltó. —Lo sé.

Andris sonrió. —Le has dado un susto de mierda.

Derek los fulminó con la mirada. —Yo también me preocupo por ella.

Corbray se rió. —No me vengas con esa mierda de 'cuidado'. Estamos hablando de amor aquí. The Big L. El tipo de cosas para siempre.

Derek estuvo tentado de decirles a ambos que se fueran a la mierda. —¿Qué es para ti?

Corbray le dio una palmada en la espalda. Estás en el infierno en una pelea, pero no eres bueno con las relaciones. Me gustaría verte feliz. Intenta no arruinar esto.

Los dos hombres se alejaron, dejando a Derek mirándolos.

Las palabras de Corbray se quedaron con él, corriendo por su mente mientras él y Jenna conducían a casa. ¿Corbray realmente creía que Derek estropearía intencionalmente las cosas con Jenna? Era cierto que Derek nunca había ido tan lejos con una mujer, pero tal vez no había conocido a la adecuada.

Esa mierda es para cuentos de hadas. Tu eres el problema.

Tenía problemas para acercarse a las mujeres fuera del sexo, pero no eran solo mujeres. Encontró difícil el desorden emocional de estar conectado con otras personas. Cuanto más se acercaba la gente a él, más los alejaba. Consideraba a Corbray y Andris amigos, pero mantuvo a la mayoría de la gente a distancia, especialmente desde la muerte de Jimmy.

Sin apego, sin pérdida. ¿Es así?

¿Derek? ¿Estás bien? —Preguntó Jenna, devolviéndolo al presente. Pareces estar a un millón de millas de distancia. ¿Recibiste malas noticias?

—No. Lo siento. ¿Qué estabas diciendo?

—Oh, solo que Holly está aterrorizada de lo doloroso que es el parto. Le dije que esperara el peor dolor de su vida y que mantuviera abiertas sus opciones. Si sabe de antemano que quiere una epidural, debe asegurarse de que su médico lo sepa y la apoye .

—Buen consejo.

—Estás a un millón de millas de distancia. —Jenna lo miró con preocupación en sus ojos.

Derek le contó lo que Corbray le había contado sobre Kazi. —Prefiero ver al bastardo recibir una bala en el cerebro que ser investigado.

Esto no era lo que tenía en mente, pero ¿qué podía decir, que se preocupaba por ella más de lo que se había preocupado por cualquier mujer y estaba aterrorizado de que fuera a lastimarla?

Se obligó a concentrarse en Jenna, solo en Jenna. —No creas que he olvidado lo que dije antes, sobre el hecho de que te bajó y te hizo gritar.

Ella le pasó la mano por la parte superior del muslo. —Prometiste.

La sangre de Derek se calentó, su mente cambió a un tren de pensamientos mucho más agradable. —Oh, ángel, solo espera.

Estacionaron, se besaron mientras subían en el ascensor, Jenna se arqueó contra él. Marcó el código de entrada de su condominio, y se equivocó la primera vez, la lujuria hizo que fuera condenadamente difícil pensar.

Llegaron hasta la mesa de la cocina.

La sentó en él, la empujó hacia atrás y le arrancó las bonitas bragas de encaje, tirando el encaje

hecho jirones a un lado. Luego se dejó caer de rodillas, apoyó los pies en sus hombros y se puso a trabajar, chupando su clítoris, acariciándola por dentro, haciéndola gritar.

Pero Derek no había terminado con ella. Cuando su clímax pasó, la arrastró fuera de la mesa, la giró y la golpeó por detrás, extendiendo la mano para acariciar su clítoris, llevándola al borde una vez más antes de dejarse llevar.

—Jenna. —Su nombre se sintió como algo sagrado mientras vertía su alma en ella.

Se quedaron juntos en la oscuridad de su habitación después de eso, la confusión dentro de Derek se hizo a un lado en el resplandor crepuscular. —Recuérdame que le dé a Carolyn una buena propina.

Jenna se acurrucó contra él. —Voy a decir esto por ti, Derek Tower. Eres un hombre que cumple sus promesas.



ERA principios de enero antes de que Jenna tomara en serio la búsqueda de empleo. Ella se excusó a lo largo del camino. Era la temporada navideña. Todavía estaba lidiando con las consecuencias emocionales de lo que había sucedido en Afganistán. No estaba segura de dónde quería vivir. Paja. Paja.

Todo era una tontería.

Simplemente no quería enfrentarse a decirle adiós a Derek.

—¿Te importa si me quedo hasta finales de enero? —ella había preguntado. —Los trabajos que solicito no cierran sus búsquedas hasta entonces, y todavía necesito encontrar un lugar.

—Quédate todo el tiempo que quieras —le había dicho. Pero había algo en su voz y en la forma en que no la miró a los ojos.

¿Estaba cansado de ella?

El pensamiento hizo un nudo en su pecho, pero lo hizo a un lado.

Si estaba cansado de ella, estaba haciendo un buen trabajo ocultándolo. La abrazó por la noche, le hizo el amor como un dios del sexo, hizo pequeñas cosas reflexivas, como recoger su ropa sucia del piso de su habitación sin quejarse del desorden y asegurarse de que ella tomara café cuando se despertara por la mañana. El hombre la había sorprendido con un BMW X5 Security Plus a prueba de balas como regalo de Navidad, por el amor de Dios.

No, no fue 'Te amo' pero esas no fueron las acciones de un hombre que quería que ella se fuera.

Aún así, podía decir que algo lo estaba preocupando. Aunque nunca le había dicho una palabra cruzada, parecía preocupado. Más de una vez, lo había encontrado perdido en sus pensamientos como si el peso del mundo estuviera sobre sus hombros.

Por otra parte, había sido torturado, desnudo, amenazado con castración, abusado. Si todavía estaba obsesionada por lo que había sucedido ese día, él también debía estar dolido.

—¿Por qué no tienes pesadillas? —le preguntó una noche cuando la había despertado durante un sueño aterrador.

Le había besado la sien. —A veces lo hago, pero he pasado por esto antes. Estoy entrenado para eso. Esa no fue la primera vez que un idiota me maltrató.

La idea había enfermado a Jenna.

Se recuperó y solicitó dos trabajos en Denver: uno con una amplia práctica que incluía obstetras y ginecólogos y enfermeras parteras certificadas y otro con una práctica más pequeña que se centró en la atención médica reproductiva para mujeres de bajos ingresos, migrantes y

mujeres encarceladas. Para su sorpresa, ambos le ofrecieron un puesto antes de los plazos de solicitud de empleo.

Jenna le dio la noticia a Derek después de la cena en una noche nevada a mediados de enero.

—Felicidades. ¿Cuáles son los pros y los contras de cada uno?

—El de la práctica más grande paga mucho mejor e implicaría menos noches de guardia. El de la salud de la mujer, el consultorio más pequeño, significaría muchas más noches y más partos, y tendría que aprender español.

—Cualquiera que pueda aprender a hablar dari tan bien como usted puede dominar el español.

—Bebió lo último de su vino tinto. —¿Cuál te atrae más?

—Para ser honesta, el trabajo en Women's Health. La práctica en la que trabajé en DC atendía principalmente a mujeres ricas que querían entornos de parto particulares, como partos en el agua con cánticos y velas y un gong y un equipo de video.

Derek arqueó una ceja. —¿Seriamente? ¿Un gong?

Su reacción hizo reír a Jenna. —Oh si. Bueno, solo uno con gong.

Sacudió la cabeza. —Bueno.

—Pero las mujeres en Afganistán, todo lo que querían era que ellas y sus bebés sobrevivieran. Hizo que todo lo relacionado con el nacimiento del diseñador pareciera... ”Jenna buscó la palabra correcta, sin querer ser despectiva.

—¿Privilegiado?

—Si. Eso es exactamente. —Ayudó que él entendiera. —Supongo que quiero estar donde más me necesitan. ¿Eso me convierte en un bienhechor?

Derek se acercó y tomó su mano entre las suyas. —Si fuera otra persona, podría decir que sí. Pero vi lo mucho que luchaste por esa niña y su bebé. Arriesgó su vida para tratar a las víctimas de violación en ese pueblo. Salvaste la vida de Malik. Hiciste lo mejor que pudiste para cuidarme. Los bienhechores quieren gloria. Quieren ser reconocidos por lo que han hecho. No veo eso en ti en absoluto. Realmente quieres ayudar.

—Gracias. Eso significa mucho para mí.

—Me parece que sabes qué trabajo quieres.

—Si. —Pero ahora vino la parte difícil. —El salario está bastante por debajo del promedio de una enfermera partera certificada, así que necesito encontrar un condominio que pueda pagar, algo que no esté lejos de la clínica y de la prisión de mujeres de Denver. ¿Conoce a un agente inmobiliario?

Dolía preguntar.

La mirada de Derek se posó en la mesa. —Si. Puedo darte su número si quieres.

No era lo que ella quería en absoluto, pero no podía imponerse a él. Habían pasado semanas desde que ella le había dicho que lo amaba. Lo máximo que había hecho era decirle que se preocupaba por ella, lo cual era agradable. Pero no fue 'Te amo'.

—Gracias. —Jenna se levantó, llevó sus platos al fregadero, temiendo perderlo y empezar a llorar.

Se acercó por detrás de ella, puso las manos sobre la encimera a ambos lados de ella y apretó los labios contra la nuca. —Jenna, no tienes que mudarte.

Dejó los platos. —No quiero imponerme. YO...

—No estás imponiendo. —La giró para mirarlo, su expresión no se parecía a nada que ella hubiera visto.

Parecía... asustado.

—Jenna, yo... yo soy... Ah, demonios.

Apoyó las palmas de las manos en su pecho. Está bien, Derek. Estoy escuchando.

Respiró hondo, soltó el aire y la tensión se apoderó de él. No había parecido tan nervioso cuando las balas volaban. ¿Qué estaba tratando de decir?

—Desearía que esto fuera más fácil. —La miró a los ojos—. Estoy emocionalmente jodido. Tengo problemas para acercarme a la gente y no siempre me es fácil llevarme bien. Tengo dinero pero no educación. Tu padre tenía razón cuando dijo que no soy nadie. Me aterroriza decepcionarte o lastimarte, pero tengo más miedo de vivir sin ti. Este lugar no era un hogar hasta que llegaste aquí.

Jenna lo miró, atónita. —¿Me estás pidiendo que me quede contigo?

—Te estoy pidiendo que te mudes para siempre. Te pido que compartas mi vida. Estoy tratando de decirte... Maldita sea. —Respiró de nuevo—. Estoy tratando de decirte que te amo.

El corazón de Jenna dio un vuelco. —¿Tu que?

—Te quiero. Te amo, Jenna. Te amo con todo lo que soy. Quédate aquí conmigo. Te prometo que haré todo lo posible para ser el hombre que te mereces.

Jenna tomó su rostro entre sus palmas, segura de que él nunca había dicho esas palabras a ninguna otra mujer. —No tienes que cambiarte, Derek. Todos tenemos nuestras asperezas. Amo los tuyos justo donde están. Mi respuesta es sí.

El desnudo alivio en su rostro hizo que el corazón de Jenna se hinchara.

La besó, la hizo girar en círculo, los dos riendo. —¿Champán?

—Me gustaría un poco. —Jenna extendió la mano para frotar su pulgar sobre las placas de identificación de James, viendo como Derek entraba en el refrigerador de vinos, escogía una botella y la descorchaba, tan desesperadamente enamorado de él que le dolía.

Gracias, James, por salvar la vida del hombre que amo. Estamos juntos ahora. Gracias a ti, estamos juntos.